

Sophie Saint Rose

Serie Oficina



El acuerdo

El acuerdo

Sophie Saint Rose

Índice

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

[Capítulo 10](#)

[Capítulo 11](#)

[Capítulo 12](#)

[Capítulo 13](#)

[Capítulo 14](#)

[Epílogo](#)

Capítulo 1

Scott cogió su jarra de cerveza. —¿Qué tal el día?

—Una mierda. Una auténtica mierda —respondió su amigo Will fulminándole con sus ojos negros. Parecía a punto de pegarle una paliza.

Divertido bebió. —¿Problemas en la compañía?

—No me tomes el pelo, que bastante me has jodido ya.

—Eso te pasa por querer hacerme la competencia. —Volvió a beber tranquilamente mirando el partido de fútbol en la enorme televisión que había al fondo del local.

—Muy gracioso. Me has robado esa empresa ante mis narices.

—Solo hice una oferta mejor. —Dejó la jarra sobre la mesa y le miró fijamente con esos ojos verdes que dejaban temblando a su junta directiva. —¿Qué te pasa? Jamás te has mosqueado tanto por los negocios. De hecho a ti te dan igual.

—Mi padre se ha cogido un cabreo... No te extrañe que no te invite a la fiesta de Nochevieja.

—Oh, me invitará. Si quiere esos aviones que estoy a punto de vender, me invitará.

Will sonrió. —Eres imposible.

—¿Qué te parece si para compensar la bronca que te has llevado, te invito a mi casa de Aspen este fin de semana?

—¿Acaso no ibas a invitarme?

—Pensaba ir con Giselle porque no me lo pasé del todo mal ayer, pero se está poniendo muy pesada. Y solo con una cita. Cuando me ha llamado hoy me ha dado una paliza... Seguro que se ha montado una película que ni Titanic. —Gruñó bebiendo de su cerveza de nuevo y en ese momento llegó la camarera con sus hamburguesas. —Gracias, preciosa.

Ella le guiñó un ojo y apoyó una mano sobre la mesa mostrando su canalillo en todo su esplendor. —Salgo en dos horas, guapo.

Sonrió de medio lado. —Esperaré.

Will sonrió divertido mientras se alejaba. —¿Se te resiste alguna?

—¿Y a ti con esos ricitos rubios y esa cara de...? ¿Cómo dijo aquella tía? Oh, sí, esa carita de pillo que cuando sonríe hace que se les caiga la baba. No me fastidies, si eres peor que yo.

Su amigo se echó a reír y una que estaba en la mesa de al lado se le quedó mirando embobada. En ese momento pasó una familia y un niño de unos cinco años se acercó a su mesa y robó una patata frita. —¡John! —exclamó su madre con un bebé en brazos acercándose a toda prisa—. Lo siento mucho.

—No pasa nada —dijo divertido antes de sonreír al pequeño que se iba tan contento con su patata frita en la mano.

—Tío los críos se te dan genial.

Scott les observó mientras se alejaban y vio como la madre aún reprendía al pequeño por su fechoría. —Siempre he querido tener un montón de mocosos. En el futuro me veo a mí mismo como un abuelito rodeado de una gran familia.

—Un abuelito con mala leche —dijo haciéndole reír—. Pues ya tienes una edad. Joder, serías un padre estupendo. A mi sobrina July la vuelves loca cada vez que te ve. Clarissa te lo dejaría

encantada. Dice que como canguro te ganarías muy bien la vida.

—Lo tendré en cuenta si me quedo en la ruina.

—De veras, serías la leche como padre.

—Igual si aguantara a una posible madre, porque yo no tendría un hijo para que se crie en otra casa.

—Estamos en el siglo veintiuno. No necesitas convivir o casarte con una mujer para tener mocosos.

—¿Una madre de alquiler? Eso es un poco frío. Me gustaría conocer bien a la mujer con la que tenga a mi hijo. Que tuviera una madre y no un papel firmado con una cesión como si fuera un paquete. Mi madre ha sido imprescindible en mi vida y odiaría que él no tuviera eso.

—Pues lo tienes difícil porque a todas las despachas después de la primera cita... —Will bebió de su cerveza y juró por lo bajo. —Menudo placaje. Estupendo, voy a perder quinientos pavos. —Dio un mordisco a su hamburguesa. —A tu madre la volverías loca de la alegría —dijo volviendo al tema. Hizo una mueca—. Si le diera un nieto a mi madre para ella sería la leche. No hace más que decirme que me case y no es por la nuera, no, porque a esa la odiaría de por vida. Es por los nietos. Los quiere y ya.

—Mis padres son iguales. —Dio un buen mordisco a su hamburguesa. —Pero es que no hay una mujer con la que me apetezca ir más allá por el método tradicional. Y no quiero ser padre a los cincuenta, quiero poder disfrutar de mi hijo. Me gustaría que fuera ya, pero me veo con las manos atadas, joder.

—No se puede tener todo. Aunque tienes una opción.

—Como digas tu hermana nuestra amistad se ha acabado.

Su amigo se echó a reír negando con la cabeza. —No, tío. Además Joy no aceptaría ese trato. Querría boda y todo lo demás.

—Lo que decía, totalmente descartada.

—Eso sin contar que últimamente no puede ni verte. Dice que eres una mala influencia para mí.

—Aparte de eso, claro. —Bebió de su cerveza. —¿Y bien? ¿Qué opción es esa?

Su amigo le miró sorprendido. —Sí que estás interesado.

—¿No te lo acabo de decir?

—¡Es increíble que no lo hayas pensado tú!

Entrecerró los ojos pensando en las mujeres que conocía. —¿Tan obvio es?

—Tío, es dulce aunque dura cuando es necesario... Será una madre estupenda porque eso se ve a la legua y no es por nada pero es una muñequita preciosa de grandes ojos violeta y rizos rubios. Tendríais unos hijos guapísimos.

Scott apoyó la espalda en el respaldo de su silla entendiendo. —Mi ayudante.

—Tu ayudante es perfecta. Nadie te conoce como ella. Seguro que te hace el favor.

—Claro, y si todo se va a la mierda pierdo a mi ayudante. ¡Y en eso sí que es perfecta! ¿Y en serio crees que Nadia me va a entregar a su hijo y ser madre en la distancia? ¡Ni loca! ¡Me sacaría los ojos si le propongo algo así! O peor, se largaría y la oficina sería un desastre.

—Pues entonces vete olvidándote de la vida que llevas ahora. O tragas con lo de la boda y todo lo demás con una de tus citas o búscate madre de alquiler, porque sino no hay hijo. Con eso nos tienen agarrados por las pelo... —El niño pasó a su lado y Will sonrió. —Hola machote. ¿Otra patata?

Nadia preocupada se mordió el interior de la mejilla antes de mirar de reojo a su jefe que durante toda la junta no le había quitado la vista de encima. ¿Tenía un moco o algo así? Discretamente se llevó la mano a la nariz y no notó nada raro. Jadeó por dentro. Tenía algo en los dientes, seguro. Se pasó la lengua por ellos. No tenía que haber comido espinacas. Lo que era raro es que nadie le hubiera dicho nada.

—¿Eso es todo? —preguntó Scott levantándose no dando tiempo a sus directivos a contestar antes de que saliera por la puerta. Nadia juró por lo bajo cogiendo su libreta, su móvil y su agenda antes de correr tras él.

—Nadia necesito una cita —pidió una de las abogadas de la empresa.

—¡Que me llame tu secretaria! —Consiguió entrar en el ascensor justo cuando se cerraban las puertas.

—¿Qué tengo ahora? —preguntó mirándose al espejo y pasándose las manos por su denso cabello moreno antes de arreglarse la corbata roja que llevaba ese día.

—Cita con Hitman para hablar de esos petroleros que quiere endilgarte. En proyectos no lo ven claro. —Volvió el móvil en su mano y se miró los dientes discretamente en la cámara del teléfono. Suspiró de alivio porque estaban bien blanquitos. ¿Entonces por qué la miraba tanto? —Y esta noche gala en el Metropolitan. Tengo tu discurso arriba. Tienes que echarle un vistazo. Recuerda que eres el premiado por tu aportación al hospital de veteranos. Por cierto, he recibido una solicitud de donación a un refugio de animales, pero sin publicidad. Por lo visto se les ha derrumbado el techo con la última nevada.

—¿Es mucho?

—Seis mil.

—Encárgate. Me desgrava lo mismo.

Asintió con satisfacción. Daniel se iba a poner contentísimo cuando se enterara. —Deberías pensarte lo de la fundación.

—Ahora no. Tengo mil cosas encima.

Le siguió fuera del ascensor revisando su móvil. —¿Hay algo que te moleste de mí hoy? —preguntó distraída.

Él se detuvo. —¿Qué?

Levantó la vista hacia él ignorando lo que sentía cada vez que esos ojos verdes se clavaban en ella. —Es que no has parado de mirarme en la junta y me preguntaba...

Scott gruñó empujando la puerta de presidencia. —No tienes nada que me moleste.

—Entonces, ¿qué pasa? Llevas todo el día muy raro conmigo.

—Tengo mil cosas en la cabeza. ¿No te lo acabo de decir?

Entró en su despacho cerrando de golpe y Anne, la secretaria de Scott desde que él salió de la universidad la miró interrogante levantando una ceja. —¿Ocurre algo?

—Está muy raro. —Dejó sus cosas sobre la mesa y se volvió cruzándose de brazos pensando en ello. —Pero que muy raro. Cuando le he preguntado, se ha puesto como has visto.

—Bah, es su carácter.

—No sé, aquí pasa algo. —Se sentó tras su mesa y Anne sonrió. —No exagero, de verdad. Durante todo el día no me ha quitado ojo con esa expresión de estoy analizando un problema. Ya sabes, esa —dijo entrecerrando los ojos de manera exagerada—. Hasta me ha puesto nerviosa pensando que tenía un moco.

La mujer se echó a reír. Los ojos castaños de Anne brillaron. —A ver si está considerando

ascenderte...

Su corazón saltó en su pecho. —¿Crees que es posible?

—Eres su mano derecha y el señor Fraser se jubila en tres meses. Ha sido el vicepresidente durante cuarenta años y el jefe ha respetado su puesto por deferencia a su padre, aunque sabes que no pega un palo al agua. Quizás ha pensado en ti para ese puesto. Le descargarías de mucho trabajo.

Se mordió su grueso labio inferior. —No hay nadie más preparado que yo para ese puesto.

—Por supuesto que no. Nadie conoce a la empresa y al jefe como tú. —La mujer se levantó emocionada. —Vicepresidenta.

—No adelantes los acontecimientos —dijo sin poder evitar sentirse emocionada—. Eso sería un sueño.

—Pues yo ya lo estoy viendo. Esta tarde salimos a celebrarlo.

Apoyando la mejilla en la palma de la mano revolvió su Martini cogiendo el palito de plástico rosa con la aceituna.

—Eres la alegría de la fiesta —dijo Anne divertida antes de beber de su gin-tonic.

—Perdona, pero no puedo dejar de darle vueltas. Cuando le he entregado el discurso me ha dicho que se lo leyerá y me ha mirado de una manera que me ha puesto muy nerviosa. ¡Cuando terminé me miraba las piernas!

—¿A ver si lo que quiere es otra cosa? —preguntó con cachondeo.

Le dio un vuelco al corazón. —¿Qué dices? Llevo dos años con él y jamás...—Jadeó cogiendo su mano ansiosa. —¿Crees que es posible?

—Parece que te hace más ilusión que la vicepresidencia.

Se sonrojó con fuerza. —¿Con Scott Clark Norwood Tercero? Si no le duran ni tres cuartos de hora —dijo como si nada.

Anne entrecerró los ojos. —Ay madre, que estás coladita por él.

—No digas locuras. —Se comió la aceituna a toda prisa disimulando como pudo.

—¡Nadia!

—¡Qué no!

—¡A mí no me mientas, que se lo digo a tu madre!

Gimió llevándose la mano a la frente. —Es que es tan...

—¡Tan todo! ¡Guapo, rico, inteligente, pero también es un capullo con las mujeres! ¡Te lo advertí! ¡Cuando te avisé de que buscaba ayudante, te dije que no te fijaras en él, que te dejaría hecha polvo y perderías el empleo! ¡Creía que ya estabas inmunizada! Es que de verdad, con todo lo que has visto. ¡Mejor dicho, con todas las que has visto!

—¿Por qué te cabreas? No eres tú la que está colgada por él.

—Es que me da una rabia...—Nadia escuchó como sus dientes rechinaban desde allí. —Ya me decía tu madre que había algo raro. ¡No salías con nadie! Yo lo achacaba a que trabajabas muchísimo.

—Ahora entiendo esas charlas de tienes que salir más.

—Nadia...

—No te preocupes, ¿vale? No soy estúpida.

—Por eso no entiendo cómo te has enamorado de él. Esta misma noche se va con otra de sus barbies al Met. Otra de muchas, muchísimas.

—¡Ya lo he pillado! —Anne apretó los labios mirándola con pena. —Oh, por Dios... No me mires así. Se me pasará, tampoco es tan grave. Solo es un enamoramiento platónico que se me pasará en cuanto encuentre algo mejor. Pero tengo que encontrarlo.

—No es platónico cuando conoces perfectamente al tipo. Es más, le conoces mejor que yo que llevo muchos más años con él.

—¡Era un decir! —Al ver la preocupación en los ojos castaños de la mejor amiga de su madre sonrió. —De veras, estoy bien. Más que bien. Tengo un trabajo por el que muchos matarían gracias a ti, un apartamento bonito en el centro y gano lo suficiente como para irme dos veces al año de vacaciones al caribe. ¿Qué más puedo pedir?

—¿A Scott Clark Norwood Tercero?

Gimió levantando la mano hacia el camarero. —Otra ronda.

—Sí, ahora ahoga las penas en alcohol.

—Mira que eres dramática.

—Si os da la locura a la vez y os acostáis, habrás destrozado tu futuro, ¿me entiendes? Cuando te dije lo de la vicepresidencia era una posibilidad muy real. Vicepresidenta de Industrias Norwood. Lo tienes al alcance de tu mano. ¡No lo echas todo por la borda!

Perdió la sonrisa poco a poco. —Tranquila, eso no va a pasar. Me valora demasiado como su ayudante como para fastidiarla hasta ese punto con todas las barbies que le persiguen.

Anne pareció pensarlo. —Pues por tu bien espero que tengas razón.

Capítulo 2

Mirando de reojo a Anne que hablaba por teléfono con mensajería, se pasó la mano por la cadera asegurándose que su falda estuviera menos arrugada y abrió la puerta entrando en su despacho sin llamar como siempre. Scott estaba al teléfono y se había quitado la chaqueta para estar más cómodo. Tragó saliva mirando discretamente sus antebrazos y sintió que le subía la temperatura como siempre que veía esos pelitos negros que a ella le parecían de lo más masculinos. Rodeó su mesa, dejó ante él las cartas que Anne había preparado para firmar y cogió varios expedientes que eran para archivar.

—No, Rodrigo. Eso está totalmente fuera de mis pretensiones —dijo Scott mirándola de reojo antes de coger el bolígrafo de oro que tenía ante él.

Ella se volvió para irse y cuando salía del despacho distraída echó un vistazo sobre su hombro para sorprenderle mirándole el trasero. Su corazón saltó en su pecho de tal manera que sintió que le había provocado un infarto. Volvió la cabeza como un resorte con los ojos como platos y siguió caminando hacia la puerta. Pero algo en su interior la hizo detenerse en seco antes de salir y cogió la manilla de la puerta para cerrarla lentamente. Anne estiró el cuello frunciendo el ceño y gimió por dentro antes de oír el click de la cerradura. Ya no lo aguantaba más. Llevaba en esa incertidumbre una semana y la estaba poniendo de los nervios. ¡Ya había adelgazado tres kilos! Se volvió hacia él y regresó ante su mesa dejando los expedientes antes de poner los brazos en jarras mirándole fijamente, disimulando que estaba a punto de vomitar de los nervios. Se lo iba a jugar todo.

Clark frunció el ceño. —Discúlpame Rodrigo. Parece que hay un problema. —Rio sin ganas. —Sí, ya sabes cómo es esto. Te llamo mañana, amigo.

Colgó el teléfono y se reclinó en su asiento. —¿Bien? ¿Cuál es la crisis? Suéltalo.

—No lo sé... Dímelo tú —dijo sin cortarse.

—¿Perdón?

Notó como se tensaba a pesar de aparentar estar relajado y Nadia entrecerró los ojos. —A mí no me la pegas. ¡Estás muy raro! Llevas desde el lunes pasado raro y quiero saber qué ocurre. ¡Si hace un minuto me mirabas el culo! ¡Tú que has visto cientos a lo largo de tu vida y hasta hace unos días ni te habías fijado en que yo tenía uno!

Scott levantó una ceja y ella le señaló con el dedo. —¿Qué pasa? ¿Estás pasando una crisis o algo así? ¿Esta semana no has quedado con ninguna? —Jadeó llevándose la mano al pecho. —¿No estarás enfermo? ¡Tenemos la junta de accionistas en dos semanas! ¡No puedes fallarme ahora! Uy... que me estás alterando y yo tengo mucho aguante...

—Siéntate Nadia.

Lo dijo tan serio que se sentó en el acto. Hasta le temblaban las piernas, así que lo agradeció. Él suspiró apoyando los codos encima de la mesa y unió sus manos. Ella se dijo que era algo serio. Solo ponía esa postura cuando era un negocio de lo más serio.

—Tengo un problema. Un problema que es confidencial, al menos de momento.

—Perfecto. Ni una palabra a nadie. Sabes que puedes confiar en mí. Dispara, soy toda oídos.

—Esto te va a parecer poco ortodoxo, pero me he dado cuenta de que tú tienes la solución.

—Claro que sí. Estoy aquí para allanarte el camino.

Scott asintió. —Eres ambiciosa. Lo has demostrado desde que pusiste un pie en esta empresa y nos llevamos muy bien.

Ya veía su nombre en la puerta de vicepresidencia y sonrió. —Me encanta mi trabajo, pero estoy dispuesta a lo que quieras, como siempre.

—Quiero que me des un hijo.

Nadia creyó haber oído mal. —Disculpa, ¿qué has dicho?

—Un hijo. Bueno, si todo va bien en el futuro tendremos más, pero empecemos con uno. —Él miró la pantalla de su ordenador mientras Nadia se quedaba de piedra. —Si te quedas embarazada durante este mes lo tendrías para agosto. Una fecha inmejorable porque estaremos de vacaciones. —Levantó la vista hacia ella para mirarla fijamente y sintió que se quedaba sin aire sin saber qué decir. —Así disfrutaremos de su primer mes, más o menos. Ya he desalojado el piso inferior que está debajo de mi casa y podrás hacer las reformas que quieras. En cuanto tengas al niño se pondrá a tu nombre, por supuesto, pero la custodia será mía y por lo tanto vivirá conmigo. ¿Qué opinas?

En shock, estaba en shock. ¿Y ahora qué decía? Eso le pasaba por preguntar. —Pues...

—¿Necesitas pensarlo? —Eso parecía que no le gustaba un pelo y es que a Scott nada se le interponía entre su objetivo y él. Y ahora era ella la que estaba en medio.

—¿Un hijo? —Él asintió. Dios, se moría por tener un hijo con ese hombre, ¡pero de otra manera! Aunque igual no tenía otra manera. Llevaba dos años enamorada de él y solo la había mirado como un hombre en esos días y era porque le rondaba esa idea por la cabeza. Podría vivir a su lado. Bueno, debajo de él, pero sería la madre de sus hijos. Frunció el ceño. Pero él podría seguir saliendo con otras. Aunque eso ya lo hacía ahora. La cuestión es si después de darle un hijo podría soportarlo. Además, ¿él tendría la custodia? Y una leche. —Esto es un poco fuerte. —Rio sin ganas levantándose.

—Siéntate Nadia —dijo muy serio.

Lo hizo en el acto porque ahora sí que le temblaban las piernas. ¡Es que era para que le diera un ictus de la impresión! —Creo que me estoy mareando.

Él se levantó y rodeó su escritorio. Se acuclilló ante ella. —Te creía más dura —dijo como si su reacción no le gustara nada.

—Yo también lo creía. —Miró sus ojos verdes muy pálida. —¿Estás seguro de esto?

—Lo he pensado mucho y creo que es lo mejor. —Fue hasta el cuarto que tenía anexo al despacho y como una exhalación regresó con un bote de Coca-Cola. —¿Has comido? ¡Sabes que te baja la tensión si no comes bien!

Se le cortó el aliento por lo bien que la conocía y dejó que le cogiera la barbilla acercándole el bote. Sedienta de repente bebió y cuando no quiso más él se apartó dejándolo ante ella en la mesa. Pasó la mano por sus labios sin quitarle ojo y vio que él los miraba. Le dio un vuelco al estómago y su corazón se aceleró aún más. Por Dios, si parecían ya un matrimonio. Se complementaban en todo, por eso trabajaban tan bien juntos. Pero de ahí a tener un hijo... —Scott tendríamos mil cosas de que hablar.

—Perfecto. Empieza por donde quieras.

—¿Por qué?

—No encuentro una mujer con la que tener un hijo. Eres mi mejor opción. —Nadia casi dijo que sí en el acto, pero algo la retuvo. —¿Siguiente pregunta?

—Desde que te conozco has salido con cientos de mujeres.

—Pues no soporto a ninguna, ¿cómo voy a tener a mi hijo con alguna de ellas?
Aquello cada vez se ponía mejor porque a pesar de todos esos ligues la había elegido a ella.
—Pero quieres llevar la batuta en esto.
—Exacto. Yo decido.
Nadia no pudo menos que sonreír. —Esto no va así, Scott.
—Claro que sí. Como te he dicho yo decido.
—Así que yo tendré las náuseas, me pondré como una vaca, se me hincharán los tobillos, iré al baño cada cinco minutos y tendré hemorroides para que seas tú el que tomes las decisiones.
Scott frunció el ceño. —¿Injusto?
—¡Sí!
—Te daré la vicepresidencia.
Se quedó helada. —¿La vicepresidencia?
—Sí, tú sufrirás el embarazo, así que... Serás la nueva vicepresidenta.
Eso la cabreó. La cabreó muchísimo y se levantó lentamente. —¡Eres un capullo! —le gritó a la cara.
—¡Nadia! —exclamó asombrado como si no se lo esperara.
—¡Me merezco ese puesto! ¡He trabajado muchísimo! ¡Y yo no me vendo! —Se volvió furiosa y caminó entre las sillas para recorrer el despacho. —Sera imbécil, si cree que voy a regalarle un hijo para conseguir algo que me pertenece...
—¡Nadia!
Se volvió furiosa. —¿Qué?
Él apretó los labios. —Tienes razón.
¿Le había dado la razón? Ese día no paraba de llevarse sorpresas.
—Eres la persona más preparada para ese puesto. —Se sentó en la esquina del escritorio. —Es tuyo en cuanto se vaya el viejo.
Se quedó sin aliento. —¿Sin condiciones?
—Sin condiciones.
—Entonces las decisiones las tomaríamos juntos —dijo orgullosa cruzándose de brazos.
La miró fijamente. —Pero vivirá en mi casa.
Este no había cuidado un bebé en la vida. Le miró maliciosa. —¿Seguro?
—Sí, seguro.
—La custodia será compartida.
—Ah, no. Te daré el piso y eso te garantiza que vivirás muy cerca de él.
—A no ser que te mudes. ¿Entonces qué pasaría?
Él gruñó. —Eres buena.
—Gracias.
—Me lo estás poniendo más difícil de lo que creía.
Que lo dijera él la hizo sonreír orgullosa. —Gracias de nuevo.
—Pero la respuesta es no. La custodia será mía. Garantizaré que no me mudaré hasta que el niño tenga dieciocho años.
Gruñó dando un paso hacia él. —Dejemos la custodia de momento porque aún queda mucho para eso si digo que sí. —Se cruzó de brazos disimulando que empezaba a ponerse realmente nerviosa por lo que venía ahora. —¿Cómo se desarrollaría el proceso?
—¿El proceso?
—Sí, el proceso. ¿Sería por inseminación?

Él frunció el ceño. —Ni hablar, que si alguien se confunde... En el club se rumorea que a un amigo mío se la colaron en un centro de inseminación. —Casi chilla de la felicidad. —Sería de manera tradicional.

—Así que nos acostaríamos. Tú y yo.

—Esa es la idea. —La miró como si ese tema le preocupara mucho. —¿Tienes algún problema con eso? Porque hasta ahora no se me ha quejado ninguna y te aseguro que pondré de mi parte para que sea lo más... llevadero posible.

¡Ay, madre que le iba a dar algo! Carraspeó. —Pues, no.

Su respuesta pareció relajarle. —¿Y bien?

—Bueno, tengo que pensarlo...

—Bien, quiero la respuesta mañana a primera hora. —Rodeó el escritorio. —Ponme con Charlie Preston.

¿Ya estaba? Ella tenía mil preguntas, aunque ahora no se le ocurría ninguna. Había sido demasiada información de golpe. Scott se sentó en su sitio y frunció el ceño. —Esto no va a hacer que seas menos eficiente en el trabajo, ¿no?

—No, claro que no. Te pongo enseguida.

—Nadia.

—¿Si?

Abrió el cajón y puso unos papeles sobre la mesa. —Se me olvidaba el acuerdo. Así ahorramos tiempo. —Al parecer tenía mucha prisa. —Revísalo y mañana con la respuesta me dices lo que te parece.

Caminó hacia allí y lo cogió con manos temblorosas. En esas páginas estaba su futuro. —Está bien.

Salió en silencio y al cerrar la puerta vio que ya no la miraba como minutos antes de esa conversación y eso le hizo fruncir el ceño. Al parecer lo que le preocupaba ya había sido resuelto de momento, así que podía centrarse en otra cosa. La que no podría centrarse en nada sería ella.

Se volvió y Anne la miró interrogante. Forzó una sonrisa porque hasta que no fuera un hecho no podía decir nada. —Problemas con los petroleros.

—Me lo temía.

—Hostia, ¿y te ha dicho que sí? —Will parecía atónito.

—¿Por qué pones esa cara? Tú me diste la idea. Y no, no me ha dicho que sí. Mañana me da una respuesta.

—¿Se lo está pensando? —Era evidente que no se lo podía creer. —¿Se enfadó cuando se lo propusiste?

Scott cortó su solomillo. —No, no se enfadó. Simplemente estaba...

—¿Sorprendida? ¿Atónita? ¿Con cara de haberse tragado un palo? ¿O estaba contenta? A ver si le has dado una alegría...

Scott lo pensó. —Estaba confusa y sorprendida, por supuesto. Es una propuesta poco ortodoxa. Intenté sobornarla y se lo tomó fatal.

—Con la vicepresidencia.

Asintió masticando antes de hacer una mueca. —Fallo mío. Tenía que haberlo supuesto.

—Así que no quiere nada. Esta no traga.

—No creas. Hasta me preguntó el método que utilizaríamos. Es muy inteligente, hizo las

preguntas adecuadas.

Will cogió su copa de vino. —A ver si es que le gustas...

Le miró sorprendido. —No, Nadia no es así.

—¿Y cómo es? —Dejó la copa de vino ante él. —¿Tienes a medio Manhattan detrás de ti y tu ayudante no es así?

Scott carraspeó dejando los cubiertos sobre el plato. —Aunque al principio fui reticente porque para mí se ha convertido en alguien imprescindible en la empresa, ¿sabes realmente por qué la elegí? ¿Por qué consideré que era la adecuada cuando le di un par de vueltas al asunto?

—¿Porque es inteligente, atractiva y te conoce muy bien?

—Aparte de eso.

—Como no me des una pista...

—Nadia es gay.

Will dejó caer la mandíbula del asombro y Scott sonrió irónico. —Por eso es perfecta. Jamás habrá celos, jamás me hará reproches porque esté con otra mujer. Nuestra relación no se enturbiará por esto. Es ambiciosa, lo dará todo en la vicepresidencia y también tendrá hijos y podremos conservar nuestra relación. Por eso es perfecta para ser la madre de mi hijo.

Will se echó a reír a carcajadas y Scott suspiró. —¿De dónde has sacado esa alocada idea?

—Anne, mi secretaria de toda la vida, me lo dijo antes de contratarla. Fue ella quien me la recomendó después de aquel desastre con May que no dejaba de tirárseme encima hasta el punto de que tuve que despedirla. Hablé con ella seriamente porque al ver su curriculum me parecía demasiado joven y atractiva. Anne se echó a reír diciendo que era perfecta para mí porque era gay. Que no me preocupara por eso. Y ha tenido razón porque en dos años me he sentido de lo más a gusto con ella y jamás he visto algo que me indicara que sus tendencias habían cambiado.

—¿Tu ayudante es lesbiana? —Su amigo no salía de su asombro. —Ya decía yo que cuando iba a tu despacho y le sonreía pasaba de mí.

—Pasa de todos —dijo divertido haciendo un gesto al camarero—. Te lo aseguro, en dos años jamás ha mirado a un hombre como si le interesara. Por eso es perfecta para mis planes en la empresa y en mi vida privada.

El camarero se acercó a recoger y rechazaron el postre. —Café —dijeron los dos a la vez.

—¿Y ya has pensado el sitio para la inseminación?

Scott bebió de su vino. —No va a haber inseminación. Será de la manera tradicional.

—Pero si no le gustas.

—Pues no lo ha rechazado. Aunque no ha rechazado nada, de momento. Pero tengo la sensación de que la idea no le ha parecido nada mal. —Sonrió satisfecho. —Todo lo contrario, hubo un par de ocasiones en que parecía que lo pensaba.

—Joder, eres mi héroe.

—No lancemos las campanas al vuelo que aún no ha dicho que sí.

—Pero harás que diga que sí.

—Solo tengo que presentarle la mejor propuesta posible. Igual hay ciertas cosas en las que tenga que ceder, pero al final ganaré yo. Ahora que estoy seguro de esto nada va a hacer que dé marcha atrás.

—¿Y cómo vas a hacer para...?

Levantó sus cejas negras. —Como has dicho es atractiva.

—Pero si no te responde, va a ser como acostarse con una momia.

—Es mujer. Sé que teclas tocar para que se anime.

—No te pases no vaya a ser que cambie de bando.

—Serás bestia. —Divertido dejó que le pusieran la taza de café delante. —Un whisky escocés.

—Enseguida, señor Norwood.

—Otro para mí.

El camarero asintió antes de alejarse.

—Ahora solo tengo que esperar a que diga que sí y manos a la obra.

—¿Y si no es fértil?

Scott se tensó entrecerrando los ojos. —Eso no lo había pensado.

—Y un análisis previo tampoco vendría nada mal por si acaso. No te pondrás condón.

—Se lo comentaré. No creo que a eso ponga impedimentos con mi curriculum sexual. Mierda, esto lo va a alargar más de lo que me esperaba.

—Increíble, siempre quieres dominarlo todo y eso es imposible.

—Pienso dominar solo lo que esté al alcance de mi mano. Y Nadia lo está.

—Te deseo suerte, amigo.

—La suerte es para los que no se esfuerzan lo suficiente. Los que trabajamos como cabrones obtenemos resultados.

Capítulo 3

Sentada tras su escritorio miraba la pantalla del ordenador después de encenderlo. No había pegado ojo en toda la noche dándole vueltas a la propuesta de Scott y estaba de los nervios porque no sabía si lo que iba a hacer era lo correcto. Y lo peor era que no podía pedir opinión a nadie porque su madre pondría el grito en el cielo y su hermano, con lo protector que era, mataría a Scott al enterarse. Además no podía decir nada porque se suponía que era confidencial. Aunque su jefe no le hubiera advertido antes de empezar a hablar, los papeles que le había entregado eran muy claros al respecto y no pensaba traicionar su confianza. Miró de reojo a Anne e hizo una mueca porque desde que había llegado a aquella empresa su relación era casi tan buena que era como una segunda madre. Siempre habían tenido una relación estrecha. Anne nunca se había perdido uno de sus cumpleaños y para la familia era como una tía más, pero desde que le había conseguido ese trabajo su relación se había estrechado hasta tener una confianza madre e hija. Aunque sabía lo que opinaría. Se lo había dejado muy claro. Se pondría histérica porque al no tener hijos la protegería como una leona ante Scott. ¿Protegería? ¿Necesitaba que la protegiera? Hizo una mueca cogiendo la agenda de su bolso. La verdad es que en el acuerdo la dejaba en bastante desventaja respecto a la crianza del niño. Ella no podía decir ni pío. Él tomaba las decisiones respecto a todo al tener la custodia total del bebé. Pero por supuesto los papeles estaban redactados antes de la conversación de la tarde anterior y eso debía cambiarse. Pero en lo de la custodia no claudicaría, estaba segura. Otro tema que la preocupaba y mucho era que solo se quedaría con el niño si él falleciera y aun así sería su familia quien supervisaría su crecimiento y su herencia. Si consideraban que no lo hacía adecuadamente se lo quitarían sin dudar. Lo que no solo era injusto, era indignante. Como si ella fuera estúpida. Estaba claro que no confiaba en ella en absoluto para que le pidiera que firmara algo así.

En ese momento se abrieron las puertas de cristal y Scott entró quitándose el abrigo gris que llevaba ese día. Estaba muy serio. Más que normalmente que ya era decir y se tensó dejando la agenda sobre la mesa. —Buenos días. Nadia a mi despacho.

—Buenos días, Scott —dijo Anne extrañada.

Él entró en su despacho sin cerrar la puerta y Anne la miró. —¿Qué ocurre?

—Ni idea —susurró cogiendo su teléfono y un block antes de seguirle. Entró en el despacho y cerró la puerta. Fue hasta la silla donde estaba el abrigo de su jefe y lo cogió dejando sus cosas sobre la mesa para llevarlo hasta el cuarto anexo y colgarlo de la percha. Cuando regresó él se estaba sentando en su sillón abriéndose la chaqueta. —¿Y bien?

Era de ir al grano, siempre lo había sido. Intentando aparentar tranquilidad se acercó hasta ponerse ante él. —Tengo veintiséis años.

Scott apretó los labios. —Consideras que eres demasiado joven.

—No, me encantaría tener un hijo. —Sobre todo con él. Su respuesta pareció aliviarle. —Pero cuando tenga un hijo no pienso dejar que otros tomen las decisiones sobre él.

—Eso tiene que cambiarse. Ayer lo hablamos.

—También hablo en caso de tu fallecimiento.

Él apretó los labios y apoyó la espalda en el sillón. —Es solo un acuerdo.

Estaba claro que no pensaba ceder más y puso los brazos en jarras mirando fijamente sus ojos verdes.

—No me pienso morir, Nadia.

—Es un acuerdo firmado. No sé lo que ocurriría dentro de diez años y las palabras se las lleva el viento, como muy bien me has enseñado.

—Es una empresa muy grande. Demasiada responsabilidad.

—¿Se lo estás diciendo a tu vicepresidenta? La conozco como tú. Mejor que tu padre que lleva retirado cinco años. Soy perfectamente capaz de proteger los intereses de mi hijo. —Dio un paso hacia él. —Y lo sabes. Me siento...

—¿Ofendida?

—¡Sí, mucho! ¿Por qué quieres tener un hijo conmigo si no te fías de mí?

—Como has dicho no sé lo que ocurrirá dentro de diez años —dijo fríamente—. ¿Hay trato o no?

Apretó los labios e intentando pensar fue hasta el ventanal para mirar al exterior. —Puedo tener un hijo con quien quiera sin tantas complicaciones. Yo no gano nada de esto.

Sintió su presencia tras ella. —Me estarías haciendo un favor a mí. ¿O no recuerdas como se inició esta conversación? Quiero tener un hijo. Sí o no, Nadia.

Se volvió para mirarle a los ojos y cuando algo se retorció en su pecho muriéndose por sentir un hijo suyo en su interior asintió. —Haz que tus abogados redacten el nuevo acuerdo. Las decisiones las tomaremos los dos.

Scott sonrió satisfecho igual que cuando cerraba un trato jugoso. —Esta tarde iremos a la clínica para que nos hagan un reconocimiento.

—No me parece mal con lo activo que eres sexualmente.

—¿Y tú?

Se quedó de piedra. —¿Qué?

—¿Eres activa?

Se sonrojó sin poder evitarlo. —Pues no mucho, la verdad. —Pasó a su lado intentando huir de esa conversación. —Es que estoy muy ocupada con un jefe de lo más exigente.

Scott rio por lo bajo. —No será para tanto.

Ella cogió su móvil y revisó la agenda rápidamente. —En diez minutos tienes una cita con Philip Stanton.

El futuro padre de su hijo perdió la sonrisa concentrándose en el trabajo. —¿Era hoy?

—Tienes sobre la mesa el balance de cuentas de la fábrica. Hay pérdidas de un siete por ciento —respondió yendo hacia la puerta—. Diez minutos.

—Encárgate tú.

Se detuvo en seco volviéndose para mirarle. —¿Yo?

—Es hora de que empieces a descargarme de trabajo. Encárgate tú.

Casi chilla de la alegría y sonrió antes de ir hacia su mesa para coger el balance. Scott levantó una ceja divertido. —¿Podrás con él?

—Que se vaya preparando.

—No me defraudes, Nadia...

—Tranquilo, jefe.

Stanton salió pálido de la sala de juntas de al lado del despacho de Scott y satisfecha empezó

a recoger sus cosas sin darse cuenta de que su jefe entraba y la observaba metiendo las manos en los bolsillos del pantalón. Tarareó contenta y recogió un boli del suelo. Él sonrió antes de que se incorporara en su asiento para verle allí. Uy, que la estaba controlando. —Todo bien, jefe.

—¿Seguro?

—Ya le he puesto las pilas. Este gana un diez por ciento más en el próximo trimestre como me llamo Nadia Breemer. —Se levantó con el balance en la mano. —¿Necesitas algo?

—Recoge tus cosas. Nos iremos a comer y después a la clínica.

¿A comer? ¿Solos? Jamás habían ido a ningún sitio si no tenía que ver con negocios y mucho menos solos. Estaba claro que su acuerdo iba a cambiar su vida. Sonrió por dentro ilusionada y asintió. —Muy bien, pero tengo que cancelar citas de la tarde.

Él miró su reloj. —Tienes diez minutos. Llama al Resident y diles que vamos para allá. Quiero la mesa de siempre.

—Sí, Scott —dijo viéndole salir.

Cuando Nadia salió Anne sonrió. —¿Que tal la reunión, vicepresidenta?

—Shusss. Como te oiga... Es un secreto.

—Ya estás haciendo las tareas de ese puesto. —Señaló la puerta de cristal. — Dentro de unas semanas te trasladarás —dijo emocionada.

Se sentó en su sitio y perdió algo la sonrisa porque hasta ese momento no se había dado cuenta de que en cuanto ocupara su nuevo puesto vería a Scott y a Anne mucho menos. Tendría su propia secretaria y su propio despacho. Solo vería a Scott en las reuniones de trabajo. Pero tendrían un hijo y se verían en casa. Su corazón saltó en su pecho de felicidad y levantó el teléfono diciendo —Seguiremos comiendo juntas.

—Claro que sí.

—Por cierto, me voy a comer con el jefe, que Scott tiene una reunión en State Island por la tarde y quiere que le acompañe para que me entere de los detalles —dijo rápidamente—. Anula las citas de la tarde, ¿quieres?

—¿State Island?

—Algo de un nuevo prototipo de avión...

Anne hizo una mueca. —Te vas a aburrir muchísimo.

—No creas —dijo para sí llamando al restaurante. ¡Dios, iba a cambiar su vida para siempre! Estaba asustada, pero también emocionadísima porque sería un cambio enorme. Había llegado a lo más alto en su carrera y por si fuera poco iba a tener un hijo con el hombre que amaba. Puede que él no la quisiera, pero tendrían algo en común que les uniría siempre y era mucho más de lo que tenían otras personas. Se conformaría con eso. Nadie lo tenía todo.

Después de llamar estaba recogiendo su bolso cuando Scott salió con el abrigo puesto y sin esperarla fue hasta la puerta. Nadia chasqueó la lengua antes de coger su abrigo blanco y salir tras él. Uy con este. Ya le veía diciéndole al niño que los deberes tendrían que estar en diez minutos. Mucho le quedaba por ver.

Entró con él en el ascensor y su teléfono sonó. Mientras Scott pulsaba el botón del hall vio en la pantalla que era su hermano. Gimió por dentro mirando de reojo a Scott porque no le gustaba nada que contestaran llamadas personales en el trabajo. —Dime Daniel —dijo seria como si fuera alguien de la empresa—. Oh, sí. Claro, que ha llegado... ¿Tengo que recogerla? Sí, sí. Exactamente, envíame la dirección por WhatsApp. Oye tengo que dejarte —dijo sintiendo la mirada de Scott sobre ella—. ¿Esta tarde? De acuerdo. Intentaré recogerla hoy.

Colgó y miró las luces disimulando.

—¿Daniel?

Gimió por dentro. —Sí, Daniel. —Forzó una sonrisa. —Es por el cumpleaños de Daniela...

Scott entrecerró los ojos. —¿Daniela?

—Mi sobrina.

Su jefe sonrió irónico. —Tu sobrina.

—Va a cumplir siete años en dos semanas y vamos a hacer una fiesta por todo lo alto. — Sonrió radiante porque se interesara por algo de su vida cuando nunca le había preguntado antes y contenta salió del ascensor. En ese momento pasó al lado de una chica que la miró de arriba abajo con admiración, pero ella ni se dio cuenta mirando su móvil. Scott gruñó viendo como su ayudante llegaba hasta la puerta de cristal que el portero ya había abierto. Nadia sonrió al hombre que devolvió la sonrisa encantado y Scott entrecerró los ojos.

—¿Estás bien? —Will le hizo levantar la vista de su segundo whisky.

—Claro que estoy bien. —Bebió de su copa molesto.

—Estás como... Joder, ni idea de cómo estás porque nunca te había visto así.

—¿Te parece atractiva?

—¿Quién? —Miró a su alrededor.

—¡Nadia!

Will le miró como si fuera un loco. —Claro, ya te lo he dicho. Está buenísima. Llevo intentando ligármela desde hace dos años y no me ha hecho ni caso. Pero ahora ya sé la razón.

—Hoy he ido a comer con ella y a la clínica.

Su amigo sonrió. —¿Y está bien?

—¿Bien? Al parecer medio Manhattan cree que está bien. No han dejado de mirarla —dijo mosqueado antes de beber.

—Claro, era un reconocimiento.

—Me refiero a los demás —dijo entre dientes.

—¿Quieres explicarte?

Su amigo parecía atónito y él gruñó por dentro. —No sé si me he equivocado.

—Hostia. ¿Habéis firmado los papeles?

—¿Papeles?

—Scott, ¿qué pasa?

Frunció el ceño. —No lo sé.

—Joder, estás rarísimo. ¿Está bien? ¿Puede concebir?

—Oh, eso. Sí, está perfecta. El médico me ha dicho que podría tener diez hijos si quisiera.

—Eso es estupendo, ¿no? —Su amigo gruñó bebiendo de su whisky. —Pues no es estupendo. ¿Dónde está el problema? No me digas que tú tienes algo.

—Estoy sanísimo. —Se adelantó y apoyó los codos sobre la mesa. —El problema es que he visto algo que no me ha gustado nada y estoy intentando averiguar la razón.

—Tiene novia.

—No, no tiene novia. —Levantó una mano para pedir otra copa mientras su amigo le observaba atentamente. —No tiene novia porque no mira a nadie.

—Y eso es malo porque...

—¡No es malo!

—Scott como no te expliques. ¡No te entiendo!

Le fulminó con la mirada. —¡La miran! ¡La miran mucho! No me había dado cuenta antes, pero tenías que verles. ¡Les atrae como las moscas a la miel! ¡Hasta a mi chófer se le cae la baba con ella, joder!

Will dejó caer la mandíbula del asombro. —¿Estás loco?

—¿Crees que estoy loco? En la empresa guardan las distancias porque trabaja para mí, pero fuera... ¡Ja! —Bebió lo que le quedaba de su whisky. —Fue poner un pie en el restaurante y el camarero le sonreía como un estúpido. ¿Y al llegar a la clínica? Si casi se pelean dos enfermeros por llevar su silla de ruedas. ¡Un médico que pasó a su lado por casualidad le pidió el teléfono ante mi cara! —Varios del bar se les quedaron mirando.

Will carraspeó. —Baja la voz, amigo. Este es un club respetable.

—¡Es que me han puesto de los nervios, joder!

—¿Y le entró alguna mujer? —Scott frunció el ceño mientras Will se aguantaba la risa. — Porque por mucho que la miren los hombres...

—Las mujeres son más discretas y la ginecóloga que la reconoció era hetero.

—¿Entonces qué más te da? No va a hacerles ni caso. Además no es tu mujer, es la madre de tu hijo.

Pensativo dejó que el camarero les sirviera un whisky. —Tienes razón. ¿Qué más me da?

—Exacto. Y eso es lo interesante. ¿Qué más te da?

—¡No lo sé!

—Tío no estarás confundiendo las cosas, ¿no?

Se le quedó mirando. —No, claro que no.

—Tú a lo tuyo. Y si la miran mucho es porque como te dije antes está buenísima. Es lógico que la pretendan.

—¿Sabes lo más increíble?

—Estoy deseando saberlo.

—Ella no se da cuenta. —Will entrecerró los ojos. —¡O es muy inocente o es corta de vista! Al médico le dio su tarjeta con una dulce sonrisa en los labios contenta como nunca porque acababan de decirle que todo iba bien. ¡No va a salir con él! ¡Piensa que es para algo médico!

—Pues cuando la llame se llevará una sorpresa. Scott, es lesbiana. —Will se echó a reír.

Scott sonrió, —Es cierto.

—¿Por qué te preocupas? Lo has conseguido. —Levantó su vaso. —Felicidades, amigo. Vas a ser padre, tu vida va a cambiar para siempre.

Chocó su vaso con el suyo y asintió antes de beber. —Por el niño.

—Por el niño, amigo.

Bebió y gruñó por dentro preocupado porque Will tenía razón. ¿Por qué se cabreaba por algo tan estúpido?

Capítulo 4

Nerviosa se miró al espejo del baño. Bueno, a por él. ¿A por él? Si pasa de ti totalmente. Ayer en la comida no dejó de hablar de trabajo y para querer ser el padre de tu hijo es evidente que no siente ningún interés por tu vida más allá de la oficina. Por Dios, si ni siquiera habían hablado del niño en toda la comida. Es más, hasta parecía cabreado y pidió la cuenta antes de que ella pudiera pedir el postre siquiera, como si estuvieran perdiendo el tiempo. ¿Y en la clínica? Estaba que se lo llevaban los demonios. Seguramente porque creía que aquello era una pérdida de tiempo total. Gimió secándose las manos. En menudo lío se estaba metiendo. Ya podía ser bueno en la cama porque como encima la dejara a medias porque se apurara en terminar, iba a ser un chasco pero que muy gordo. Resignada salió del baño y pasó ante Anne para abrir la puerta del despacho. Vio que Scott estaba mirando por el ventanal pensando en sus cosas. Se detuvo en seco porque últimamente estaba muy raro, pero aquello ya era pasarse. Cerró la puerta y se acercó. ¿Se lo soltaba a bocajarro? Bueno, ahí iba. —Scott, estoy ovulando.

Notó como se tensaba y se volvió sorprendido. —¿Ya?

Se sonrojó ligeramente. —Bueno, ayer la ginecóloga dijo que lo mejor era aprovechar los días en que ovulaba y ya estoy... —Sus óvulos debían estar tan impacientes como ella. —Me acabo de hacer la prueba.

Scott carraspeó como si estuviera incómodo. —Pues muy bien. ¿Tiene que ser ahora?

—¿Ahora? ¿Aquí? —Sintió que le subía la temperatura, pero al pensar en Anne se puso muy nerviosa. —Pues no sé...

Llamaron a la puerta sobresaltándola y Anne metió la cabeza sonriendo. —Me tengo que ir. Dentista, ¿recordáis?

¡Pues no! ¡No lo recordaba en absoluto! —Oh, oh... Sí, claro. Vete tranquila —dijo ella más nerviosa aún si eso era posible.

—Hasta mañana —dijo tan contenta antes de largarse a toda prisa dejándola con la boca seca. Se giró lentamente y se sobresaltó cuando se encontró a Scott ante ella. —Bueno...

La miraba fijamente. —Esta situación es algo incómoda, ¿no?

Soltó una risita nerviosa. —Pues ya que lo dices, sí.

—Mejor lo dejamos para después. Por unas horas no pasará nada. —Fue hasta su mesa. —Tráeme la oferta Lawton.

Se quedó de piedra. ¿Tan poco atractiva era que no se animaba? ¡Estaban solos! —¿La oferta Lawton?

—Esa. —Acercó su sillón a la mesa y cogió el teléfono.

Se mordió el labio inferior y dio un paso hacia su escritorio. —Si quieres echarte atrás...

Él levantó la cabeza como un resorte. —¿Tú quieres echarte atrás?

Se sonrojó. —Bueno, esto no es lo ideal, pero...

—¿Eso es que sí o que no? Las mujeres siempre yéndoos por las ramas.

Sería cabrito. Levantó la barbilla orgullosa. —Ya te he dicho que sí.

—Pues eso. Esta noche te hago el niño.

Dejó caer la mandíbula del asombro. Le veía muy seguro de que sería a la primera. Aunque

cuando Scott se emperraba en algo... —Pues muy bien.

Salió del despacho y cerró la puerta. Pensando en ello entró en la sala de archivos. Esperaba que no tuviera razón porque ya que se había metido en eso quería llevarse un par de orgasmos. ¿Qué decía un par? Quería llevarse veinte. Solo tendría esos momentos para estar con él, para compartir intimidad y no quería que se acabaran tan pronto. Entonces se le cortó el aliento mirando su despacho. ¿Y si...? Negó con la cabeza volviendo al archivador, pero su corazón empezó a latir alocado. Tampoco tenía por qué enterarse. En unas semanas dejaba de tomarla y ya está. Era su única oportunidad. Así pasaría más tiempo con ella que con ninguna otra mujer que hubiera conocido. Bueno, ya pasaba con ella mucho tiempo, pero estarían solos y con una cama de por medio. Sus ojos brillaron. La intimidad unía mucho. Puede que en ese tiempo lograra que se enamorara de ella. Cinco semanas. No, mejor seis. Tomaría la píldora seis semanas y luego la dejaba. Si no se enamoraba de ella en ese tiempo, tendría que intentarlo de otra manera porque podía arriesgarse a que cambiara de opinión y el acuerdo al que habían llegado se centraba sobre todo en el momento en que naciera el niño. No ponía nada de que dentro de un par de meses no se echara atrás si es que no había embarazo. Frunció el ceño. Era un riesgo. Scott puede que se arrepintiera, pero así sus probabilidades de llegar a tener algo con él en el futuro aumentaban. Emocionada cerró el archivador.

Entró decidida en el despacho y preguntó —¿Te importa que vaya a la farmacia un momento?

Él frunció el ceño. —¿Por qué?

¿Por qué? ¡Tenía que haberlo pensado antes! Forzó una sonrisa dejando la propuesta ante él intentando pensar rápidamente. —Voy a por... —Al ver el próximo anuncio de aceites para coches que iba a salir esa misma semana exclamó —¡Lubricante!

La cara de Scott fue un poema. Se había quedado en shock. —¿Perdona?

Se puso como un tomate al darse cuenta de lo que había dicho. —Es que sino me cuesta un poquito. —Rio por lo bajo. —Aunque contigo... Bueno, por si acaso. Más vale prevenir, ¿no? Queremos que salga bien.

Scott asintió y salió de allí a toda pastilla. Sonriendo fue hasta el ascensor. Sí, era la decisión correcta. ¡Aquello iba viento en popa!

Después de regresar se tomó la pastillita sin que la viera con una buena cantidad de agua y metió la cabeza en su despacho sonriendo de oreja a oreja para decir que ya había llegado. Él simplemente gruñó y Nadia frunció el ceño porque parecía cabreado. Igual se había molestado. Los hombres para esas cosas eran muy suyos. Intentando congraciarse con él dijo —Lo he comprado de coco. ¿Te gusta el coco?

Él levantó la vista atónito. —¿El coco?

—Sí. No creas que a mí me gusta mucho, pero era eso o de limón y la verdad no creo que ese sabor sea el apropiado. Debería ser dulce, ¿no crees?

—Así que a ti no te gusta el coco —preguntó como si estuviera mosqueado—. ¿Y qué sabor te gusta?

Se sonrojó porque no era precisamente una experta, pero tampoco quería que pensara que era una mojigata. —La fresa. —Se encogió de hombros acercándose a él. —Pero no tenían.

—Vaya —dijo entre dientes—. Menudo fallo.

Mejor dejar el tema que parecía más cabreado. Cogió varios expedientes para archivarlos. —¿Has terminado?

—¡Ni siquiera he empezado!

Le miró sin comprender y él se levantó. —Mejor nos vamos.

—¿Ahora? Pero si queda una hora para salir.

Entró en el cuarto anexo y salió con la chaqueta y el abrigo en las manos para fulminarla con la mirada. —Coge el bolso —siseó como si quisiera pegarle cuatro gritos.

A pesar de esa mirada de voy a romper piernas ella sintió que la excitación la recorría de arriba abajo. —Bien, vale. —Corrió fuera del despacho y dejó los expedientes sobre su mesa. Emocionada cogió su bolso y corriendo lo que le dejaba su falda de tubo cogió su abrigo del perchero de diseño. Al volverse casi se le sale el corazón al ver cómo le miraba las piernas mientras se ponía la chaqueta de malos modos. —¿A dónde vamos? ¿A tu casa?

Gruñó en respuesta yendo hacia el ascensor.

—¿A la mía? —Corrió tras él y entró en el ascensor por los pelos. Como no contestaba le miró. —¿A un hotel?

—Mejor a mi casa —dijo mirando las luces.

—Oh, bien. —Se colgó el bolso al hombro muy nerviosa. ¡No se lo creía, al fin iba a acostarse con él! ¿Y si no le gustaba cómo se comportaba en la cama? Él era un experto y ella solo había visto lo que salía en las películas y no eran precisamente porno. Lo máximo que se había visto había sido Atracción Fatal y aquello había terminado como el rosario de la aurora. ¿Y si lo hacía mal? Necesitaba datos para intentar hacerlo lo mejor posible. —¿Deberíamos hablar del proceso? —La miró como si no la entendiera y Nadia carraspeó antes de decir al punto del desmayo. —Para entrar en materia. No sé muy bien lo que te gusta como no sabes lo que me gusta a mí...

—Creo que me hago una idea de lo que te gusta.

¿De veras? Debía ser un hacha. —¿Y qué te gusta a ti?

Él parpadeó tensándose. —Lo que a todos, pero no hace falta que me animes. Yo me animo solo.

Sin poder evitarlo sus ojos llegaron a su entrepierna y se sonrojó al ver que estaba excitado. —Oh, veo que... Que bien, ¿no? —preguntó acalorada—. Que sencillo todo.

Gruñó saliendo por las puertas mientras se cubría con el abrigo. Ella no podía quitarse esa imagen en la cabeza porque se había excitado al pensar en acostarse con ella. Aunque igual le pasaba siempre y se alegraba de ver una escoba. —No seas negativa, Nadia. —Corrió tras él y en cuanto salieron del edificio el chófer mantuvo la puerta abierta del vehículo.

—A casa, Peter.

—Sí, señor Norwood.

Ella sintió que su media se enganchaba al sentarse tras él y gimió dejando el bolso y su abrigo sobre su jefe sin darse cuenta para mirarse el muslo. —Mierda, me he arañado. —Levantó un poco la falda para ver que sangraba un poco. —¿Cómo...?

—Joder. —Su jefe se sentó ante ella y cogió su muslo con ambas manos. Se le cortó el aliento sintiendo que sus pechos se endurecían con fuerza. —Nena, levántate con cuidado y siéntate donde estaba yo.

Nadia casi sin aliento se apoyó en el respaldo para moverse aún impresionada por cómo la había llamado y los dos vieron que un pequeño alambre salía de la carísima tapicería de cuero. —¡Peter! ¡Se ha salido lo que parece un muelle del asiento!

—¿No me diga, señor? Pero si lo acabo de limpiar y no lo he visto.

—Haz que lo reparen —dijo entre dientes de una manera que era evidente que como no

estuviera arreglado cuanto antes iban a rodar cabezas y la de Peter se llevaba todas las papeletas. Pulsó el botón para que se subiera la mampara de separación con el chófer y se acercó a ella. — ¿Estás bien?

—Oh sí. —Sonrió como si nada. —Un poco de iodo y listo.

No pareció quedarse a gusto porque tiró de su falda hacia arriba casi hasta el borde de sus braguitas de encaje negro, mostrando el bordado de sus medias a la altura del muslo y la respiración de Nadia se alteró por el roce de sus dedos en su piel mientras revisaba bien la herida. —En cuanto lleguemos a casa... —Levantó la vista hasta sus ojos y ella creyó que se moría de gusto allí mismo. —Te lo curaré.

—Vale —soltó en un graznido. Sonrojada carraspeó—. Muy bien.

Él se enderezó. —¿Estás nerviosa?

¿Mentía? ¿No? —Un poco, la verdad. —Se llevó las manos a la falda y él bajó la vista hacia allí mirando sus piernas antes de que ella la bajara lentamente creyendo que el corazón se le iba a salir del pecho de la excitación. No sabía si era porque en el interior del coche había menos luz, pero tenía la sensación de que sus ojos verdes se habían oscurecido de deseo y al mirar su entrepierna lo confirmó al darse cuenta de que lo que había visto en el ascensor era de risa comparado con lo que estaba viendo ahora.

—Tengo la sensación de que no vas a necesitar el lubricante, nena —dijo con la voz ronca.

Ella le miró a los ojos. —Tengo la sensación de que tienes razón.

—Estoy deseando ver cómo te corres.

Casi se muere al escucharle y gimió apretando las piernas. Scott entrecerró los ojos acercándose. —¿Estás excitada?

—Sí —respondió con la respiración alterada. Él la cogió por el interior de sus rodillas y tiró de ella haciendo que se deslizara hasta el borde del asiento. Abrió sus piernas lentamente sin dejar de mirarla. Cuando deslizó las manos por el interior de sus muslos quiso gritar de placer, pero mordió su labio inferior para evitarlo.

—Te enciendes enseguida —dijo él justo antes de que su mano pasara por su sexo por encima de sus braguitas—. Eso me facilita mucho las cosas, ¿sabes?

—¡Dios! —arqueó su espalda hacia atrás al sentir como su pulgar acariciaba su clítoris y de repente esa mano desapareció. Ella levantó la vista hacia él y Scott elevó una ceja. —Ya hemos llegado.

Roja como un tomate se bajó la falda a toda prisa. —Pues... muy bien.

Él salió del coche llevando su bolso en una mano y los abrigos en la otra. Nadia al salir con prisa se le dobló el tobillo antes de tropezar con el bordillo. Scott la cogió por el brazo y ella soltó una risita. —No me responden las piernas.

Rio por lo bajo. —¿Te llevo en brazos, nena?

Se derritió por dentro. —¿Lo harías?

Le dio el bolso y los abrigos. Alucinada los cogió contra su pecho antes de que la cogiera en brazos como si no pesara nada. Sin aliento miró sus ojos mientras el portero les abría la puerta. —¿Mejor?

—Nunca me habían llevado así —dijo emocionada abrazando su cuello.

Él hizo una mueca. —Pues siempre hay una primera vez para todo. Esta será una noche de nuevas experiencias para ti, preciosa.

—Ajá... Vamos a hacerlo. Vamos a ser padres.

Scott sonrió. —¿Te hace ilusión?

Sus preciosos ojos violetas brillaron sin darse cuenta de que entraban en el ascensor. —Sí. —Acarició su cuello hasta el lóbulo de la oreja. —¿Y a ti?

Él gruñó y acercó su rostro hasta rozar sus labios. Nadia cerró los ojos de placer. —¿Me darás un hijo, preciosa? —Besó sus labios antes de morder delicadamente su labio inferior. —Sí me lo darás, ¿verdad?

—Sí...

Al responder él entró en su boca y cuando la saboreó con pasión Nadia gimió abrazándose a su cuello. El placer la arrasó y su lengua la volvió loca olvidándose de todo. Ni se dio cuenta de que salía del ascensor y la llevaba hasta la puerta sin dejar de besarla, pero separó sus labios y ella protestó besando su cuello. —Sí, nena. Ya voy —dijo impaciente dejándola en el suelo. Ella que no se lo esperaba cayó sobre el mármol blanco desparramando sus cosas a su alrededor y Scott juró por lo bajo sacando la llave antes de cogerla por la cintura para levantarla como si fuera una muñeca y besar sus labios de nuevo mareándola de placer. Scott abrió la puerta y la giró haciendo que la puerta golpeará contra la pared. Bebiendo de su boca enterró sus dedos en su espeso cabello y cuando la cogió por el trasero amasando sus nalgas, gritó en su boca sintiendo que su vientre se estremecía de necesidad por él. Scott cerró la puerta con el pie y llevó sus manos a su falda tirando de ella hacia arriba antes de agarrarla de nuevo por el trasero para elevarla con un movimiento brusco que separó sus bocas. Con la respiración agitada se miraron durante unos segundos. —Esto va a ser interesante —dijo él comiéndosela con los ojos.

—Sí que lo va a ser. —Agarró su cabello tirando de él para besar sus labios y Scott gruñó en su boca antes de apoyarla en la pared del pasillo. Él de repente apartó sus labios para besar su cuello y loca de placer inclinó su cabeza hacia atrás. Scott soltó una mano y rasgó su blusa de un golpe seco mostrando sus pechos cubiertos de encaje negro. Mordisqueó su delicada piel por encima de la tela y ella creyó que perdería el juicio por lo que le hacía sentir. Agarrándola por las nalgas la llevó al final del pasillo. La puerta estaba cerrada y él sin soltarla intentó abrirla, pero no encontraba la manilla. Nadia protestó cuando apartó su boca jurando por lo bajo y ella aprovechó para quitarse la chaqueta del traje mientras la abría. Muerta de deseo la tiró al suelo antes de cogerle por las mejillas para besarle ansiosa cuando escucharon un chillido.

Confundida volvió la cabeza para ver a una rubia en la cama totalmente en pelotas y Scott asombrado se detuvo en seco. —¿Pero qué coño...?

—¡Serás cabrón! —gritó la tía.

Scott dejó caer a Nadia, que chilló al caer al suelo de culo. Asombrada vio como él se acercaba a la cama. —¿Pero qué haces aquí?

—¡Sorprenderte! ¡Pero la sorpresa me la he llevado yo!

—¿Cómo has entrado en mi casa, loca?

—¡Con la llave que te robé la otra noche!

—La madre que te parió. ¡Voy a llamar a la policía!

Los ojos castaños de la mujer se llenaron de lágrimas. —Tranquilo, que me voy yo. —Se levantó furiosa y cogió su ropa. —¡Y no me llames más!

—¡No pensaba hacerlo!

Escucharon un portazo y Scott gruñó antes de mirarla a los ojos. —¿Una amiga? —preguntó irónica.

—Nena, no me fastidies. Continuemos.

La verdad es que se le había bajado la libido de golpe y él la miró asombrado mientras se levantaba. —¡Será una broma!

—¡Esto corta el rollo a cualquiera!

Él se quitó la chaqueta del traje tirándola al suelo. —Ni hablar, estás ovulando, ¿recuerdas?
—Al ver que se cerraba la blusa negó con la cabeza. —No, no, no, nena...—La cogió por la cintura y la besó en el cuello. —Olvídala, yo ya lo he hecho —dijo con pasión.

Cerró los ojos sin poder evitarlo. —¿Seguro?

—Sí, preciosa.

La rubia entró de nuevo en la habitación como Dios la trajo al mundo y cogió el móvil que había en la mesilla dejándola de piedra. —¡Cabrón!

—¿Será posible? ¡Se acabó, voy a llamar a la policía, Giselle! —gritó soltándola y siguiéndola por el pasillo—. ¡Devuélveme la llave!

—¡Qué te den! ¡Puedes metértela por el culo, cerdo insensible!

—¿Insensible yo, loca desquiciada?

Nadia suspiró dándose la vuelta y saliendo de la habitación. Al atravesar el pasillo vio que se le había medio deshecho el recogido y se llevó las manos allí para dejar que su larga melena cayera hasta su cintura. Menuda noche de pasión, pensó mientras escuchaba sus gritos en el salón. Muy decepcionada se agachó para recoger su chaqueta porque ese episodio había ensuciado el momento que había esperado desde hacía tanto tiempo. Salió al salón poniéndose la chaqueta y vio como la rubia se vestía gritando a pleno pulmón que la había utilizado.

Scott al ver que se abrochaba la chaqueta negó con la cabeza. —¡Tú no te mueves de aquí! —Al ver que iba hacia la puerta corrió tras ella. —¡No, Nadia!

—Creo que no es el momento. —Abrió la puerta y suspiró del alivio al ver su bolso y su abrigo allí. Se agachó para recoger varias cosas que se le habían salido del bolso y él se agachó a su lado. —Así no, Scott. Esta noche no.

Él apretó los labios y miró hacia abajo para recoger el bote de lubricante. —Esto me lo quedo. No pudo evitar sonreír cogiendo su abrigo para incorporarse. —Hasta mañana.

—Hasta mañana, preciosa.

Se volvió y se sintió observada por él mientras pulsaba el botón. Miró sobre su hombro y se sonrojó porque no le quitaba ojo. En ese momento salió la rubia como una tromba con un abrigo de pieles. —¡Muérete cerdo!

—Adiós Giselle, espero no verte nunca más.

Las puertas se abrieron y Nadia gimió dando un paso hacia el ascensor. La rubia casi la empujó para entrar en él y pulsó el bajo. —¡Coge el siguiente!

Asombrada levantó sus cejas por su grosería cuando les había estropeado la noche, pero dejó que se cerraran las puertas. Sintiendo observada apretó el abrigo entre sus brazos y miró de reojo a Scott que se acercó lentamente. Sintió como se le aceleraba el corazón de nuevo. —Tengo tres habitaciones más, ¿sabes? —preguntó casi en un susurro antes de besar el lóbulo de su oreja estremeciéndola. —Además, puedo hacerte la cena... —Bajó sus labios por su cuello y Nadia suspiró de placer. —Eso es, preciosa. —La cogió en brazos de nuevo sin dejar de besarla. —Ya verás como te hago olvidar este mal trago. —Atrapó sus labios y la metió en casa cerrando la puerta con el pie. Ella dejó caer sus cosas de nuevo para abrazarle por el cuello y antes de darse cuenta la tumbaba sobre el sofá. Acarició su muslo subiendo su falda y Nadia elevó su pierna para rodear sus caderas, pero fallaba algo. Le costaba concentrarse porque no se quitaba a la rubia de la cabeza.

Él apartó sus labios y suspiró. —Al parecer vamos a tener que dejarlo, ¿no?

—Lo siento, pero...

Asintió levantándose y avergonzada por lo que pensaría, porque al fin y al cabo iban a lo que iban, se sentó apartando sus rizos rubios de su rostro. —¡Joder! —Scott se alejó y entró en el pasillo dando un portazo. Nadia apretó los labios antes de levantarse y recoger sus cosas de nuevo. La decepción fue a más sin saber por qué y salió de la casa reprimiendo las lágrimas. Ni siquiera se había ofrecido a llevarla a casa o hacerle la cena como había dicho antes. Estaba claro que solo quería una cosa de ella.

Capítulo 5

Nadia empujó la puerta de cristal y Anne desde detrás de su mesa sonrió tímidamente. —Adivina...

—No tengo el cuerpo para adivinar nada. Me duele la cabeza.

—Oh, pobrecita. ¿No has descansado bien?

—No he pegado ojo. —Agotada dejó el bolso sobre la mesa y fue hasta el perchero para dejar el abrigo mientras su amiga se levantaba. —¿Qué ocurre? ¿Al fin te ha tocado la lotería?

—Mejor. —Se quedó unos segundos en silencio y Nadia frunció el ceño, pero antes de que se volviera exclamó —¡Tengo novio!

Se quedó de piedra y se giró de golpe. —Pero... ¿Novio, novio?

Su amiga se sonrojó asintiendo y levantó la mano mostrando un buen pedrusco que hizo que su mandíbula casi cayera al suelo de la impresión. —Sí, ya sé que he pasado de hombres todo este tiempo, pero es que nos enamoramos y...

—¿Cuánto lleváis juntos y cómo no me has dicho nada?

Anne se sonrojó. —Es que me daba algo de vergüenza, ¿sabes? A mi edad y... —Soltó una risita nerviosa mirándose la mano y suspiró ilusionada. —Me quiere. Me quiere muchísimo, te lo juro.

—Claro que te quiere. —Se acercó contentísima por ella y la abrazó. Se había pasado toda su vida sola y al fin había encontrado el amor de su vida. —Me alegro por ti.

—Lo sé. Algún día encontrarás a alguien que te quiera igual, ya verás.

Hizo una mueca antes de sonreír apartándose. —¿Y quién es? ¿Cómo se llama? Cuéntamelo todo. ¿Mamá sabe esto? Ugr, tengo que llamarla más a menudo. Pero qué tonterías digo si te tengo aquí. ¿Por qué no me lo dijiste?

Anne la miró inquieta. —Es... Cielo, siéntate.

Nadia perdió la sonrisa poco a poco. —Anne, ¿qué ocurre?

—Es mejor que te sientes. Íbamos a decírtelo los dos juntos, pero él tiene algo de miedo a tu reacción...

Entonces pensó en todas las personas que conocían que ella no aprobaría y no se le ocurrió nadie, la verdad. Pero por la cara de Anne aquello era gordo. Era muy gordo.

Se sentó en su silla sin dejar de observarla y Anne dio un paso hacia ella apretándose las manos. —Es tu padre.

—¿Mi qué? —Rio sin ganas, pero por la cara de su amiga perdió la sonrisa poco a poco. —¿Es una broma?

Anne gimió. —Ya sé que hace mucho que no os veis...

Nadia se tensó con fuerza al ver en sus ojos que no mentía. La rabia la recorrió de arriba abajo. —¿Hace mucho? —preguntó suavemente antes de gritar— ¿Hace mucho? ¡Veinte años! ¡Ha pasado de nosotros veinte años! ¡Si me viera por la calle ni me reconocería! —Atónita se levantó. —¿Te vas a casar con un hombre que nos ha hecho tanto daño?

—No lo entiendes —dijo angustiada—. Yo le quiero.

Se llevó la mano al pecho de la impresión. —Dios mío, siempre has estado enamorada de él,

¿verdad? ¡Por eso no has salido con nadie desde que recuerdo!

Los ojos de Anne se llenaron de lágrimas. —Era el marido de mi mejor amiga. Lo siento, yo...

—¿Lo sientes? —gritó de los nervios—. ¿Lo sientes?

—¿Qué pasa aquí?

La voz furiosa de Scott hizo que mirara hacia la puerta y se tensó enderezándose porque estaban en el trabajo. Había escogido el momento oportuno para que ella no le gritara las cuatro cosas que pugnaban por salir de su boca. Apretó los puños impotente mientras Scott furioso esperaba una respuesta a su comportamiento tan poco profesional. —No pasa nada. —Volvió a su mesa y empezó a sacar las cosas de su bolso.

Anne preocupadísima dio un paso hacia ella. —Cielo...

—Estamos en el trabajo —dijo fríamente mientras Scott se acercaba a su mesa sin perder detalle.

—Anne vuelve a tu puesto —ordenó Scott sin quitarle la vista de encima a su ayudante—. Nadia a mi despacho.

Su voz presagiaba bronca y furiosa cogió su block antes de pasar ante él hacia su despacho. Scott cerró tras ella. —¿Se puede saber qué coño te pasa? ¿Cómo se te ocurre gritar como si fueras una verdulera?

Enderezó la espalda por el reproche, pero en lugar de gritar de frustración como quería simplemente dijo —Lo siento, ha sido un malentendido. No volverá a pasar.

—¡Por supuesto que no volverá a pasar! ¡Has dejado a Anne descompuesta!

Al parecer el único que podía gritar era él. Se quedó en silencio mirando al frente. Estaba claro que ni iba a preguntarle lo que había ocurrido porque no le interesaba en absoluto. —Ni se te ocurra volver a hablarle así a mi secretaria, ¿me has oído? —Reprimiendo las lágrimas de la rabia asintió. —¡Ahora ponte a trabajar que para eso te pago!

Sintiéndose humillada porque jamás había tenido que reprenderla por nada, salió del despacho a toda prisa y cerró la puerta antes de correr hacia el baño. Anne preocupada se levantó. —Cielo...

Se encerró en el baño sin responder y tomó aire antes de llevarse las manos a las sienes. Le iba a estallar la cabeza por la tensión. Dios, cuando se enterara su madre le iba a dar algo. Las lágrimas corrieron por sus mejillas recordando la última vez que había visto a su padre. Estaba sentada sobre la alfombra del salón jugando con unas muñecas y él sentado en el sofá leía el periódico. Fred Breemer sonrió y bajó el periódico para mirarla. —Cielo, ¿no están hartas de tanto ir de compras?

—No, a las chicas nos gusta.

Él gruñó por lo bajo. —Sí, algo de eso tengo entendido. —Dejó el periódico a su lado y la miró fijamente. —Pero tú harás muchas cosas más.

—Claro, porque soy muy lista.

—Sí, no hay niña más lista en el mundo y a la que yo quiera más.

Nadia se levantó y le abrazó por el cuello. —¿Me quieres más que a Daniel?

Su padre rio por lo bajo. —Pero no se lo digas, ¿vale?

—¿Y que a mamá?

—Te quiero más que a nada ni a nadie. No lo olvides nunca.

—Vale. —Le besó en la mejilla y regresó con sus muñecas. Su padre la observó unos minutos y cuando se levantó acarició sus rizos rubios antes de alejarse.

—¡Melissa, voy a por tabaco!

—¡Tráeme leche!

—¡Y caramelos, papi! —gritó ella para que la oyera.

Nadia hizo una mueca. Podía esperar sus caramelos sentada porque esa tarde no regresó. Llamó desde casa del tío Harry para decirle a su madre que no volvería. Su madre se quedó en shock. Fue un shock para todos. Pero lo que fue el colmo es que no se presentara después del divorcio para llevarse a sus hijos. Allí estaban en el hall muy nerviosos con sus mochilas preparadas para pasar el fin de semana con él y no se presentó. Su madre de los nervios intentó llamarle, pero no le cogió el teléfono. Nunca más volvieron a verle. Aunque pasaba su manutención religiosamente cuando le correspondía, esa persona que decía que la quería más que a nada no quiso verla nunca más y le rompió el corazón en mil pedazos. Les rompió el corazón a todos.

Se pasó las manos por las mejillas intentando borrar sus lágrimas y fue hasta el lavabo. No iba a dejar que volviera a hacerle daño. Ya no. Se lavó la cara e intentó recomponerse. Al mirarse al espejo apretó los labios porque se notaba que había llorado, pero no podía hacer otra cosa, así que salió del baño y fue hasta su mesa sin mirar a Anne.

—Lo siento —susurró su amiga.

—No me hables más —siseó antes de levantar el teléfono y ponerse a trabajar.

Toda la mañana trabajó como una maniaca y cuando Scott la llamó, ella sin mirarle apuntó todo lo que quería que hiciera antes de salir de su despacho en silencio. A la hora de la comida cogió su bolso y se fue sin despedirse de Scott como siempre. Caminó por las calles intentando despejarse, pero cuando no lo aguantó más llamó a su hermano. Se puso hecho un basilisco y ella escuchando como se desahogaba se sentó en un banco del parque que había ante la oficina.

—No, la llamaré yo —dijo ella preocupadísima por su madre—. Es mejor que se lo diga yo. Es muy sensible y... —Suspiró pasándose la mano por la frente. —Esto va a ser como una bomba para ella.

—¡Será cabrón! ¡Con su mejor amiga! ¿Es que no la ha destrozado ya bastante?

—A mí la que me ha dejado de piedra es Anne. No me lo esperaba.

—¿Quién va a esperarse algo así después de veinte años?

—Está tan ilusionada...

—¡Menuda traidora de mierda!

Podía llegar a comprenderla, se había enamorado. Es más, llevaba enamorada de él años. Pensando en el trato al que había llegado con Scott se dijo que ella no era nadie para juzgar lo que se hacía por amor. —Le ama y debe amarle mucho como para arriesgarse a perdernos.

—¡Pues a mí ya me ha perdido! ¡Qué ni se le ocurra aparecer por el cumpleaños de mi hija!

Sollozó y avergonzada se cubrió los ojos con la mano agachando la cabeza. —Yo la quiero...

Su hermano suspiró. —Lo siento, cielo. Sé que estás mucho más unida a ella que yo.

—No sé cómo ha podido... Creía que me quería, que le importaba.

—Está claro que la vida no deja de darnos sorpresas.

—¿Nadia?

Levantó la vista sorprendida para ver a Scott ante ella. Sorbió por la nariz. —Te llamo luego, ¿vale? Tengo que dejarte —susurró a su hermano antes de colgar. Avergonzada se pasó las manos por la cara antes de buscar un pañuelo en su bolso.

Scott se sentó a su lado mirándola preocupado. —¿Estás bien?

Ella asintió sin ser capaz de hablar. La observó mientras se limpiaba. —Tienes que olvidar y seguir adelante.

Se le cortó el aliento levantando la vista hasta él. —¿Olvidar? Nunca se olvida cuando te han hecho daño.

—Puede que no. —Él suspiró y cruzó sus tobillos metiendo las manos en los bolsillos del abrigo mientras miraba su empresa. —Pero si demuestras que te hacen daño pueden pasar dos cosas o que les hagas sentir culpables o que sientan satisfacción porque tú estás hecha polvo. —La miró a los ojos. —¿Qué crees que vas a conseguir llorando por las esquinas? —dijo fríamente—. Nada. Si se siente culpable no cambiará de opinión por vergüenza y si le importa poco que sufras, es evidente que no te merece.

La dejó sin aliento. —¿Crees que alguien puede no rectificar por vergüenza?

—Quien rectifica y pide disculpas, a riesgo de que siempre puedas echarle en cara su error, es un valiente —dijo con ironía—. Y desgraciadamente no abundan. Así que deja de llorar y sigue adelante. —Se levantó y estiró la mano.

Ella la miró y la cogió para levantarse. Se miraron a los ojos y Scott sonrió. —Así me gusta. Ahora a trabajar.

Caminaron hasta el semáforo y él no soltó su mano hasta ese momento antes de carraspear —He pensado que podríamos irnos el fin de semana.

Le miró sorprendida. —¿El fin de semana?

—Tengo una casa en Aspen. —Miró hacia la empresa como si estuviera incómodo. —Así será distinto. Especial.

Su corazón casi se le sale del pecho. —¿Eso crees?

—Además te vendrá bien. Trabajas mucho. —El semáforo se puso en verde y él cruzó a toda prisa como si quisiera huir de esa conversación. Nadia reaccionando corrió tras él. —Date prisa. Llegamos tarde —dijo molesto.

Ella reprimió una sonrisa entrando en la empresa tras su jefe. Cuando entraron en el ascensor le escuchó gruñir, pero no pensaba dejar que cambiara de opinión. —¿Cuándo nos vamos?

—Mañana por la tarde. Despeja la agenda para mañana. Recogeremos tu maleta de la que vamos al aeropuerto.

Tenía mil cosas que hacer. Se mordió el labio inferior pensando en su madre. Solo tenía esa tarde para hablar con ella. Sus ojos se ensombrecieron al pensar en cómo se pondría.

—Eh...—Scott la cogió por la mejilla para elevar su rostro. —Ni se te ocurra llorar otra vez. Nadie merece tus lágrimas. —Se agachó y le dio un suave beso en los labios que le robó el corazón. Él se apartó y miró al frente. —Prepárate para la reunión con Grant —dijo muy serio antes de salir del ascensor dejándola atónita. Ese beso... Ese beso... Sonrió emocionada. ¡Ese beso demostraba que le importaba y mucho! Salió tras él y cuando llegó al despacho vio que Anne estaba tras su mesa. Su triste mirada rompía el corazón. Fue hasta su sitio mientras su jefe entraba en su despacho cerrando la puerta y cuando Nadia colgó el abrigo en el perchero la miró de reojo. Era evidente que había llorado y suspiró volviéndose para dejar su bolso cuando se detuvo en seco por el bote de analgésicos que había sobre su mesa.

La miró sorprendida y Anne susurró —Era por si todavía te dolía.

Se le hizo un nudo en la garganta viendo como empezaba a teclear ante el ordenador y sin poder evitarlo dio un paso hacia ella. —Le quieres mucho, ¿verdad?

Ella le miró de reojo y sollozó. —Más que a nada.

—No puedo aceptarle, Anne.

Su amiga asintió. —Lo sé.

—Espero que a ti te haga feliz.

Iba a decir algo, pero se arrepintió y sonrió con tristeza. —Me hace muy feliz.

Intentando no mostrar el daño que le hacían sus palabras, forzó una sonrisa sabiendo que su relación jamás sería la misma. Con él entre ellas no. —¿Has terminado las cartas?

Su madre se quedó mirando la taza de té que tenía delante hasta que se quedó frío. Preocupada alargó la mano para apretar su antebrazo. —Mamá, ¿estás bien?

—Siempre lo sospeché —susurró.

—¿Qué?

—Que le amaba. Le conocí gracias a ella, ¿sabes? —Eso sí que no se lo esperaba y su madre sonrió con tristeza. —Me invitó a una fiesta que daba en su casa. Acababa de terminar la universidad y lo iba a celebrar, así que todos sus amigos estábamos invitados. Y ahí estaba Fred. Era tan guapo... Me enamoré en cuanto le vi y me acerqué a hablar con él. —Apretó sus labios recordando. —Anne siempre fue más tímida con los hombres. Me crucé en su camino.

—¡Pero te eligió a ti!

—Siempre tuve algo dentro... Algo que me decía que ella le amaba y que al creer que Fred me amaba a mí no hizo nada. Lo dejó estar y él creyó que no le interesaba, pero...

—Mamá, ellos también tuvieron la culpa al no ser sinceros con sus sentimientos si tanto se querían. ¡No fue solo responsabilidad tuya!

—Si no me hubiera acercado a él... Era mi mejor amiga.

—¿Sabías que le gustaba antes de conocerle?

—Por como hablaba de él supe que estaba muy interesada, pero decidí ignorarlo en cuanto le vi. —Miró su taza de nuevo. —Y destrocé la vida de todos.

La verdad es que no sabía que decir. —Lo siento mucho, mamá.

—El destino ha puesto las cosas en su sitio. Solo siento que Fred no tuviera el valor de dar la cara y decir la verdad en su momento.

—Dios mío, ¿crees que se veían desde hacía años? ¿Crees que ha sido tan falsa con nosotros?

Su madre negó con la cabeza. —No, no lo creo. Pero sí creo que me dejó porque la quería a ella y no lo soportaba más. —Nadia se llevó la mano al pecho de la impresión. —Estoy segura de que cortó todos los lazos con él por fidelidad a mí, pero el destino volvió a unirlos y la vida es demasiado larga para vivirla sola. Me alegro por ella.

Se emocionó al ver las lágrimas en los ojos de su madre. —Lo siento muchísimo, mamá.

—Yo no. Anne es una persona maravillosa y me alegro de que sea feliz. —Su hija vio como se levantaba. —Voy a llamarla. Estará de los nervios esperando mis recriminaciones.

—¿Y a él? —Su madre se volvió pálida. —¿Le perdonas a él?

—Podría perdonarle que me abandonara, de hecho lo entiendo, pero lo que os hizo a vosotros no se lo perdonaré jamás.

—¿Te arrepientes de lo que hiciste? ¿De haber luchado por él?

Su madre asintió. —Mucho.

—Pero le querías y siempre dices que hay que pelear por lo que se quiere. No hiciste nada malo.

—Me quedé embarazada a propósito, hija. —Nadia palideció. —Aunque parecía que era feliz

a mi lado, después de unos meses saliendo supe que algo iba mal. Así que me decidí temiendo perderle. Le quería tanto... —Se echó a llorar. —Lo siento.

—Dios mío. —Totalmente pálida se llevó la mano al vientre. —Dios mío.

Su madre torturada dio un paso hacia ella. —¡Solo quería estar con él!

—¡Y le atrapaste en una relación que no quería! ¡Les separaste y cuando viste que aun así no conseguías lo que querías que era su amor, nos utilizaste para mantenerle a tu lado! — Asombrada dio un paso atrás. —Papá no quería tener hijos, ¿no es cierto?

—No, no quería. —Su madre se echó a llorar. —¡Pero creí que cambiaría de opinión y os quiso, sé que os quiso!

Se volvió llevándose las manos a la cabeza y su madre la miró angustiada. —Hija...

—Tengo que irme —dijo frenética saliendo de la cocina para coger su bolso y su abrigo.

—Por favor no te vayas así.

Abrió la puerta de la casa y se detuvo mirando la calle. Sin volverse reprimió las lágrimas y preguntó —¿Le sigues queriendo?

Sollozó. —No hay un solo día en que no piense en él.

El rostro de Scott apareció en su mente sonriéndole. Cerró los ojos sintiendo como su corazón se retorció antes de salir de la casa.

Capítulo 6

Apartó el edredón y gimió llevándose las manos a la cabeza mirando el techo de su habitación iluminado por la lamparita de noche. No podía dejar de pensar en la historia de sus padres y Anne. Si algo había aprendido de esa experiencia, es que no se podía forzar a alguien a amar a la persona a la que no estaba destinada. Y Scott no la quería. Reprimiendo las lágrimas se levantó y fue hasta su maleta abierta que había preparado la noche anterior. Cogió la caja de las píldoras y la tiró a la papelera. Ella no iba a comportarse como su madre. Aunque era el caso contrario porque era él quien quería tener un hijo, no pensaba retenerle en contra de su voluntad. Había llegado a un trato y tenía que respetarlo. Si no se quedaba embarazada, que fuera porque tenía que ser así. Debía disfrutar de los momentos que pasaran juntos y si tenía la suerte de tener un hijo suyo, ese sería un vínculo de por vida. Tenía que disfrutar de ello en lugar de pensar en cuanto todo terminara o intentar retenerle a su lado. Le amaba más de lo que nunca creyó posible, pero no iba a cegarse y mentirse a sí misma sobre cómo era respecto a las mujeres. La rubia que había encontrado en su cama no sería la única que pasaría por allí y tenía que aceptarlo.

—Estás muy callada.

Levantó la vista hacia Anne que la observaba desde su mesa. —Tengo mucho trabajo.

Su amiga apretó los labios asintiendo. —Siento todo esto.

Suspiró antes de girar su sillón hacia ella. —¿Por qué no hiciste nada en su momento? ¿Por qué no luchaste por él cuanto todavía no se habían casado?

Separó los labios de la impresión. —¿Cómo sabes...?

—Ella sabía que le querías. Se quedó embarazada a propósito.

Anne palideció de la impresión. —¿Te lo ha dicho Melissa?

Se arrepintió de sus palabras porque no era su historia y se estaba metiendo donde nadie la llamaba, pero ya lo había dicho y no era justo para Anne. —Me lo dijo anoche.

—Dios mío.

—Se arrepiente de haberlo hecho. Temía perderle.

Anne apretó los labios y apartó la vista. —Fue culpa mía. No fui clara con ella sobre él...

Se quedó alucinada porque intentaba excusarla. —Te estoy diciendo que ella lo sabía.

—La decisión fue de Fred. —La miró a los ojos. —Si no hubiera sido tu madre podía haber sido otra cualquiera. Fue él quien tomó la decisión como lo ha hecho conmigo ahora.

Se la quedó mirando. —¿Y se lo has reprochado?

—Te aseguro que se lo reprocha a sí mismo cada día. Creyó que no le interesaba lo suficiente y salió con ella para darme celos —dijo con tristeza—. Quería que me enfadara. Cuando se dio cuenta estaba a punto de casarse y ya no había marcha atrás.

—Pero sí que la hubo. Nos abandonó.

—Y no le perdoné por ello.

—¿Por qué nos dejó atrás? ¿Por qué no quiso verme más? —preguntó con dolor.

Anne la miró torturada. —Cielo, esto tienes que hablarlo con tu padre.

Se tensó con fuerza. —Pues eso no va a pasar.

Scott salió de su despacho con el abrigo puesto. —Nadia, nos vamos.

—¿Ya? —preguntó sorprendida—. Pero si acabamos de venir de comer.

—Anne te quedas al cargo. —Miró su reloj exasperado. —Nena, date prisa que ya están preparando el avión.

—Oh, sí. —Cogió su bolso y su abrigo tan rápido como podía mientras Anne separaba los labios de la impresión. Scott cogió su abrigo y se lo puso sobre los hombros. —¿Apagas mi ordenador?

—Sí, sí, claro.

—Hasta el lunes. —Scott la cogió de la mano y tiró de ella hacia el ascensor.

En cuanto entraron ella le miró de reojo. —Eso no ha sido muy discreto.

—Anne se enterará tarde o temprano. —Sonrió irónico. —¿O piensas meter barriga nueve meses?

—Ja, ja.

—Será discreta.

—¿Anne? Esa ya está llamando a mi madre. —La miró sin comprender y eso la dejó de piedra. —¡Es la mejor amiga de mi madre, Scott! ¿No lo sabías? ¿Por qué crees que me recomendó para el puesto?

—Bueno, me dio muy buenas referencias tuyas y tu curriculum... —Frunció el ceño y ella se tensó temiendo haber metido la pata. —¿No te presentaste a las entrevistas para el puesto?

—Uy, claro que sí —dijo a toda prisa—. Y las pasé todas toditas todas —añadió mintiendo como una bellaca.

Eso pareció aliviarle. —Entonces ella te avisó para el puesto.

—Claro.

—Y te recomendó porque sabía que harías un buen trabajo.

—Y lo he hecho, ¿o no?

Scott sonrió. —Sí, nena. Tu trabajo es... impecable.

Sonrió como si le hubiera regalado la luna. —Gracias, jefe.

—Así que te conoce muy bien. —Le miró sin comprender. —Desde hace mucho más tiempo del que creía, quiero decir.

—Es mi madrina, no te digo más. —Él gruñó mirando las puertas y Nadia le miró de reojo. —¿Algún problema con eso?

—No, claro que no.

—Ella hizo su trabajo —dijo defendiéndola.

—Tranquila, nena. Lo hizo. —La miró fijamente. —Me dio lo que yo quería.

Sonrió satisfecha y cuando se abrieron las puertas salió antes que él. —Dejemos ese tema porque acabas de provocarme un problema muy gordo.

—¿No me digas? —dijo divertido.

En ese momento sonó su teléfono y ella gimió al sacarlo del bolso para ver la foto de su madre soplando las velas en su último cumpleaños. —¡Estupendo Scott!

Él miró sobre su hombro e hizo una mueca. —¿Es tu madre?

—Sí, ¿qué pasa?

—Es guapa.

Se sonrojó con fuerza porque todo el mundo decía que eran iguales. —¿Quieres que te pida una cita? —preguntó irónica antes de contestar. Subiendo al coche sonrió al chófer—. ¿Si,

mamá?

—¿Cómo que estás saliendo con ese crápula? —gritó a los cuatro vientos.

Scott se sentó a su lado levantando una ceja. Gimió por dentro porque lo había oído. —Mamá no estoy saliendo con él.

—No, claro que no. ¡Porque mi hija, la hija que tanto me ha costado criar es demasiado lista para liarse con... con... ese mete saca que solo piensa con el pene!

—¡Mamá! —Asombrada le miró de reajo para ver que tenía la misma mirada de pasmo que ella. —Scott no es así.

—¿Que no? ¡Si sale con una distinta cada noche! ¡Y no se queda con ninguna! ¡Hija, con el gusto tan refinado que tienes no lo cambies ahora!

Scott gruñó revolviéndose incómodo a su lado. —Mamá, tengo que dejarte. —Y dijo más bajo —Te está oyendo.

—¡Qué me oiga! Como te haga daño le corto eso que...

Colgó el teléfono a toda prisa y forzó una sonrisa. —Madres.

—Encantadora.

—Estos días está algo nerviosa.

—¿No me digas? —El teléfono volvió a sonar y él levantó una ceja.

—Mejor lo apago. —Lo apagó gimiendo porque cuando lo volviera a encender ardería Troya. —Ya está.

—Al parecer le habéis contado alguna cosilla de mí. —Lo dijo de tal manera que le puso los pelos de punta. Estaba furioso.

Quería morirse. —Bueno, has salido en alguna conversación.

—¡Me habéis puesto verde ante tu madre para que tenga esa impresión de mí! —gritó sobresaltándola.

—Oye, que yo no tengo la culpa de tu vida privada. ¡Tú tienes la culpa de eso! —La miró como si no entendiera palabra. —¡Eres tú el que me hace llamar a tus citas para quedar! Y eso... —De repente la rabia la recorrió. —¡Eso es indignante! Si hasta tengo que buscar en tu abrigo sus papelitos con sus números porque ni recuerdas sus nombres. ¡Lo haces para que averigüe el nombre antes de pasarla contigo si no está apuntado en el papel!

—Me cuesta recordar los nombres, ¿qué pasa?

—¿Qué pasa? Mira, mira...

—Soy un hombre muy activo sexualmente. ¿Eso es un problema?

Sí que lo era porque no lo era con ella, pero rechinando los dientes dijo con orgullo —Tu vida sexual no me importa en absoluto.

—¡Pues deja de hablar de ella!

—Perfecto.

Se miraron a los ojos y se acercaron el uno al otro mientras su corazón se aceleraba, pero al darse cuenta de lo que estaban haciendo ambos volvieron la cara a su ventanilla.

—Ya no podrá ni verme —dijo él molesto—. Y cuando se entere del embarazo y de que no vivimos juntos más todavía.

—Déjame mi madre a mí. —Le miró de reajo. —Lo siento.

Él suspiró pasándose la mano por el cabello antes de hacer una mueca. —Todo el mundo tiene una suegra que le odia, ¿no? Podré soportarlo.

Su corazón dio un vuelco. ¿Suegra? ¿Significaba que formarían una familia? Hasta ese momento solo pensaba en ellos tres, pero se dio cuenta de que había más implicados. —¿Se lo

vas a decir a tus padres?

—Hasta que no sea un hecho no. —La miró a los ojos. —Le diré que nos llevamos bien, pero no como para casarnos. Lo entenderán.

Asintió porque era algo que podía decir ella también. Nerviosa se apretó las manos y él las cogió con la suya. —Todo irá bien, nena.

—Espero que no estemos cometiendo un error que paguemos el resto de nuestras vidas.

—¿Qué podría salir mal?

Madre mía que casa, pensó impresionada desde la terraza de su habitación que mostraba las montañas nevadas al anochecer. Era tan hermoso que cortaba el aliento. El servicio metió las maletas en su habitación y ella se volvió para darles las gracias. Scott entró en ese momento. —¿Te gusta?

—Ganas demasiado.

Él se echó a reír acercándose. —No me dirás lo mismo cuando te suba el sueldo. —Se puso a su espalda y la cogió por la cintura pegándola a él para mirar el paisaje antes de abrazarla haciendo que todo su ser se sintiera en casa. —Me encanta este sitio.

—Yo no sé esquivar.

—Te lo pasarás bien, ya verás. Mañana te daré unas clases. —La besó en la sien. —En media hora estará la cena. Me cambio y te espero abajo.

—Está bien —dijo disfrutando de esa intimidad. Vio sobre su hombro como se alejaba y cerraba la puerta. Todavía no se podía creer que estuviera en su refugio. Emocionada entró en la habitación y cerró la puerta de cristal. Sabía que iba allí a desconectar y la había llevado con él. Loca de contenta abrió su maleta y cogió la ropa interior que había elegido para esa noche especial. Blanca con un encaje muy hermoso de rosas. También sacó un grueso jersey de lana en blanco y unos leggins del mismo color. ¿Iría muy de blanco? Dudó un momento, pero al final negó con la cabeza yendo hacia el hermoso baño decorado en madera y mármol negro. —Vamos allá.

Apenas veinte minutos más tarde bajaba después de darse una ducha y cambiarse. Se había dejado sus rizos sueltos porque tenía la impresión de que le gustaban y cuando descendió la enorme escalera hecha de troncos su corazón se detuvo en seco al ver a Scott vestido con unos vaqueros negros desgastados y un grueso jersey verde mirando por el ventanal. Levantó hasta sus labios un vaso de cristal tallado con un líquido ambarino al que le dio un trago y Nadia separó los labios cuando vio el movimiento de sus mandíbulas mientras ese líquido recorría su garganta. Debió oírla porque se volvió mirándola de arriba abajo haciendo que se alterara su sangre. —Perfecta.

Sonrió muy nerviosa, pero intentó disimularlo acercándose. —¿Me pones un gin-tonic?

—Por supuesto.

Miró a su alrededor y se acercó a la enorme chimenea. Vio varias fotografías casi todas hechas en Navidades. Cogió una foto de los padres de Scott con él ante el árbol de Navidad. —La sacamos el año pasado.

—¿Siempre las pasáis aquí? —Dejó la foto y cogió su vaso.

—Hace dos años nos fuimos a las Maldivas, pero no fue lo mismo. Mi madre se niega a que

no haga frío en esas fechas.

—El ponche sabe mucho mejor.

—¿Y tú?

—Con mi madre, mi hermano y su familia. Están esperando su segundo hijo.

—¿Cuántos años tiene?

—Veintiséis.

—¿Nacisteis el mismo año? —preguntó sorprendido.

—Nacimos el mismo día —respondió divertida.

—¿Sois gemelos?

—Mellizos.

Él levantó las cejas. —Entonces hay posibilidades.

Se sonrojó ligeramente. —Supongo que te alegrarías.

—Cuanto más mejor —dijo mirándola a los ojos antes de beber.

Bebió y pasó la lengua por su labio inferior poniéndose nerviosa de nuevo. —Sí, a mí también me gustaría. Compartimos un vínculo especial.

—Como sabes soy hijo único, pero entiendo de lo que hablas.

—Bueno, tienes a Will. —Él se echó a reír asintiendo y se alejó sentándose en el sofá. —¿Os conocéis desde hace mucho?

Él entrecerró los ojos pensando en ello. —Creo que de toda la vida, le recuerdo de siempre. Fuimos juntos al colegio, pero nuestros padres ya eran amigos.

—Se nota que sois uña y carne.

Mirando las fotos de nuevo le vio en una de ellas. Ambos llevaban ropa de esquí y reían a la cámara con una cerveza en la mano. —¿Quién sacó la foto?

—Que pregunta más extraña.

—Es que os reís y parece que tenéis cariño a quien sacó la foto.

Él la miró fijamente. —Eres muy observadora. Sacó la foto la hermana de Will. Joy. Tenemos una relación amor odio desde siempre. Ella me envidia por mi relación con su hermano y me adora a partes iguales.

Sintió envidia por la relación que tenía con él. Seguro que habían compartido millones de cosas. —Parece genial.

—Lo es. Tiene por delante una prometedora carrera como fotógrafa. Ya le han dado varios premios.

—Me encanta la fotografía. De pequeña mi madre me regaló una cámara antigua y lo fotografiaba todo. Me la tuvo que quitar porque mi abuelo me regalaba carretes y costaba bastante revelarlos.

—¿Y tu padre, nena? Nunca hablas de él.

Perdió la sonrisa acercándose y se sentó en el sillón en lugar de en el sofá, lo que hizo que él perdiera un poco la sonrisa y juró para sí por ser tan idiota. —Mi padre nos abandonó.

Él se tensó. —Lo siento. Creí que...

—¿Había muerto? —preguntó irónica—. No, se largó cuando tenía seis años y no he vuelto a verle. Al contrario que Anne, que últimamente le ve mucho.

La miró sin comprender y ella bebió de su copa. —Pero esa es otra historia y no quiero cabrearme.

—No jodas, nena. ¿Ahora está con Anne? —preguntó asombrado.

—Se van a casar. ¿A ti no te lo ha dicho?

—No, pero es lógico, nunca le pregunto por su vida privada. ¿Por eso discutisteis?

Ella hizo una mueca antes de beberse la copa de golpe. —Pero la entiendo, ¿sabes? Llevaba enamorada de él toda la vida... No pudo resistirse.

—¿Y tú te has enamorado alguna vez?

Se le cortó el aliento. —¿Qué tal otra copa?

Él sonrió. —Mejor cenamos. —Se levantó y la cogió de la mano tirando de ella. —He dicho que nos lo preparen aquí. —La llevó hasta una mesa bellamente decorada. Incluso tenía rosas blancas en un pequeño centro. —¿Te gusta el salmón?

—Sí, me encanta. —Apartó la silla como todo un caballero y se sonrojó de gusto sentándose. —Gracias.

—¿Un poco de vino?

Asintió y él cogió la botella de una cubitera sirviendo las copas antes de sentarse ante ella. —Estoy esperando, nena.

Mierda. —Sí, supongo que como todo el mundo me he enamorado alguna vez.

—Yo no.

—Imposible.

—No, en serio. Eso de las mariposas nunca me ha pasado.

Sintió una decepción enorme, pero qué se esperaba que le dijera cuando sabía que no la amaba. Es que era tonta. —Pues no sabes lo que te pierdes.

—Debe ser la leche para que se hayan escrito tantas novelas del tema. —La miró a los ojos. —Pero a mí no me ha pasado. El deseo sí.

Se echó a reír. —Sí, eso debe pasarte mucho.

—Ya te lo he dicho, soy muy activo —dijo comiéndosela con los ojos—. Y llevo unos días sin hacerlo nena, así que prepárate.

Se puso como un tomate. —¿Si naufragaras en una isla desierta y de dieran a elegir, preferirías una hamburguesa con queso o tener sexo?

—¿Hay pesca?

Ella se echó a reír. —Está claro que elegirías.

—Depende de con quien me toque. ¿Y tú?

—Comer, comer. El sexo es prescindible.

Él que estaba bebiendo se atragantó antes de reír. —¿Pero qué locuras dices?

—¿No crees que en una relación se puede prescindir del sexo?

—¿Estás loca? ¿Por qué iba a querer aguantar a alguien sin sexo? —preguntó asombrado.

—Se nota que nunca has estado enamorado —dijo con pena.

—El sexo forma parte de la vida. Eso sería una amistad, no sería una pareja.

No entendía que alguien podía amar sin estar realmente con la otra persona como había hecho ella durante dos años o Anne durante media vida. —Así que crees en la amistad.

—Por supuesto. Will es un amigo con todas las letras. Y Drake también lo es.

—¿Drake?

—Es el dueño de las pistas que vemos desde aquí. Le conozco desde hace muchos años. Si está en la estación te lo presentaré mañana.

—Me encantará conocerle. —En ese momento salió una doncella de unos cincuenta años con una fuente en la mano y le sirvió algo que parecían pequeños espaguetis a la plancha, pero de color blanco.

—Nena, ella es Pamela. Se encarga de la limpieza y la cocina cuando estamos aquí.

—Encantada, soy Nadia.

—Mucho gusto, señorita.

Nadia miró la fuente. —¿Qué es eso?

—Son angulas, señorita —respondió la doncella.

—¿Angulas?

—Es la cría de la anguila. Están deliciosas. Pruébalas, te encantarán. Ten cuidado con la guindilla.

Ella apartó la guindilla y sonrió. —Nunca había comido algo así.

—En España es un plato muy reconocido.

Se metió el tenedor en la boca y le miró sorprendida. —Están deliciosas.

Él sonrió. —Sabía que te gustarían.

—¿Cuando me des el puesto, viajaré para descargar de los viajes?

Él frunció el ceño. —No había pensado en eso. Pero estarás embarazada y puede...

—Podré viajar muchos meses hasta dar a luz. Yo también quiero conocer mundo.

—Lo hablaremos cuando llegue el momento.

Esa respuesta no le gustó un pelo. —Vas a darme la vicepresidencia, ¿no?

—Sí, nena. Ese puesto es tuyo.

—¿Pero?

—Pero nada. Ya lo hablaremos.

—¿Y después de tener al niño?

—¿No vas a dejarlo?

—No, quiero saber.

—Después sí, ¿de acuerdo?

Sonrió aliviada. —Vale.

Él rio por lo bajo. —Si me descuido me quitas la presidencia.

Divertida cogió la copa de vino. —Tú ándate con ojo.

La miró a los ojos. —Esto va a salir bien, nena.

Se le cortó el aliento. —Te veo muy seguro.

—En este momento estoy totalmente seguro. —Sintió que su corazón se alteraba de la alegría.

—Vamos a ser una familia algo atípica.

—¿Te asusta?

—Mucho, ¿y a ti?

—Más que asustarme estoy impaciente. —Se la comió con los ojos. —Por todo.

—¿Esquías bien?

Él se echó a reír. —Tienes razón, mejor cambiemos de tema o no terminará la cena.

Roja como un tomate cogió su copa de vino y bebió. Uff, qué calor. —¿Se puede bajar esa chimenea?

La risa de Scott la fascinó y se le quedó mirando embobada. Entonces de repente él perdió la risa y ella avergonzada se metió un montón de aquellas cosas en la boca para masticar con ganas. —Están buenas —dijo con la boca llena.

—Me alegro de que te gusten. —Sin quitarle ojo como si desconfiara de ella bebió de su copa y cogió la botella para llenar las copas de nuevo. —Quería comentarte algo...

—Dispara.

Él sonrió. —Nadia, ¿eres gay?

Se atragantó y se puso a toser con fuerza. Scott se levantó de inmediato y le dio palmadas en

la espalda. —¡Respira, nena! —Intentó hacerlo y tosió de nuevo haciendo que llegara el aire. Agotada se dejó caer en el respaldo de la silla y le miró con los ojos llorosos. —¡Joder, qué susto!

—Ay...—Alargó la mano y cogió la copa de vino bebiendo todo su contenido.

Él mirándola como si no confiara en que respirara bien se sentó en su silla. —¿Estás bien?

—Se me fue por otro lado —dijo con la voz ronca. Carraspeó—. ¿Un poco de agua?

—¿Eres gay o no?

¿Por qué pensaba algo así?, se preguntó atónita. ¿Tenía pinta de ser gay? Pero si se lo había comido a besos. Aunque por su cara era evidente que pensaba que era gay. ¿Era por qué nunca se le había insinuado? Anne la había advertido bien sobre no hacerle ojitos al jefe con lo salido que era, palabras de su amiga. Además le había contado lo que había pasado con la anterior secretaria, así que como para hacerle ojitos que acababa en la cola del paro. Pero ahora iban a tener un hijo. Todo había cambiado. Y que le preguntara eso la dejaba de piedra. Tenía mil preguntas. —¿Por qué crees que lo soy?

—¿No lo eres? —entrecerró los ojos.

Uy, uy que parecía que eso no le gustaba nada. Entonces su corazón saltó en su pecho al darse cuenta de lo que pasaba. ¡Por eso la había elegido! Porque era gay y no podría enamorarse de él.

—No he dicho eso —dijo rápidamente—. ¿Te he preguntado por qué crees que lo soy? ¿Acaso es algo evidente?

—No, claro que no. —Suspiró del alivio. —Fue porque me lo dijo Anne, por eso te contraté.

La madre que la parió. —¿Por eso me contrataste? —preguntó casi sin aliento.

—Nena, no te cabrees. Tuve un problema con mi anterior secretaria y cuando Anne me dijo tu condición...

—Mi condición —siseó.

—Sí, me pareció la mejor opción. Pero no se te nota. No se te nota nada.

—Pues que bien. —Él se la quedó mirando. —¿Dónde está el maldito salmón? —preguntó de mala leche.

—Joder, te has cabreado.

—¿Porque hayas descubierto mi condición? —preguntó con ironía. —Ah no, que ya te lo había dicho Anne antes de que me conocieras. —Y eso que era muy listo y conocía a las mujeres.

—No se lo tomes en cuenta. Así conseguiste el trabajo y yo conseguí una ayudante de primera. Y una futura vicepresidenta.

—Ya soy vicepresidenta. ¡El salmón!

—Por eso te consideré la persona apropiada para ser la madre de mis hijos. —Casi le da un infarto al oír esas palabras. —Nada de celos, nada de problemas conyugales que alteren la vida de los niños... Vas a ser la madre perfecta.

Ella cogió la otra copa de vino y se la bebió de golpe antes de coger la botella para encontrársela vacía. —Nena, ¿no querías agua?

—Sí, por favor —dijo con la boca seca.

Scott miró hacia la puerta de la cocina. —¿Dónde estará esta mujer? —Se levantó alejándose y desapareció en la cocina.

Gimió llevándose las manos a la cabeza y levantándose. ¿Pero qué estaba pasando? Dios, la había contratado porque pensaba que era gay. ¡Quería tener un hijo con ella precisamente por eso! Dejó caer los hombros decepcionada mirando por el enorme ventanal. Jamás se enamoraría

de ella y más pensando que tenía esa condición sexual. Pero si decía la verdad, rechazaría tener un hijo con ella. ¿Debía hacerlo? ¿Y perderle para siempre? Porque cuando se enterara, se cabrearía y no solo con ella. Puede que hasta despidiera a Anne por eso y sabía que si le había contado esa mentira era por protegerla. Dios, qué lío. Se abrazó a sí misma. Había tirado las píldoras esa mañana para no atraparle y ahora estaba pensando en tener un hijo con él basando su relación en una mentira. Entonces entrecerró los ojos. Sería capullo. Tenía un curriculum impecable. ¿Se había dejado los ojos estudiando como una loca y la elegía por eso? ¡Había trabajado como una maniaca esos dos últimos años y era atractiva! ¿Por qué no se enamoraba de ella? Sintió que las ganas de gritar de la frustración pugnaban por salir y apretó los puños reteniéndose. Entrecerró aún más los ojos. —Este capullo merece una lección.

—¿Nena? —Sobresaltada se volvió para verle saliendo de la cocina con una jarra de agua en la mano. —Pam no se encuentra muy bien.

—Oh, ¿llamamos a un médico? —preguntó sonrojada por si la había oído.

—No, dice que es un mareo de nada. Pero la he enviado a casa.

Menudo samaritano. Vio como servía una copa de agua y se la llevaba hasta allí. —No has comido mucho. ¿No tienes más hambre?

Ella negó con la cabeza antes de coger la copa de su mano y dijo con ironía —Serán los nervios. Como nunca he estado con un hombre...

La miró sorprendido. —Nena, ¿eres virgen?

Mira, algo de bueno tenía aquello. Lo que iba a decirle no le iba a extrañar demasiado. —Claro. Es lo que tenemos las mujeres gays, que eso se toca poco.

Scott carraspeó. —Pues yo pensaba que...

—¿Qué?

—La otra noche parecía que te lo estabas pasando muy bien. Creí que habías probado a algún hombre antes de... —Bebió acalorada y él acarició su cuello apartando su melena. —Nena, ¿si nunca has estado con un hombre cómo sabes que no te gustamos más que una mujer?

Es que era para matarle. Forzó una sonrisa. —Eso se sabe. —Le entregó la copa y él la sujetó por los pelos antes de que ella fuera hasta la escalera. A mitad de camino le miró sobre su hombro. —¿A qué esperas?

—Nadia, ¿estás cabreada?

Se quitó el jersey y le miró por encima de la barandilla. —Acabemos de una vez. ¡Me estás poniendo nerviosa!

—Muy bien —dijo asombrado.

Entró en su habitación y se quitó los leggins yendo hasta la cama. Entonces recordó algo. —Scott, ¿has traído el lubricante? —preguntó con mala leche recordando la cara que había puesto cuando le había dicho que tenía que comprarlo. Claro, había dañado su orgullo.

—Te aseguro que no lo vas a necesitar.

Se volvió para verle en la puerta comiéndosela con la mirada. —Pues no sé... Hoy no me estás poniendo tanto como la otra noche.

Él pareció quedarse en shock. —¿Y eso por qué?

—¿Será el vino? —Se tumbó en la cama recostándose en las almohadas y poniéndose sexy. —Pero no, no es lo mismo.

Gruñó acercándose. —Tú tranquila, que yo me encargo.

Madre mía, como lo dijo casi la hizo temblar de gusto. —Tú eres el experto. —Se sentó y llevó las manos a la espalda para quitarse el sujetador.

—No, nena. Déjame a mí. —Se quitó el jersey robándole el aliento por su fuerte torso. Gimió por dentro aparentando estar indiferente mientras lo tiraba a un lado y cuando se sentó a su lado rozando su muslo se tensó. —Nena relájate.

—Eso hago. ¿No lo parece? —Cuanto músculo. Y esos pezoncillos estaban de lo más duros. Sintió que se mareaba de gusto y cuando él acarició su cintura subiendo por debajo de su brazo, pegó un brinco de la sorpresa. La miró sorprendido y ella soltó una risita nerviosa. —Cosquillas.

Él gruñó. —Tienes la piel muy sensible.

No lo sabes bien. ¡No podía ni pensar si la tocaba tanto! —¿Por qué no dejas que te toque yo a ti?

—¿Crees que eso...?

—Es que soy de las que me gusta tomar la iniciativa, ¿sabes? Siempre suelo mandar yo.

—Bueno, eso es...

—Bien, tumbate.

Él mirándola con desconfianza se tumbó a su lado. Mirando esos abdominales y el pequeño ombliguito que estaba en medio quiso gritar de gusto. Se arrodilló a su lado y pasó la mano por ellos haciendo que los músculos se tensaran. Miró hacia arriba y vio que él entrecerraba los ojos.

—¿Crees que no sé qué hacer?

—No, claro que no. Pero si bajas la mano un poco y me quitas los pantalones, eso ayudará mucho.

Qué gracioso. Este se iba a enterar. Rio como una tonta. —Tienes razón, ¿en qué estaría pensando? —Resuelta llevó la mano hacia allí y desabrochó el primer botón siguiendo la línea del vellito negro que bajaba de su ombligo. Al ver que el vello aumentaba tragó saliva y abrió el siguiente botón rozando la punta de su miembro. Él gimió y le miró a los ojos. —¿Te he hecho daño? —preguntó como si fuera tonta.

—Vas... muy bien.

Sonrió radiante mientras el corazón en su pecho parecía que se le iba a salir en cualquier momento e impaciente tiró de su vaquero abriéndolo del todo. Su miembro se levantó como un resorte sobresaltándola y dejó caer la mandíbula sin poder dejar de mirarlo. Siguió una venita que lo recorría hasta la punta y fascinada por su glándula se acercó porque era rosita y parecía muy suave.

—Nena, ¿no habías visto ninguno? —Ella alargó la mano y acarició la cabeza de su pene con su índice haciendo que gimiera.

—Es... hermoso. —Lo tocó de nuevo y el pene se inclinó. Cuando lo soltó se puso recto de nuevo.

—Hostia.

—¿A qué sabe?

Él la miró sorprendido. —No, nena. No lo hagas...

Sin hacerle caso se agachó y pasó su lengua sobre él haciendo que casi pegara un bote en la cama. Ella se sentó sobre sus talones mirándole como si se lo pensara. —¿Está algo salado?

—Pues qué quieres que te diga, no tengo ni idea —dijo entre dientes.

—Igual sabe así toda tu piel. —Se agachó y metió su pezón en su boca saboreándole con ganas. Su sabor era embriagador y pasó la lengua por él varias veces haciendo que se tensara con fuerza. Sonrió maliciosa contra su piel y siguió bajando por su torso. Por el rabillo del ojo vio como apretaba el edredón en sus puños como si quisiera contenerse. Sus manos acariciaron sus abdominales mientras su lengua torturaba su piel hasta llegar a su ombligo. Mareada por cómo la

hacía sentir, mordisqueó la parte baja de su ombligo y sintió que su miembro rozaba uno de sus pechos. Miró hacia allí y lo acarició con la mano. —No, no sabe igual. —Se metió su miembro en la boca saboreándolo y Scott gritó arqueando su espalda. Ella le miró antes de succionar con fuerza y sacárselo. —Me gusta.

—Joder, nena... Si sigues haciendo eso, me voy a correr.

—Creía que tenías más aguante. —Sintiéndose poderosa pasó su mano de arriba abajo por su miembro. —Pero está bien.

Se puso de pie sobre el colchón y él la miró sorprendido. Nadia se llevó las manos a la espalda y se desabrochó el sujetador. —Vayamos al grano.

—Estupendo —dijo él sentándose para arrastrar sus pantalones hacia abajo a toda prisa.

Ella dejó caer el sujetador y Scott dijo con voz ronca —Deja que te ayude.

Cuando sus manos llegaron a sus caderas creyó que moriría de excitación. Agarró sus braguitas y las fue bajando poco a poco por sus muslos. Tuvo que apoyarse en su hombro para levantar una pierna y en ese momento él metió la cabeza dándole un lametón en su sexo que la hizo gritar de la sorpresa sujetándose a su otro hombro. Él la agarró por los glúteos poniéndose de rodillas y volvió a repetirlo. Nunca se había imaginado nada igual y abrió los muslos sin darse cuenta cayendo sobre la cama mareada de placer, pero él la siguió torturando. Otro lametazo la hizo gritar arqueando su espalda. —Tú sí que sabes bien, preciosa —dijo contra sus húmedos pliegues.

—¡Dios! —gritó antes de llevar las manos a su cabello y tirar de él. Scott subió de entre sus piernas sin dejar de besarla, hasta llegar a sus pechos y mordisquear sus pezones haciéndola retorcerse de placer. Levantó la vista y se miraron a los ojos. —No tienes paciencia.

Él sonrió. —¿Y tú? —Acarició con su sexo el suyo y Nadia cerró los ojos de placer. —¿Tú la tienes?

Abrió los ojos y al ver esa sonrisa irónica en sus labios, perdió cualquier cordura que pudiera tener atrapándolos para besarle desesperada. Scott empujó sus caderas haciendo que su sexo resbalara sobre el suyo antes de apartar los rizos de su cara con ambas manos tomando totalmente el control. Se besaron apasionadamente bebiendo el uno del otro mientras el movimiento de sus cuerpos hacía que sus sexos se rozaran una y otra vez. Ella gimió en su boca sintiendo todo su cuerpo en tensión y de repente él la agarró por la nuca para apartarla y mirar su rostro. Con la respiración agitada metió la mano entre ambos y al sentir su miembro entrando en ella separó sus labios reteniendo el aliento. Él los miró y besó suavemente su labio inferior antes de mirar sus ojos de nuevo. —Ya casi está, nena.

—¿Ya casi está? —preguntó confundida—. No siento na... —Gritó cuando entró en ella de un solo empujón llenándola por completo. La verdad es que eso no se lo esperaba porque el dolor la tensó de tal manera que le miró enfadada y él hizo una mueca.

—Estas cosas mejor hacerlas cuanto antes.

—¿Cuanto antes? —le gritó en la cara—. ¡Serás capullo!

Él se movió en su interior cortándole el aliento cuando el placer relajó su cuerpo. —¿Ves, nena? ¿Me sientes?

—¡Dios!

Se aferró a su espalda y él se movió de nuevo embriagándola de placer. Cuando arqueó su cuello hacia atrás, Scott sin dejar de moverse se lo besó hasta llegar al lóbulo de su oreja. Lo mordisqueó y susurró a su oído —Te sientes tan bien a mi alrededor...

Nadia rodeó sus caderas con una pierna y gimió cuando la llenó aún más. Sus manos bajaron

por los costados de su espalda hasta el borde con sus nalgas y al entrar en ella de nuevo le arañó. Él miró su rostro entrando en ella con más fuerza provocando que su ser temblara mientras gritaba por liberarse. —¿Te gusta, nena? —No era ni capaz de pensar y ni entendía lo que le decía embebida en lo que le hacía sentir. Gimoteó suplicando por algo que ni sabía lo que era cuando Scott sonrió entrando de nuevo en su ser con tal contundencia que la llevó al borde del abismo. Y ya no necesitó más porque fue entrar en ella de nuevo y todo a su alrededor estalló provocando el éxtasis.

Capítulo 7

—¿Y qué tal Drake?

Scott distraído mirando su vaso de whisky respondió —¿Mmm?

—Tío, ¿qué te pasa?

Le miró sorprendido. —¿A mí? Nada.

—¿No has visto a Drake? Siempre que vas a Aspen quedáis para cenar.

Suspiró antes de beber de su vaso. —Este fin de semana ha sido algo distinto. He ido con Nadia.

Will pareció entender. —Vaya, ¿y qué tal? —Gruñó tragando. —Joder, ¿no me lo vas a contar?

—Es algo personal, ¿no crees? Sabes que nunca hablo de eso.

—Entonces fue fatal.

Él le miró pensativo. —No, no fue mal. Todo lo contrario. Fue... Joder, fue perfecto.

Will asombrado se apoyó en el respaldo de la silla. —¿Qué dices?

—¿Has sentido alguna vez que una tía se complementa contigo? ¿Que todo encaja? Nos hemos pasado todo el fin de semana en la cama. Casi no salimos de ella ni para comer. Hemos hablado de mil cosas y el resto del tiempo nos entretuvimos en otras. Y te aseguro que no me aburrí de ella en ningún momento. Es más cuando llegamos a Nueva York hace tres horas me jodió dejarla en casa. Me la hubiera llevado a la mía, pero me pareció demasiado. Estaba agotada.

—Hostia... Tío, es lesbiana.

Le fulminó con la mirada. —¿Crees que no lo sé?

Su amigo le miró atentamente. —Igual es por el tema del niño que te sientes más unido a ella.

—Joder espero que sea así, porque tengo un lío en la cabeza...

—Es inteligente, hermosa, trabajáis bien juntos y el tema del niño te está liando, es solo eso.

—Era virgen. —Levantó la vista hasta su amigo que le miraba asombrado. —Sí, esa cara debí poner yo. —Muy tenso bebió su vaso de golpe. —Y no sabes cómo me sentí. Como si fuera mía.

—Tío que te estás enamorando de ella.

—Cállate —siseó cogiendo el vaso de su amigo y bebiéndoselo de golpe.

Will levantó la mano al camarero que de inmediato se acercó con la botella. —Déjela ahí.

—Sí, señor Appleton.

Will sirvió a su amigo. —¿Qué piensas hacer?

—Nada, ¿qué quieres que haga?

—Igual es bisexual. —Le miró como si quisiera matarle. —¿Qué? Puede pasar. Si nunca había estado con un hombre.

—¿Y eso no te indica que no le gustan los hombres?

—¿Contigo se lo pasó bien?

Pensativo respondió —Sí. Aparte de la incomodidad del primer momento disfrutó mucho. Como yo.

—¿Se despidió contenta o triste porque te ibas?

—Sonreía y me besó en los labios antes de salir del coche. —Su amigo hizo una mueca. —¿Qué?

—Cuando yo dejo a mis chicas en casa, me miran con ojos de carnero degollado como si les estuviera dando un disgusto enorme.

—Él gruñó. —Nadia no es como tus chicas.

—Sí, yo no salgo con lesbianas. —Le miró como si quisiera matarle antes de beber de nuevo. —Eh, que yo no tengo la culpa.

—¿Fue idea tuya!

—Cuando te di la idea yo no sabía que le iban las mujeres.

—Vuelve a decir eso y...

—Es la verdad. Pero tranquilo que no está todo perdido.

—¿No?

—Vamos, eres Scott Clark Norwood Tercero, no hay mujer que se te resista, ya sea lesbiana o tenga noventa años. Esa se cuele por ti como soy tu mejor amigo.

—¿Quién te ha dicho que eres mi mejor amigo? —preguntó divertido.

—Eso no ha tenido gracia. —Chasqueó la lengua. —El hecho es si quieres que se cuele por ti. ¿Estás seguro de que esto no es solo orgullo masculino?

—¿No estoy seguro de nada! ¿No lo estás viendo?

—Antes de dar cualquier paso deberías tener las ideas claras. ¿Aún quieres ese niño?

—¿Claro que sí! ¡Y ahora todavía más!

—Pues entonces ya tienes seguro un punto y muy importante, debo decir. Sigue fecundándola y puede que cuando pasen...—Bufó. —Tres días, se te cruce otra tía y te olvides de ella.

—Frunció el ceño antes de mirar a su alrededor para dar un repaso. Había una morena guapísima en la barra que no le quitaba ojo y no sintió absolutamente nada. —Joder, estoy perdido.

—Date unos días.

—Va a vivir debajo de mi casa. Mañana va a buscar muebles y conociéndola se muda pasado mañana. No puedo tener relaciones con otra mujer hasta que esté embarazada. Por seguridad, ¿lo pillas? ¡Y tampoco es que me apetezca demasiado! —dijo entre dientes—. De hecho no me apetece nada. ¿Cuándo no me ha apetecido antes?

—Tío, la verdad es que no pinta muy bien.

—Joder, acaba de dejarlo con su novia... La oí por teléfono diciendo que ella la quería. Y tenías que verla, estaba hecha polvo. ¡Me la llevé de fin de semana para ver si se relajaba y ahora pasa esto!

—A ver si vuelve con su novia, que estas rupturas tontas...

Perdió todo el color en la cara. —Eso no puede pasar.

—Claro que no. Así que vas a poner toda tu artillería en conquistar a tu mujer. Tiene que darse cuenta de que no hay más hombre que tú.

—¿Le gustan las mujeres!

—Sí, eso igual funciona cuando compites con hombres. Oye, ¿y si te vistes de mujer? —Parecía que quería estrangularle. —Joder, no hay quien te aguante.

—Bebió el vaso de su amigo de nuevo y él suspiró llenándolos otra vez. —Lo que te pasa es que te van los retos.

—¿Los retos?

—Sí, a ti una tía normal te deja frío. Te van los retos. Has mirado a esa morena que tiene

pareja cuando aquí hay un montón de tías que no te quitan ojo. Si no hay reto pierdes el interés y resulta que tienes ante ti el reto más grande de tu carrera sexual. Una lesbiana. Sabes que es imposible, pero aun así te emperras en que se enamore de ti. ¿Y cómo te justificas para continuar? Creyendo que te estás enamorando.

—¿Crees que es eso? —preguntó incrédulo.

—En cuanto lo consiguieras perderías el interés de nuevo. ¿Recuerdas aquella chica de la universidad? La perseguiste tres semanas y en cuanto se le caía la baba por ti te acostaste con su compañera de habitación para dejarle claro que no tendrías nada más con ella.

—Diciéndolo así parezco un cabrón.

—Es cuestión de opiniones.

—¡No le prometí nada!

—Eh, conmigo no te justifiques. Soy como tú. —Miró a la morena. —Te dejo amigo, su novio ha ido al baño.

Sonrió irónico mientras se alejaba y pensó en ello. Igual tenía razón. Y no podía hacerle eso a Nadia. Sería la madre de su hijo, de sus hijos si tenía suerte. Debía mantener las distancias por la estabilidad mental de los dos. Sí, eso haría.

—Hola, guapo. ¿Te importa que me siente?

Levantó la vista hacia la rubia que tenía al lado. Era tan hermosa que le quitaría el aliento a cualquiera porque llevaba un vestido negro que dejaba poco a la imaginación. Gruñó por dentro porque por lo que sintió podía ser más fea que Picio y llevar chándal. Así que dijo por primera vez en su vida —Estoy comprometido.

—Es una pena.

Bebió de nuevo. —Sí que lo es.

Llamaron a la puerta y ella gimió volviéndose en la cama para mirar el despertador. Las seis de la mañana. Cuando volvieron a llamar con más fuerza puso los ojos en blanco y apartó la colcha para levantarse. ¿Quién sería a esas horas? Descalza se acercó a la puerta y se puso de puntillas para mirar por la mirilla. Cerró los ojos suspirando. —Mierda.

—Te he oído. ¡Abre de una vez!

Abrió la puerta a su hermano y sonrió. —Buenos días.

—¿Buenos días?

Se volvió yendo hacia la cocina y él la siguió furioso. —¿Se puede saber por qué no coges el teléfono?

—Porque tengo una vida.

—¡Muy graciosa! —Se cruzó de brazos y ella pasando de él empezó a llenar la jarra de la cafetera con agua del grifo. —¡Nadia!

—Mira, lo he apagado porque no quería que me fastidiarais el fin de semana con vuestras opiniones sobre la relación que tengo con Scott. ¡Es problema mío!

—¿Te parece normal salir con tu jefe?

—Sí. —Terminó de echar el agua en la cafetera y colocó la jarra en el soporte. —¿Has desayunado?

—Mamá está de los nervios, ¿sabes? ¿Y Anne? Han ha estado a punto de llamar a la policía.

—¿Ya has hecho las paces con ella?

—Al parecer había mucho más detrás —dijo con rabia.

—Sí, al parecer sí. Como en lo mío con Scott —dijo por lo bajo.

—¿Qué has dicho?

—¿Has desayunado?

—¡No! Casi he salido de puntillas de casa para no molestar a Mindy. —Se quitó el abrigo y lo dejó en una silla para sentarse en otra. —Últimamente no duerme bien con el embarazo.

—¿Embarazada no se duerme bien? —preguntó con interés sacando el pan.

—No cambies de tema.

Suspiró volviéndose y miró sus ojos castaños. —Todo va bien. Soy una mujer inteligente que aunque esté enamorada puede ver los defectos que tiene. Y no son tantos como piensas. Es inteligente, sincero, buen amante...

—Eso podías habértelo ahorrado.

—Venga... —Se acercó a él. —Puede que seas mi hermano, pero no es justo que por los prejuicios de otras personas quieras influir en mi relación. Yo no lo hice en la tuya.

—Mindy es una santa comparada con tu hombre.

Ella hizo una mueca antes de soltar una risita. —Y te aseguro que todo lo que ha aprendido lo estoy aprovechando a tope.

—Oh, por Dios —dijo con cara de asco—. ¡Hermana!

—¡No necesito que me protejas!

—¡Te va a destrozar! ¡Anne dice que en cuatro días te dará puerta!

Apretó los labios dejando el pan sobre la tostadora. —Lo sé.

Daniel la miró asombrado. —¿Lo sabes?

—Claro que lo sé. Pero pienso disfrutar de lo que tenemos ahora, en el presente. Parece que no has aprendido nada de lo que le ocurrió a Anne y a papá. ¡No pienso dejarlo pasar por miedo a que me deje! —Se enfrentó a él. —Quiero ser feliz, aunque sea por un tiempo. ¿Qué hay de malo en eso?

—¿Te das cuenta del dolor que vendrá después, cielo? —Se levantó y ella se emocionó por su preocupación. —Y no quiero que te haga daño.

—Es que ya no hay marcha atrás porque si le dejara ahora sufriría igual que dentro de tres meses, así que pienso continuar.

Su hermano suspiró abrazándola. —Sabes que estoy aquí para lo que necesites.

—Sí.

—Te quiero.

—¿No me digas?

Nadia chilló del susto para ver a Scott con una bolsa del Starbucks en la mano. —¿Scott? ¿Qué haces aquí?

—¡Traerte el desayuno!

Daniel entrecerró los ojos. —¿Es este?

—Sí, es él.

—¿Y tú quién eres?

—Mi hermano, Daniel.

—Oh... —De repente sonrió y se acercó extendiendo la mano. —Scott Norwood.

—Daniel Breemer —dijo a regañadientes.

—Al parecer ha hablado con tu madre, nena.

—Y con Anne. —Ilusionada le quitó la bolsa. —¿Qué me has traído?

—Croissants.

Soltó una risita. —Me encantan. —Se acercó y le dio un rápido beso en los labios. —Gracias. Daniel entrecerró los ojos, pero ella fue hasta la cafetera. —Sentaros. Cielo, ¿quieres un café? —Sí —contestaron los dos a la vez.

—Perfecto. —Cogió un plato mirándoles de reojo y puso los croissants en él. El pan ya estaba listo, así que lo puso también. Scott se acercó a la cafetera y cogió las tazas que tenía en el soporte. —Gracias, cielo. —Él le guiñó un ojo y aliviada porque no se tomara a mal el rechazo de su hermano, sacó de la nevera mantequilla y mermelada. A toda prisa puso el desayuno. Daniel ya se había sentado y por su cara era evidente que no le gustaba nada ver a Scott allí. Se sentaron y Scott le tendió la taza a su hermano que gruñó dando las gracias. Ella le advirtió con la mirada, pero él la ignoró. Uy, este. Iba a darle la mañana.

—Así que eres el jefe de Nadia.

—Eso es, y tengo una suerte enorme.

Su hermano gruñó molesto y Nadia puso los ojos en blanco cogiendo un croissant. —Daniel es veterinario y lleva un refugio de animales.

—¿No será cierto refugio al que se le ha caído el techo hace poco? —Los hermanos se sonrojaron. —Que interesante, nena. No me habías dicho que lo llevaba tu hermano cuando me pediste la donación.

—Bah, un olvido de nada.

Sonrió divertido y suspiró aliviada porque no se lo tomara a mal.

—Gracias por la ayuda. Nos vendrá muy bien —dijo su hermano incómodo.

—De nada —respondió irónico—. Es interesante que para arreglar tu refugio no dudes en pedir mi ayuda, pero no me consideres bastante para estar con tu hermana.

Hala, ya empezaba la batalla y tenía pinta de ser encarnizada por la cara que puso su hermano. —No, si eres bastante para cualquiera. Demasiado diría yo. Sobre todo eres demasiado despreocupado con las mujeres. Al parecer has tenido muchas, pero claro es que a ti te gusta acumular.

—Sobre todo me gusta acumular dinero que es lo que tu refugio necesita. Y si yo no acumulara no sé a dónde ibais a ir a pedir.

—Oye tío...

—¡Basta! —Ambos la miraron. —¡Os juro que como no pueda comerme mi delicioso desayuno en paz, me voy a cabrear!

—Nena, no he empezado yo.

—Pero lo vas a acabar. —Se metió el cuerno en la boca y empezó a masticar mirando a uno y después a otro con ganas de pegar cuatro gritos.

—Creo que es mejor que me vaya —dijo su hermano levantándose.

—¿No puedes mantener una conversación normal sin atacar a nadie por el bien de tu hermana? —preguntó Scott con ironía.

—Puedo, pero no quiero.

—¡Daniel!

—Lo siento cielo, pero no puedo estar como si nada con alguien que es obvio que te dejará tirada en cuanto se aburra de ti. ¡Sois totalmente opuestos y lo sabes!

Ella palideció por sus palabras y Scott suspiró dejando la taza de café sobre la mesa. —Sí, creo que es mejor que te vayas.

—¿Me vas a echar tú?

Ella al ver que su jefe se levantaba le cogió por el antebrazo sin dejar de mirar a su hermano.

—Ahora soy yo quien quiere que te vayas.

Daniel se tensó antes de salir de la cocina furioso. Ella se quedó mirando su taza de café sintiendo un nudo en la garganta. No podía creer que le hiciera eso, sobre todo después de haber hablado con ella de ese tema apenas unos minutos antes. Scott acarició su espalda. —Lo siento, preciosa.

Le miró con rencor antes de levantarse y salir furiosa de la cocina. Él hizo una mueca antes de seguirla. Se la encontró ante el armario sacando un traje violeta. —Nena...

—¡No me hables! ¡Le has provocado!

—Como él a mí.

Con las medias en la mano se volvió. —A qué has venido, ¿eh?

—Para hablar sin que nos escuche nadie en el despacho y de paso desayunar contigo. —Eché un vistazo a su habitación. —Nena, tu apartamento es un poco impersonal, ¿no?

Parpadeó. —¿Impersonal? —Miró a su alrededor. No había cuadros ni fotos porque seguían en la caja de la mudanza. Solo tenía la cama y una cómoda donde tenía todos sus cosméticos. Ni tenía alfombra porque la última se la había tragado la aspiradora, literalmente, y no había tenido tiempo a comprar otra. Se encogió de hombros. —Soy una persona muy ocupada. No tuve tiempo a decorar y fue quedando así. Y menos mal porque así no tengo que hacerlo dos veces.

—¿Llevas poco aquí?

—Dos meses. ¿De eso querías hablar? —preguntó con mala leche—. ¡No me cambies de tema!

—Nena, que no ha sido culpa mía.

—¿No podías ser agradable y pasar por alto...?

—¿Por qué no lo ha pasado por alto él? No tengo nada de malo —dijo ofendido—. ¡Parece que tengo la peste, joder!

Ella suspiró acercándose. —Lo siento. En parte es culpa mía.

La cogió por la cintura pegándola a él. —No pasa nada. ¿Me has echado de menos esta noche?

—No —respondió sorprendiéndole—. Porque he podido dormir a pierna suelta. —Sonrió dándole un beso en los labios. —¿Qué querías decirme?

Él levantó una ceja comiéndosela con los ojos y metió las manos por debajo de la camisa de su pijama para acariciar su cintura hasta debajo de sus pechos. Se le cortó el aliento. —Entiendo...—dijo casi sin voz.

—Te dije que era muy sexual.

—Mi jefe se enfadará si llego tarde. —Se puso de puntillas para abrazar su cuello pegándose a él.

—Tranquila, te escribiré un justificante —dijo con voz ronca antes de atrapar sus labios con pasión.

Puede que no durara demasiado, pero haría lo que fuera por sentirse igual que en ese momento el mayor tiempo posible.

Capítulo 8

Entró en el despacho de Scott con una taza de café y se la puso delante. —Gracias, nena.

—¿Puedo hablar contigo un momento?

—¿Laboral o personal?

—Personal.

Él levantó la cabeza tirando el bolígrafo sobre las cartas que estaba firmando. —¿Qué ocurre?

—¿Recuerdas el cumpleaños de mi sobrina?

Scott entrecerró los ojos. —Sí, tenías que recoger su regalo.

Ella sonrió. —Exacto. Una bici rosa preciosa de Muriel. Lo que nos costó encontrarla, pero...

—Nena, al grano.

—Es este sábado. O sea mañana.

Él se tensó dejando en evidencia que ni loco iría a ese cumpleaños. —¿Y?

La decepción la embargó, aunque ya sabía que reaccionaría así. —Es que me traen el sofá —dijo a toda prisa—. ¿Puedes recogerlo?

—Nena, tenemos portero.

—Oh, claro. Se me había olvidado. —Soltó una risita intentando salir del paso. —La falta de costumbre.

—¿Algo más? —Levantó una ceja.

—No, era eso.

—¿Te has hecho la prueba?

—Pero si llevamos una semana —respondió asombrada.

—¿Y? —preguntó como si hubiera dicho una estupidez.

Se sonrojó sin saber qué decir —Me la haré mañana por la mañana.

—Muy bien —dijo satisfecho. Se puso a trabajar y ella se le quedó mirando. Con dos frases acababa de dejar claro en qué punto estaba su relación. ¿Relación? Es que solo pensaba estupideces. No tenían ninguna relación. Copulaban y trabajaban, nada más. Y se lo acababa de dejar muy claro. El niño era lo más importante y quería que se hiciera la prueba para terminar con todo aquello cuanto antes. Seguro que ya echaba de menos a su amiguito para salir a buscar a su próxima amante, pues ella se lo impedía al ocupar todas sus noches. Decepcionada se volvió para salir del despacho. Había soñado con esa oportunidad tanto tiempo... Y no iba a conseguirle. No iba a lograr que se enamorara de ella. Pero cómo iba a enamorarse de ella si estaba convencido de que era gay. Y eso que le había dado tantos repasos en la cama que era como para que tuviera dudas, pero no. Seguro que seguía pensando que le gustaban las mujeres. Entrecerró los ojos porque había que ser idiota para creer que era gay cuando se moría por él. Bufó saliendo del despacho. Anne sonrió levantando una revista donde salía un vestido de novia. —¿Te gusta?

Lo miró fijamente. El vestido era bastante sencillo, pero hermoso. De escote corazón, tenía un corte bajo el pecho que hacía que cayera de manera vaporosa el delicado tejido que tenía bordados en los bajos. Era perfecto para Anne. —Es precioso.

—¿Verdad que sí? —preguntó ilusionada—. Ahora tengo que conseguirlo.

—Así que os casáis por la iglesia —dijo sentándose en su sillón.

—Sí, queremos que sea la boda de nuestros sueños —dijo distraída poniendo un post-it en la página—. Tu padre está como loco y se está implicando mucho, ¿sabes? Menos mal, porque odio estas cosas. Mañana vamos a probar el menú.

Se tensó al escucharla y Anne levantó la vista sonrojándose por su reacción. —Perdona, no me he...

—Déjalo. —Sonrió dejando el block sobre la mesa. —Es lógico que te haga tanta ilusión.

Anne miró hacia la puerta del despacho. —¿Cómo va con él? Ya sé que no quieres decirnos nada, pero solo queremos lo mejor para ti, ¿sabes?

—Bien. Va muy bien.

Su amiga no se creyó una palabra, pero afortunadamente no comentó nada. Incómoda se volvió para abrir la agenda del ordenador.

—Ha quedado con otra. —Se tensó volviéndose hacia Anne que la miraba angustiada. —Dudaba en si decírtelo, pero tenía que hacerlo.

—¿Qué dices? —preguntó perdiendo todo el color de la cara.

—Antes cuando fuiste al baño vino el chico del correo. Traía unos papeles de sus abogados y sabía que quería tenerlos enseguida, así que se los llevé al despacho. Estaba hablando con una tal Joy para quedar esta noche.

Sonrió aliviada. —Joy es la hermana de su amigo Will, son muy amigos y le tiene cariño.

Anne parpadeó. —No, mi niña. No hablaba con ella como con un amigo. La llamó cielo y le dijo que estaba deseando verla.

—Son amigos nada más. —Asombrada se dio cuenta de que no la creía. —De verdad.

—Si tú lo dices... Pero si quieres averiguar la verdad, y digo la verdad no la que te estás inventando, solo tienes que preguntarle qué hará esta noche. Te apuesto cien pavos a que no te dice que ha quedado con ella.

—Que sean ciento cincuenta.

—Hecho.

Se levantó resuelta. —Te vas a enterar.

Entró en el despacho y sonriendo se acercó a la mesa. —Había pensado que esta noche podía...

—Nena, hoy no puedo. He quedado con Will.

—¿Con Will?

—Sí con Will. Últimamente se siente un poco abandonado. Seguiremos con lo nuestro mañana, ¿de acuerdo? Un día de descanso nos vendrá bien.

Intentando reprimir el gemido de dolor que pugnaba por salir asintió. —Está bien. —Se volvió y salió del despacho. Angustiada se apretó las manos mirando los ojos de Anne. —Me ha mentido.

—¿Mentido? ¿Te ha dicho que no quedaba con ella?

Se llevó la mano al vientre acercándose a su mesa. —Me ha dicho que quedaba con Will.

—Pero si acabas de llamarle para invitarle a la fiesta de Navidad de la empresa y te ha dicho su secretaria que no podía confirmar su asistencia porque está fuera del país y que no podía llamarle porque en ese momento estaba reunido en su filial de Europa. No llega hasta mañana.

—Exacto.

Tuvo que sentarse porque no le sostenían las piernas. Se había acabado. Scott ya había pasado página. Cerró los ojos intentando retener las lágrimas.

—Oh, mi niña, lo siento mucho... —dijo acercándose a ella.

—¿Qué vas a sentir si lo único que queríais era que rompiéramos? ¡Si hasta le dijiste que era gay para que nunca sintiera interés por mí! —Abrió los ojos mirándola con odio y Anne atónita dio un paso atrás. —¡No hace falta que mientas! ¿No queríais que lo dejáramos? Pues ya tenéis lo que buscabais. —Se levantó cogiendo su bolso y su abrigo.

—Pero...

Reprimiendo las lágrimas fue hasta las puertas de cristal. —Dile que he salido antes. No me encuentro bien.

Limpiándose las lágrimas cogió los últimos libros y los puso en la estantería. Al menos con tantos como tenía había logrado cubrir esa pared del salón. Al fin su madre se había librado de ellos. Siempre estaba protestando porque tantas cajas estorbaban en el garaje y en cuanto la había llamado para decirle que iban a recoger sus cosas, casi no la había dejado terminar para abrirles la puerta a los de la mudanza.

Se volvió apartándose el pelo de la cara cuando escuchó que se abría la puerta. Levantó la vista para ver que Scott entraba en su casa y cerraba de un portazo. —¿Se puede saber qué coño te pasa?

—¿A mí?

Dio un paso hacia ella mosqueado. —¿Por qué lloras?

—¡He discutido con mi madre, con mi hermano y con Anne! ¿Qué pasa? ¿No tengo derecho a llorar? ¡Estoy en mi casa y lloro si me da la gana! ¡Y no puedes entrar aquí cuando quieras y menos sin llamar!

—Nena...—La advertencia de su voz la tensó aún más.

—No me llames nena. ¡No soy una de tus chicas! —Cogió la caja y fue hasta la cocina donde todos sus cacharos estaban sobre las encimeras listos para que los guardara en las alacenas. Tiró la caja a un lado y abrió el armario de encima del fregadero para empezar a meter los platos. Escuchó como abría la puerta abatible

—Ya sé que no eres una de mis chicas. ¡Pero soy tu jefe! ¿Por qué no me has dicho que te ibas?

—Me encontraba mal. ¿No te lo ha dicho Anne con todo lo que te cuenta?

—Nadia —dijo intentando contenerse—. ¿Qué pasa?

—¿Qué va a pasar?

Él la cogió por el brazo volviéndola. —¿Por qué lloras?

Scott apretó los labios al ver que no iba a sacar nada de ella. —Creía que teníamos confianza para hablar las cosas. Si tienes algún problema...

—¿Qué problema voy a tener? —preguntó irónica. —Anda, no pierdas el tiempo, no vaya a ser que Will se aburra de esperarte y se largue con alguna tísica oxigenada.

Scott sonrió. —Nena, ¿estás celosa?

Enderezó la espalda. —¿Crees que estoy celosa de Will? ¡Esto es lo que me faltaba por oír!

—¿Es porque no voy a pasar la noche contigo? Si quieres vengo luego, pero acabaremos tarde y...

—¡Por mí no te molestes! —dijo asqueada dejándole de piedra.

—Nadia...

—¡Qué te largues!

—¡Me estás poniendo de muy mala hostia! —Ella salió de la cocina sin hacerle caso. — ¡Nadia!

Se volvió en el salón. —Oye majo... A mí no me grites no estamos en la oficina. ¡Esta es mi casa!

—No, preciosa. ¡No hasta que no me des lo que quiero de ti! —gritó en su cara haciendo que palidciera totalmente, porque con esa frase había dejado muy claro lo único que le importaba de ella. Los ojos de Nadia se llenaron de lágrimas. A Scott se le cortó el aliento y cuando ella salió corriendo hacia el final del pasillo juró por lo bajo siguiéndola. —Nena, no quería... —El portazo en respuesta le hizo detenerse. Se pasó la mano por la nuca antes de mirar su reloj. —Mierda. —Apretó los labios antes de ir hacia la salida.

Suspiró apoyando la cadera en el borde del lavabo y nerviosa agitó la prueba de embarazo entre sus dedos como si eso sirviera para algo. —Vamos, vamos...—Miró su reloj inquieta porque al no pegar ojo en toda la noche se había levantado tarde y tenía el cumpleaños de Daniela. Había mucho que preparar. Rogó porque se pusiera la cruz rosa, aunque sabía que era casi imposible con tan poco tiempo. En toda esa noche sin dormir se dio cuenta de que tenía que dejar de acostarse con él, porque ahora que Scott había vuelto a su antigua vida solo sufriría si tenía que compartirle. Además, se le revolvían las tripas solo de pensarlo. Al ver que ya habían pasado los minutos y que no salía la cruz suspiró tirando la prueba a la papelera. Al parecer no tenía suerte. Se quedó allí de pie muy decepcionada y se dio cuenta de que en esos días con él había alimentado el deseo de tener un hijo suyo. Gimió pasándose una mano por la frente. ¿Cómo iba a acostarse con él si estaba con otras? Dios, ya se había mudado, había dejado su piso y si le cabreaba se arriesgaba hasta a perder su trabajo. Pero podía ser aún peor, podía no verle nunca más. Impotente se volvió para mirarse al espejo y se apoyó en el lavabo.

—¿Nena? —Chilló del susto volviéndose con la mano en el pecho y Scott entró en el baño. —¿Estás bien?

Miró sus ojos y vio que los tenía enrojecidos como si la noche anterior se hubiera pasado bebiendo. Eso la tensó. —Es negativo. —Abrió el grifo de la ducha y se quitó el camión dejándolo caer al suelo.

—No pasa nada, lo seguiremos intentando.

—No estoy segura de esto. —Se metió bajo el agua viendo a través del cristal que la miraba fijamente.

—Perdón, ¿qué has dicho?

—¿Tenemos que hablar ahora? Es el cumpleaños de mi sobrina. —Se volvió dándole la espalda.

—¡Sí, Nadia... tenemos que hablar de esto! ¿Qué diablos te pasa? Ayer al mediodía todo estaba bien.

—Estaba bien para ti —dijo entre dientes.

—¿Qué has dicho? —Se acercó a la ducha.

Estuvo a punto de morderse la lengua, pero algo en su interior le hizo decir mirándole a través del cristal —¡Que estaba bien para ti!

La miró sin comprender. —Yo no he faltado a mi palabra.

Impotente cerró los ojos y suspiró. —Lo sé.

—Nena, ¿qué te pasa? Sal de la ducha y lo hablamos.

Abrió los ojos y él vio la tortura en ellos. —No puedo soportarlo. He intentado ignorar como soy. Ignorar como eres tú... —Reprimió un sollozo. —Jamás me he llevado mal con mi familia, ¿sabes? Jamás discutimos y desde que se fue mi padre hemos sido uno. Nos hemos apoyado en todo y no soporto estar enfadada porque se niegan a que esté contigo. —Agachó la mirada. —Pero eso no es todo, Scott. No puedo acostarme más contigo. ¡Ya no lo soporto!

Scott viendo el dolor en su rostro dio un paso atrás como si le hubiera golpeado. Nadia se echó a llorar cubriéndose la cara y se volvió para que no la viera así. Cuando sintió sus brazos a su alrededor se sobresaltó, pero se dejó abrazar girándose. Él la pegó a su cuerpo y besó su sien. —No pasa nada, nena. —Ella lloró más fuerte sobre su camisa empapada. —Eh... De verdad, no pasa nada. Puede que mi plan no haya funcionado, pero me alegro de haber estado contigo, ¿sabes?

Levantó la vista sorprendida. —¿De veras?

Él sonrió con tristeza. —Claro que sí. Eres lo más cerca que he estado de una relación formal.

—Has batido tu récord, ¿eh?

Rio por lo bajo. —Sí, toda una semana. Mi madre estaría orgullosa.

Se miraron a los ojos y Nadia sintió que la embargaba una tristeza enorme. —Siento no poder darte un hijo.

—Y yo siento que no me lo des. No voy a encontrar una candidata mejor. —La besó suavemente en los labios y se separó como si fuera un esfuerzo enorme. Nadia se emocionó de nuevo mientras salía de la ducha porque aquello era el final. —No tengas prisa por mudarte, ¿de acuerdo? —Él forzando una sonrisa fue hasta la puerta. —Puedes quedarte todo el tiempo que quieras.

—Gracias.

—No, nena... Gracias a ti.

Capítulo 9

—Lo siento mucho, tío —dijo Will preocupado por la cara de su amigo que era evidente que tenía un disgusto tremendo—. Joder, estás hecho polvo.

—¿Cómo no voy a estar hecho polvo? Tenías que haberla visto. Era un manojo de nervios y estaba hecha un lío. Y es culpa mía. —Apoyó los codos sobre la mesa y se pasó las manos por el cabello. —Mierda...

—Scott, ¿estás seguro de que es por su condición sexual? Creía que se lo pasaba bien contigo.

—¡Yo también creía eso, pero al parecer no es así porque no soporta acostarse conmigo! —Le miró incrédulo. —¿Has oído algo de lo que te he dicho?

—Esa ha vuelto con su novia.

Palideció sin darse cuenta. —¿Tú crees?

—Claro que sí. Por eso te ha dado la patada. La quiere a ella y tú sobrabas. Seguro que le ha puesto las pilas sobre qué hace contigo y esas cosas. Las mujeres saben hacerse muy bien las víctimas y claro, si Nadia la quiere, habrá tenido que ceder para recuperarla.

—Estupendo. —Se apoyó en el respaldo de la silla y bebió su whisky.

Su amigo suspiró. —Es que lo tenías difícil.

—Cierra la boca.

—Oye, que yo pensaba que se te iría la tontería en cuanto os acostarais unos días, pero te veo aún peor que antes deirme, así que esto ha ido a más.

—Qué listo eres. No me extraña nada que hayas llegado al consejo de dirección de tu empresa.

—Ja, ja. —Will negó con la cabeza. —Debe ser buenísima en la cama para que estés así.

Scott se tensó con fuerza. —¿Qué has dicho?

—Ya no es nada tuyo.

—¡Como si lo fuera!

Los ojos de Will brillaron. —¿Me estás retando?

—No tendrías nada que hacer —siseó con ganas de arrearle.

—¿Una apuesta?

—Ni se te ocurra acercarte a ella, ¿me oyes? —preguntó alterado—. ¡Ya la he jodido bastante! ¿No te he dicho que está hecha polvo? ¡Te lo advierto, déjala en paz si no quieres que te rompa las piernas!

Will sonrió. —Lo que digas, amigo. Tomemos otra copa, creo que la necesitas.

—¿Así que ya está preparada la fiesta de Navidad? —preguntó mirando a su ayudante que desde hacía dos días estaba algo tensa, como si temiera que le fuera a echar la bronca en cualquier momento. —¿Todo listo?

—Sí, falta la confirmación del grupo, pero ya tenemos un disc-jockey para los descansos, así que si nos dicen que no, solo tendríamos que aumentarle la tarifa para que pinche unas horas más.

—¿Y la decoración?

—La de todos los años. El árbol ya está encargado, aunque...

Vio que sus preciosos ojos violetas brillaban de la ilusión. —¿Aunque?

—He pensado que podemos hacer este año lo del amigo invisible para llenar el árbol de regalos de verdad y no esas cajas que siempre están vacías. ¿Qué te parece? Aún quedan dos semanas para la fiesta. La gente tendría tiempo de sobra para comprar el regalo. Y no tendría que sobrepasar digamos... ¿veinte dólares? ¿Te parece mucho?

—Nena mejor cincuenta.

—Uy, eso va a ser mucho —dijo preocupada—. No tiene que ser algo caro, es solo para que cada uno tenga un detalle ese día.

Scott sonrió porque había conseguido que se relajara hasta casi parecer su Nadia de siempre. —Treinta.

Sonrió encantada. —¡Genial! Voy a pasar la circular a los jefes de departamento cuanto antes para que se hagan los sorteos.

—¿Y aquí que somos tres?

—Pues se sortea igual. Y verás, ahora lo hago...—Salió corriendo emocionada y Scott sonrió con tristeza. Joder, cómo la echaba de menos y eso que se pasaban todo el día juntos, pero no poder tocarla...

Las chicas entraron en el despacho sobresaltándole. —Aquí están los papelitos. —En una bolsa de papel que también llevaba metió los papeles. —Si os toca vuestro nombre hay que volver a empezar hasta que cada uno tenga su amigo invisible. ¿De acuerdo?

—Bien —contestaron a la vez.

Estiró el brazo hasta encima de la mesa y Scott metió la mano mirándola a los ojos. Nadia sintió que se le encogía el estómago del gusto, pero disimuló lo que pudo. Él sacó su papel y se inclinó hacia atrás para abrirlo. Anne cogió el suyo y lo miró disimuladamente. —¿Qué? ¿Ya? —Ellos asintieron así que cogió el suyo y lo comprobó. Le había tocado Scott. Sin poder evitarlo sonrió como una niña y cerró la bolsa. —Ya está. Y recordar las reglas, no más de treinta pavos.

—Hecho —dijeron a la vez antes de que ella se volviera y casi saliera corriendo.

Anne sonrió. —Siempre le han encantado las Navidades.

Scott asintió pensativo. —Ya me di cuenta el año pasado. Jamás hubo una fiesta de Navidad como esa. —Anne se le quedó mirando fijamente y Scott frunció el ceño. —¿Ocurre algo?

Se sonrojó ligeramente. —No, nada. Me voy a trabajar que tengo mucho que hacer.

—Anne...—Se volvió sorprendida. —¿Lo ha arreglado con su familia?

Su secretaria hizo una mueca. —Están tristes por ella, claro. Pero poco a poco todo volverá a la normalidad. Se quieren mucho y la apoyarán en lo que puedan.

—¿Tristes? Pensé que se alegrarían.

—¿Cómo vas a alegrarte de que tu hija tenga el corazón roto?

Scott se tensó. —¿Lo dices por su novia? ¿Acaso no ha vuelto con ella?

Anne se le quedó mirando como si se le hubiera cruzado un cable. —¿Novia? —preguntó incrédula—. ¿No te lo ha dicho todavía?

—¿El qué tenía que decirme?

—Uy, uy...

—Anne, ¿qué coño pasa? Si no ha vuelto con ella, ¿por qué me ha dejado? —preguntó alterándose.

Le miró como si no comprendiera la pregunta —Mejor me voy a trabajar, que esto no es

asunto mío y luego la lío como la otra vez...

—¿La otra vez?

—Hola preciosa. ¿Cómo está mi ayudante favorita? —Ambos miraron hacia la puerta para ver a Will pasar de largo con un enorme ramo de rosas amarillas.

—La madre que lo parió. —Scott rodeó el escritorio furioso y Anne asombrada le vio atravesar el despacho con una mirada de asesino en serie que no podía con ella, así que corrió tras él para no perderse nada.

Nadia estaba tras su escritorio mirando asombrada aquel ramo de flores que tenía bajo la nariz. —Para ti. ¿Te gustan las rosas?

—Me encantan —dijo algo incómoda—. ¿Pero esto por qué?

—¡Porque es idiota! —dijo Scott arrebatándole el ramo.

—Está algo celoso —dijo Will divertido.

Nadia asombrada miró a Scott. —¿De veras?

—¿Qué voy a estar celoso? —preguntó enfadadísimo.

—Uy sí, niña... este tiene pinta de estar celoso —dijo Anne asombrada—. Mi Fred se pone igual cuando me sonrío el carnicero.

Scott la fulminó con la mirada. —¿No tienes trabajo?

Nadia no entendía nada, pero después de la resolución que había tomado tampoco importaba mucho así que sonrió a Will. —Te agradezco las flores. Son preciosas, pero vuelvo a preguntar, ¿eso por qué?

—Pues... —Se sentó en la esquina de su escritorio como si fuera todo un conquistador y ella levantó una de sus cejas rubias. —Había pensado que necesitas pasártelo bien después de tu desastrosa relación con aquí... mi amigo. —Ignoró el gruñido de Scott. —Y yo soy tu hombre. He pensado que podíamos ir a cenar a ese sitio de drags.

Asombrada miró a Scott. —¿Se lo has contado?

—Error mío, lo reconozco.

—¡Se lo has contado! —gritó desgañitada levantándose de golpe. De repente se puso como un tomate. ¿Drags? ¡Will también pensaba que era gay, por eso estaba convencido de que le gustaría ese sitio! Es que era para matarles. ¡A los dos! Anne gimió y la fulminó con la mirada. Mejor dicho... ¡En ese momento si tuviera una recortada les mataría a los tres! ¡Y no sentiría ningún remordimiento! Levantó la barbilla y cogió los expedientes antes de meterse en el cuarto de archivo y cerrar de un portazo.

Will confundido se quedó mirando la puerta. —¿Crees que lo está pensando? Las lesbianas tienen carácter y eso me pone. ¿Crees que soy como tú?

—Te voy a...

Consiguió esquivar a su amigo y se echó a reír. —Venga, no te pongas así. Yo también quiero mi oportunidad. ¿Mientras se lo piensa nos vamos a comer?

—¡Fuera!

Anne se acercó a la puerta y llamó. —Niña, ¿estás bien?

Un chillido de rabia les dejó a los tres con la boca abierta. Anne se enderezó apartándose unos centímetros de la puerta. —¿Seguro que estás bien?

—¿Anne?

—¿Sí, cielo?

—Lo siento, pero ya no puedo ocultar esto más tiempo. No lo soporto más. —Pasó una hoja por debajo de la puerta y los chicos estiraron el cuello para leer —“¡No soy lesbiana, idiotas!”

Scott palideció mientras Anne gemía y Will se echaba a reír a carcajadas. —Esto no tiene precio. La cara que has puesto.

Él se acercó a la puerta y se agachó para coger la hoja de mala leche para leerla como si no la hubiera comprendido la primera vez. Fulminó a Anne con la mirada. —¿Esto es cierto?

Nerviosa se apretó las manos. —Es que era tan inocente que dije eso para que no te acercaras más de la cuenta.

—Que no me acerc...—Golpeó la puerta dos veces con fuerza. —¡Nadia sal de ahí!

—Estoy archivando.

—La madre que me trajo. ¡O sales de ahí o la tiro abajo!

—La puerta solo se puede cerrar por fuera —dijo Anne como si fuera idiota antes de levantar una llave hasta sus ojos—. ¿Ves? Con esto.

Will se partía de la risa apretándose el vientre y Scott gruñó abriendo la puerta para encontrarse a Nadia sentada en el suelo con los ojos llenos de lágrimas. —¿Y ahora por qué lloras? —preguntó furioso. Ellos intentaron mirar, pero él cerró de golpe casi pegándoles en las narices. Le mostró la hoja arrugada—. ¿Esto es cierto? —Apretó los labios intentando no sollozar y asintió. —¡Me has engañado!

—¡Creía que llegarías a darte cuenta! ¡Eres el experto!

La risa de Will al otro lado le puso de los nervios cabreándole aún más. —No tiene gracia, nena...—dijo entre dientes.

—No me estoy riendo.

Él se acucilló ante ella. —¿Por esto me has dejado?

—¿Dejado el qué si no estábamos juntos?

—¡Ya me entiendes! ¿Fue por esto?

Le miró de reojo y negó con la cabeza. Scott apretó los labios. —Entonces es que no quieres tener un hijo conmigo, es eso, ¿no?

Negó con la cabeza sorprendiéndole. —Nadia, ¿quieres tener un hijo conmigo?

Se echó a llorar y escondió la cabeza entre sus rodillas. —Joder, no llores. ¡Háblame!

—No quiero acostarme contigo.

—Disfrutaste. Nena, sé que disfrutaste. Eso se nota.

Ella le miró furiosa y se levantó a toda prisa para largarse, pero él la cogió por el brazo. —¡No te vas a ir a ningún sitio hasta que me digas la verdad!

—¿La verdad? ¡La verdad es que mientras te acuestes con otras a mí no me tocas un pelo más! —Soltó su brazo furiosa antes de salir corriendo mientras Scott se quedaba en shock.

Will sonrió cruzándose de brazos y apoyando el hombro en el marco de la puerta. —Al parecer lo has conseguido, amigo.

Scott sonrió sintiéndose como nunca en su vida. —Joy... Fue porque quedé con Joy y se enteró.

—¡Capullo! —dijo Anne al otro lado.

Salió molesto del cuarto. —¡Y se lo dijiste tú!

Anne se sonrojó. —Bueno, la niña tenía que enterarse.

—¡Pues has metido la pata como siempre! —Miró a un lado y al otro. —¿Dónde está?

—Se ha largado —dijo su amigo.

Preocupado se llevó la mano a la nuca. —Debería seguirla, ¿no?

Will levantó una ceja antes de palmearle un hombro. —Tío, has llegado a un punto que es terreno inexplorado para los dos. Mucha suerte, la vas a necesitar.

Después de caminar con aquellos tacones al menos diez kilómetros, estaba molida. Molida y todavía más avergonzada que antes de irse del despacho. Menuda vicepresidenta estaba hecha. Mostraba su profesionalidad de una manera abrumadora, largándose llorando a moco tendido cuando le venía en gana. En la sala de juntas se la iban a comer viva. Eso si aún tenía el ascenso, que lo dudaba mucho porque seguro que en ese momento estaban desalojando su piso a toda pastilla. Su madre iba a flipar cuando regresara a su antigua habitación con todos sus libros y en el paro. Ella sí que la iba a poner fina a gritos diciéndole que ya se lo había advertido. Y Daniel intentaría matar a Scott. Se mordió el labio inferior pensando en cómo podría retenerle. Igual debería advertirle de que necesitaba escolta. Gimió pensando en Anne, esperaba que no la hubiera despedido porque todo lo que había hecho era por su bien. Metiendo la llave en la cerradura respiró hondo. Tenía que enfrentarse a la situación. Ya no había marcha atrás. Abrió la puerta y separó los labios de la impresión al ver el salón decorado para la Navidad. Incluso había un árbol enorme en una esquina cuyas luces parpadeaban y debajo de él había un paquete. Cerró la puerta aún sin entender nada y se acercó al árbol. El paquete bellamente envuelto en papel dorado tenía entre los lazos rojos una tarjeta enorme con su nombre. Se agachó y cogió la tarjeta dándole la vuelta, pero estaba en blanco.

—Ábrelo, nena.

Miró hacia la cocina y vio allí a Scott que vestido en vaqueros y con un jersey de lana blanco la observaba con una sonrisa en el rostro. —¿Es para mí? —preguntó casi sin voz.

—Claro que sí. ¿No viene a tu nombre?

No parecía enfadado, todo lo contrario, lo que la confundió aún más. —Pero...

—Ábrelo.

Sin poder evitarlo cogió el regalo a toda prisa y fue hasta la mesa del salón para abrir los lazos. Rompió el papel impaciente y cuando abrió la caja blanca se quedó sin aliento al ver una cámara de fotos antigua con un montón de carretes a su lado. Emocionada levantó la vista hacia él. —Quedé con Joy para comprarle una de su colección. Sé que las cuida mucho porque las adora y están en buenas condiciones. Ayer llegó de viaje y tenía una cena en su casa con unos amigos, así que me invitó para que eligiera la que más me gustara. No te lo dije para no estropear la sorpresa. —Se acercó a ella como si estuviera inseguro. —Puedes gastar todos los carretes que quieras porque el revelado está incluido en el regalo, nena.

Se tiró a él y le abrazó por el cuello. Scott cerró los ojos pegándola a su cuerpo. —¿Me perdonas? —preguntó contra su piel sin poder creerse que le importara tanto como para regalarle aquello.

—¿Por quererme? —A ella se le cortó el aliento y se apartó poco a poco para mirarle a los ojos. Scott sonrió. —Deberías perdonarme tú a mí por no darme cuenta de lo que me querías. —Una lágrima cayó por su mejilla y él se la acarició. —¿Me perdonarás, preciosa? ¿Me darás una oportunidad?

—¿Me estás pidiendo una cita?

Él sonrió. —¿Una cita? Te estoy pidiendo mucho más. ¿Quieres casarte conmigo?

Se le paró el corazón y le miró con los ojos como platos. Scott se preocupó. —¿Nena? ¿Te ha dado un ictus? —Asustado la cogió en brazos y la sentó en el sofá para darle palmaditas en la mejilla. —¡Joder, joder! ¡Nena, me estás poniendo muy nervioso! ¡Nadia! —Atónita porque en apenas cinco minutos había pasado de creer que tenía que mudarse a que le pidiera matrimonio,

reaccionó para mirarle a los ojos y él suspiró del alivio. —¡No me hagas esto nunca más!

—¿Quieres casarte conmigo?

Él sonrió. —¿Tan sorprendente es?

—¡Sí! Cariño, tú no eres de los que se casan.

Scott frunció el ceño. —¿Perdona?

—Empecemos con una cita.

—No te fías de mí.

—¡Claro que me fío de ti! —exclamó exageradamente mirándole como si hubiera perdido un tornillo.

—Crees que te voy a ser infiel. ¡De hecho ya lo has creído! ¡Por eso me dejaste!

Se sonrojó ligeramente. —Bueno, es que todo pintaba muy mal.

—¡Porque no te fías de mí!

—Mi amor, hemos pasado de que ni te fijaras en mí como mujer en dos años a que me pidieras tener un hijo.

—¡Creía que eras lesbiana!

—Exacto.

Él gruñó. —Es que te había descartado totalmente.

—Tú lo has dicho.

La miró como si quisiera pegar cuatro gritos y ella forzó una sonrisa. —Confórmate con una cita y ya iremos viendo.

—¡No!

—Es que eres muy impaciente. Como con lo de tener un hijo.

—Quiero tener un hijo —dijo asombrado—. ¡Y te recuerdo que tú estabas de acuerdo!

Ella gimió pasándose la mano por la frente.

—Hostia, no quieres tener un hijo.

—¡No! —Vio la decepción en sus ojos. —¡Sí que quiero!

—Nena, aclárate.

Nadia sonrió y cogió su mano. —Quiero tener un hijo tuyo. —Scott pareció aliviado. —Me encantaría ser la madre de tus hijos y antes de acostarme contigo estaba encantada con esa idea porque era una manera de estar a tu lado. Me sentía una elegida, ¿sabes? Habías pensado en mí cuando las habías descartado a todas. —Soltó una risita. —Y después de tener sexo ya no había vuelta atrás, estaba totalmente perdida. Si en ese momento me hubieras pedido matrimonio te hubiera dicho que sí sin dudar, pero...

—¿Pero qué?

—Lo tenías muy claro, ¿recuerdas? Tú no quieres formar una familia. Ni siquiera soportas a la mía.

—Las cosas cambian y procuraré tolerarlos. Te quiero a mi lado. Para siempre.

Su corazón saltó en su pecho. —Para siempre es mucho tiempo.

Él apretó los labios. —Crees que me voy a aburrir y que te dejaré de lado. Que te romperé el corazón.

Después de creer que le había perdido sintió terror a que se lo tomara a mal, pero tenía que ser sincera con él sobre lo que sentía. —Sé que crees en lo que dices, pero...

—No seré capaz de mantener mi palabra.

Le rogó con la mirada. —¿Una cita?

De repente Scott sonrió como cuando tenía algo en mente. —Claro que sí, preciosa. Una cita.

Este estaba convencido de que mañana cambiaría de opinión. Bueno, a ver por dónde tiraba. La verdad es que a ella tampoco había quien la entendiera. Estaba enamorada de él y aceptaba tener un hijo para echarse atrás porque le entraba un ataque de celos. Y ahora que había conseguido que quisiera comprometerse, le decía que no. Pero es que él en ningún momento le había dicho que la amaba y eso era lo que la frenaba. Estaba convencido de que quería estar a su lado, pero le conocía bien y antes de que se diera cuenta se aburriría de estar siempre con la misma mujer. Y si no la amaba, esa relación no tenía futuro. Gimió levantándose. —Necesito una copa.

Él se levantó y la cogió en brazos. —Lo que necesitas es relajarte. Y eso lo arreglo yo.

Sonrió abrazando su cuello sintiendo que era casi imposible resistirse a él y más cuando le sonreía de esa manera. —¿No me digas? ¿Y en qué habías pensado?

—Un baño bien relajante con una copa de vino mientras pido la cena... —Ella suspiró besando el lóbulo de su oreja. —Aunque si te empeñas haremos el amor.

Se echó a reír. —¿Si me empeño?

—Es que haces conmigo lo que quieres.

Riendo por lo bajo acarició su piel con la punta de la nariz.

—Nena, deja la oreja que cuando haces eso no respondo.

Se apartó para mirar sus ojos. —Te he echado de menos. —Él atrapó sus labios y la besó de una manera que realmente se sintió amada. La cuestión era hasta cuándo.

Capítulo 10

A la mañana siguiente gimió sentándose en la cama y su pie tocó la botella de vino que se habían bebido después de hacer el amor. Estaba claro que tenía que haber comido algo con tanto vino. Ahora le dolía la cabeza. Miró sobre su hombro y le vio durmiendo boca abajo. Sus ojos fueron a parar a su duro trasero y él murmuró —Dame cinco minutos, nena... Enseguida estoy contigo.

Rio por lo bajo levantándose y fue hasta el baño. Levantó la tapa del wáter y se sentó bostezando. Necesitaba una aspirina. Cogió el papel y rompió un pedazo. Distraída miró a su alrededor mientras se limpiaba cuando algo rosita le llamó la atención tras la papelera. Entrecerró los ojos levantándose y tiró de la cadena antes de agacharse al lado del lavabo. Apartó la papelera y cuando vio la cruz rosa en la prueba de embarazo se quedó de piedra. ¡Pero de dónde había salido esa cruz! Ay, la leche. ¡Ay, la leche! ¿Eso significaba que estaba embarazada? Frenética buscó las instrucciones, pero la papelera estaba vacía. La señora Grimm, su asistente había ido a hacer la limpieza y no muy bien por lo que veía. —Mierda, ya le echarás la bronca por no limpiar como Dios manda. —dijo por lo bajo antes de gemir—. Dios mío, ¿y ahora qué? Ahora va a querer casarse fijo.

—Nena, tenemos que decidir si vivimos arriba o abajo porque la nevera está vacía. ¿No le has dicho a tu asistente que te haga la compra? —Scott entró en el baño como Dios le trajo al mundo y al verla de rodillas se acercó de inmediato. —¿Estás bien? —Ella escondió la prueba tras el pie del lavabo. —¿Estás mareada? Estás muy pálida.

Como para no estarlo. Forzó una sonrisa. —Bah, una tontería. Debo tener la tensión algo baja.

—¡Y sin nada que desayunar! —dijo alterado cogiéndola en brazos para sacarla del baño.

—¿Estás preocupado? —preguntó analizando su rostro con los ojos entrecerrados.

—¿Cómo no voy a estar preocupado? —La tumbó en la cama. —Voy a hacer un café bien cargado. ¡No, mejor llamo al médico! Nena, ¿qué se hace en una situación así? —preguntó de los nervios.

Emocionada sonrió. —Un café. —Entonces pensó en el bebé. No podía tomar cafeína, ¿no? Ni cafeína ni la botella de vino que se habían bebido la noche anterior. Ay madre, ahora sí que se estaba poniendo mala. —Deja el café. —Sintiendo unas náuseas horribles se levantó de un salto y corrió hacia el baño en tiempo récord antes de arrodillarse ante el wáter para soltar todo lo que tenía dentro.

Scott se puso tras ella con los brazos cruzados. —¡Te pasaste con el vino! ¡Menos mal que te paré! ¡Genial nena, ahora no me servirás de nada en todo el día! ¡Ah no, ya puedes ponerte las pilas que últimamente estás muy distraída!

¿De quién sería la culpa? Lentamente giró la cabeza como la niña del exorcista para fulminarle con sus ojos enrojecidos y Scott hizo una mueca. —¿La bronca te la hecho en el trabajo?

—¡Tráeme un zumo!

—Perfecto. Tú dame instrucciones precisas, que en este terreno de las relaciones de pareja estoy algo perdido.

Cuando se fue, ella no pudo menos que sonreír porque era evidente que quería intentarlo. ¿Se lo decía? No, mejor esperaba un poco porque con lo cabezota que era, decirle ahora lo del niño era como firmar el acta matrimonial. Ahora tenía entre ceja y ceja casarse y para él eso sería la excusa perfecta. Y puede que su corazón fuera suyo desde hacía dos años, pero ahora necesitaba saber que él la amaba. Ya no se conformaba con menos. Lo de Joy había sido una falsa alarma, pero desde que había ocurrido se había dado cuenta de que si sucediera de nuevo y esta vez de verdad, la destrozaría y ya no pensaba arriesgar su corazón de esa manera como estuvo dispuesta a hacer en el pasado cuando él le propuso tener un hijo. En aquel momento ni se imaginaba el dolor que sentiría, no solo porque estuviera con otra mujer sino porque también se sintió utilizada para conseguir sus propósitos. Debía asegurarse de que la amaba antes de que le pusiera el anillo en el dedo. Sí, en unas semanas habría tomado una decisión. Darse tiempo era lo mejor en ese momento. Se tomarían las cosas con calma como la gente normal y empezarían con esa cita que le había prometido.

Él entró en la habitación con el vaso de zumo a rebosar. —Aquí estoy.

—Gracias, cielo.

La observó beber sin levantarse del suelo, desnuda como estaba, así que cogió el albornoz de detrás de la puerta y se lo puso sobre los hombros. Debía tener las hormonas ya algo alteradas porque ese gesto la emocionó. Scott se acuclilló, aunque cuando vio su sexo semierecto él hizo un gesto con la mano como si no tuviera importancia. —Ignóralo. Bebe.

—¿Te has excitado en una situación así? —preguntó incrédula.

—Nena, contigo me excito en cualquier situación.

—Antes no te pasaba. —Él levantó una ceja y se le cortó el aliento. —¿Te pasaba?

—Eres una mujer, que fueras lesbiana no significa que mi cuerpo no reaccionara a ti, pero eras terreno vedado. —Cogió su vaso y lo dejó sobre el lavabo antes de cogerla en brazos de nuevo. —¿Mejor?

Acarició su cuello y asintió. —¿Y cuándo fue la primera vez que te pasó?

—Creo que fue cuando vi tu foto en el curriculum. —Gruñó tumbándola en la cama. —Sí, en ese momento pensé que podrías crearme problemas en la oficina porque no sería como con May. A ti no me importaría llevarte a la cama. Por eso hablé con Anne. —Pensativo acarició su mejilla. —¿Sabes que tus ojos en las fotografías son aún más violetas? —Impresionada asintió. —Eso me llamó la atención cuando te conocí. Pero aun así son preciosos. —La besó en los labios y se levantó. —¿Puedo dejarte sola? Sí, ya tienes mejor color. —Cogió sus pantalones. —Voy arriba para prepararme, nena. —De repente se detuvo mirándola fijamente. —Mejor voy a por mi ropa y me ducho aquí.

Sonrió como una tonta aún pensando en lo que le había dicho. ¡Le había gustado desde el principio! —Estoy bien.

—¿Seguro?

—Seguro. —Se tumbó en la cama. —Tanto que puedo arreglar eso, jefe. ¿Por qué no vienes aquí y dejas que tu ayudante te relaje?

Él dejó caer los pantalones comiéndosela con los ojos. —Mujer, vamos a llegar tarde.

—Que esperen, amor.

Will levantó una ceja divertido viendo como se sentaba ante él. —Por la expresión de tu rostro parece que te ha tocado la lotería.

—Un whisky —le dijo al camarero que se alejó de inmediato—. No puedo quedarme mucho, hoy salimos. Nadia ha comprado entradas para la ópera por nuestra primera semana viviendo juntos.

—Todo un aniversario. Al parecer mi visita a tu empresa ha puesto las cosas en su sitio.

—Y no sabes cómo. Le he pedido que se case conmigo.

—Hostia. ¿Qué te ha dado?

—No quiero perderla. —Will se le quedó mirando fijamente. —¿Qué?

—¿Estás seguro de esto?

—No te sorprendiste tanto cuando quise tener un hijo con ella.

—Porque eso era un trato sin sentimientos por medio. Sin sentimientos por ella, quiero decir.

—Se acercó apoyando los codos sobre la mesa. —¿Realmente la quieres? ¿No es un enamoramiento pasajero?

—¿Tú también vas a empezar con eso? —preguntó mosqueado. El camarero dejó el vaso sobre la mesa y le sirvió—. Gracias.

—De nada, señor Norwood.

—Estoy seguro de lo que hago.

—Pero ella tiene dudas porque te conoce muy bien.

Apretó los labios antes de beber y cuando lo hizo suspiró. —Me ha dicho que esperemos, pero al final ganaré yo.

—Por supuesto que sí, porque te quiere. Está enamorada y haría todo lo que quisieras para que fueras feliz. ¿Te das cuenta de a todo lo que vas a renunciar?

Scott levantó una ceja divertido. —¿A tías distintas cada noche? Nadia me da mucho más.

Se apoyó en el respaldo de la silla mirándole fijamente. —Joder, si no lo veo no lo creo. Realmente te has enamorado de ella.

—¿Qué tiene de malo? Es preciosa, inteligente, divertida, me ama... No puedo pedir más.

En ese momento sonó su móvil y Scott lo sacó del bolsillo interior de la chaqueta. Frunció el ceño porque no conocía el número. —Perdona... —Contestó poniéndose el teléfono al oído — Scott Norwood.

—¡Scott! —gritó alguien, pero estaba rodeada de ruido—. ¿Scott eres tú? ¡Te oigo muy mal!

Confundido miró el teléfono. —¿Anne?

—¡Scott tienes que venir al Presbyterian!

Se tensó. —¿Qué pasa? ¿Es Nadia?

Will se enderezó sacando la cartera mientras su secretaria gritaba al teléfono. —¡Anne habla más despacio, no te entiendo!

—¡Le ha dado un ataque de nervios! ¡La van a ingresar! ¡Casi mata a su padre!

Scott palideció y corrió hacia la puerta.

—Amigo, ¿qué pasa?

—¡No lo sé!

Entró en la sala de urgencias y vio a su secretaria roja de tanto llorar. Esta se levantó en cuanto le vio. —¿Qué coño ha pasado?

—Ha sido culpa mía —sollozó mirándole angustiada—. Quería que se acercaran y...

Scott se tensó. —¿Le dijiste a tu prometido que fuera a la oficina?

—Lo siento, pero él también lo ha pasado muy mal, ¿sabes? Lleva años intentando reunir el

valor para acercarse a ellos. Así que le animé a que fuera a buscarme. Pero se puso como loca insultándole de todas las maneras posibles mientras lloraba. Ni le dejaba hablar y cuando él le dijo que había sido un error volver a verla, ella lo interpretó mal... —Sollozó tapándose la cara. —Se tiró sobre él para empujarle gritándole que se fuera. Cayó hacia atrás golpeándose con el marco de tu puerta. Había tanta sangre...

—Joder. —Se llevó las manos a la cabeza. —¿Cómo está él?

—Le están atendiendo. A ella tuvieron que sedarla porque no dejaba de llorar mirándose incrédula las manos llenas de sangre, porque cuando se dio cuenta de lo que había hecho intentó ayudarle rogándole que se despertara. Cuando llegaron los sanitarios se quedó en shock. Ni se enteró de cuando la esposaron a la camilla. —Al ver que Scott palidecía sollozó. —Lo siento.

—Más que vas a sentirlo —siseó—. ¡Sabías lo que pensaba de él!

Anne se echó a llorar desgarrada y se dejó caer en la silla. —Sí, lo sabía, pero tiene un corazón tan enorme... A mí me perdonó.

—¡Porque tú has demostrado que la quieres! ¡Cuándo lo ha demostrado él!

Al ver que no dejaba de llorar se volvió con el teléfono en la mano para llamar a su abogado cuando Daniel entró pálido. Se acercó a él de inmediato y su cuñado preguntó —¿Pinta mal?

—Como tu padre no se recupere, pinta muy mal. Voy a poner a los míos a trabajar.

Sentada en la cama abrazándose las piernas pensó en cómo había destrozado su vida en un segundo. Lo tenía todo, al fin había conseguido el trabajo de sus sueños y al hombre que amaba y lo había perdido en un segundo. Bueno, le quedaba su familia, pero cuando la condenaran por lo que había hecho, les iba a ver muy poco. ¿Cuánto le podía caer por intentar matar a alguien? Necesitaba un abogado.

Apoyó la frente en sus rodillas sin poder creerse lo que le había pasado. Algo en su interior estalló cuando le vio entrar en la oficina y sonreírle como hacía tantos años atrás. Como si hubiera sido ayer.

—Hola, cielo.

Esas palabras dichas como si nada la hicieron saltar de la silla y gritar como una loca. Ni escuchaba a Anne que intentaba calmarla tan pendiente que estaba de él. Vio como palidecía y daba un paso atrás, pero la rabia le hizo gritar que no se iría sin escucharla y cuando le dijo que había sido un terrible error volver a verla algo se rompió dentro de ella.

Estaba loca, había perdido el juicio y ahora iba a perder todo lo demás. La puerta se abrió y levantó la cabeza como un resorte para ver que un policía uniformado entraba en la habitación y cuando vio aparecer a su madre se echó a llorar.

—Mi niña —dijo Melissa angustiada acercándose. Se abrazaron con fuerza.

—Mamá, ¿qué he hecho?

—Shusss... —La besó en la mejilla y susurró —No hables. No digas nada. —Se apartó para mirarla a los ojos y se sentó en la cama a su lado. —Tu padre está bien. No fue nada, apenas unos puntos.

—Pero...

—Hemos explicado la situación a la policía.

—¿La situación?

—Todo lo que ha pasado en estos años. Tendrás que pasar un reconocimiento psiquiátrico para la fiscalía y según lo que diga tu siquiatra actuarán.

Eso significaba que querían demostrar que había perdido un tornillo para comportarse así. Dios, aquello era horrible. Reteniendo las lágrimas susurró —¿Cómo se lo ha tomado Scott?

Su madre sonrió. —Estaba muy equivocada con él. Se ha encargado de todo desde el principio. Ha puesto a sus abogados en el caso. Se muere por verte. —Acarició su mejilla. —Me ha pedido que te diga que no te preocupes por nada, que luchará porque salgas indemne de esto.

Se miraron a los ojos. —Lo he perdido todo. Ya no podrá casarse conmigo —dijo angustiada. —No digas eso. Si te quiere...

—No puede casarse con una mujer acusada de agresión, eso si no me acusan de algo peor. Sería un escándalo. Sus padres nunca lo aceptarán. —Sollozó tapándose los ojos.

—Puede que no te acusen de nada. Fue un accidente.

—Sucedió en la empresa, mamá. Ya lo sabe todo el mundo. Me esposaron.

Su madre apretó los labios. —Scott es muy listo, sabrá esquivar esto.

Dos gruesas lágrimas rodaron por sus mejillas. —Tendrá que despedirme.

Limpio su rostro como cuando era una niña. —No sabemos aún lo que va a ocurrir. No quiero que llores más.

—¿Seguro que papá está bien?

Su madre agachó la cabeza y asustándose de veras retuvo el aliento. —No son solo unos puntos, ¿verdad?

—Scott me pidió que te dijera que estaba bien para que no te asustaras. —La miró a los ojos. —Pero está muy grave. —Perdió todo el color de la cara. —Tiene un hematoma en la cabeza que se ha complicado porque tomaba una medicación para que no se le coagule la sangre. Al parecer hace dos años tuvo un trombo y desde entonces la toma.

—Dios mío, Dios mío.

—Tranquilízate. Scott ha llamado a los mejores médicos para que le atiendan y parece que está mejorando. Se pondrá bien.

—Lo siento, mamá. Siento haceros pasar por esto.

—Eres mi niña. —La abrazó con fuerza. —Estaré contigo siempre y te apoyaré en todo.

—Anne...

—Se echa la culpa de todo y Scott está furioso con ella por provocar esto. Unido a que le mintió cuando le dijo que eras lesbiana hay mucha tensión.

—Dios, te lo han contado...

—Hemos tenido muchas horas para hablar. Tu hermano se quedó de piedra y le pidió explicaciones. No hacía más que llorar. Es muy triste lo que le está sucediendo.

—Lo ha hecho porque creía que era lo correcto.

—Lo sé, pero te ha perjudicado de muchas maneras con su buena voluntad. Ya eres adulta para tomar tus decisiones y Scott también como para que os mienta como a niños. Y lo de tu padre ha sido la gota que ha colmado el vaso.

Se apretó las manos compulsivamente. —Si se muere no me lo perdonaré nunca.

Sollozó destrozada y su madre intentó reprimir las lágrimas. —Has sufrido tanto por su culpa... Ni sé cómo se le ha ocurrido algo así y sin avisarte. En el trabajo... Es incomprensible, la verdad.

Cerró los ojos horrorizada por sus actos. Jamás se había comportado así. Su madre apartó su cabello de la cara. —Todo irá bien, ya verás.

Pero no fue nada bien porque esa misma tarde su siquiatra la visitó. Al día siguiente llegó su abogado, un hombre que no conocía de nada y que se presentó como Harry Steinberg. Fue él quien le comunicó que el informe no había sido favorable, pues suponía una prueba para la fiscalía. Se quedó atónita porque ella no había querido dañarle a propósito. Solo quería que se fuera. Steinberg le dijo que se presentarían cargos y que se podían ampliar en caso de que su padre falleciera. De momento pedían cinco años por agresión con lesiones graves. En cuanto le dieran el alta de allí sería trasladada al juzgado donde el juez impondría una fianza.

Vestida con el traje de pantalón verde que le había llevado su madre el día anterior, entró en la sala del juzgado acompañada de un policía. Esposada se sintió humillada y cuando vio a Scott en la sala tras su abogado sus ojos se llenaron de lágrimas y se acercó a él a toda prisa. Scott la abrazó con fuerza. —Tranquila, nena. Estoy aquí.

Su abogado se volvió. —Señor Norwood debe soltarla, van a llamarle la atención.

—Suelte a la acusada —dijo el policía tirando del brazo de Nadia.

No le quedó más remedio que soltarla y se miraron a los ojos mientras la colocaban al lado de su abogado que se acercó a ella y susurró —Déjame hablar a mí, ¿de acuerdo?

—Sí. —Miró sobre su hombro y Scott forzó una sonrisa. Su hermano estaba a su lado y le guiñó un ojo. Su madre no estaba en la sala y se preguntó si estaba bien. Daniel le hizo un gesto como para que no se preocupara.

—¡En pie! El juez Friday entra en la sala.

Todos se levantaron y un juez de unos cuarenta años subió al estrado. Temblando de miedo vio que miraba unos papeles antes de levantar la vista y fruncir el ceño antes de mirar los papeles de nuevo. —¿Qué tenemos aquí, Soldier?

El fiscal se levantó mirándola de reojo. —La señorita Breemer ha atacado a su padre que se encuentra en el hospital en estado crítico.

—Protesto, señoría —dijo su abogado levantándose—. Tengo la declaración jurada de su compañera de trabajo y prometida del señor Breemer que asegura que fue un accidente. Cayó hacia atrás y se golpeó con el marco. Totalmente accidental.

—La acusada fue abandonada por la víctima cuando era pequeña y le odia con todas sus fuerzas, tengo el informe psiquiátrico que lo demuestra.

El juez le miró incrédulo. —¿Me está diciendo que él la abandona, se presenta en su trabajo y fue agredido? —La miró fijamente. —En mi barrio le hubieran pegado un tiro por ser como poco insensible. —Varios se echaron a reír.

—Protesto, señoría. La víctima no ha declarado.

—Exacto, no ha declarado. Creo que se ha adelantado un poco. —Le miró fijamente. —A no ser que quiera ponerse medallas ante la prensa porque la supuesta agresora es la prometida de un gran empresario.

—¡Señoría!

—¡No me venga con rollos que he visto sus declaraciones en la televisión!

Nadia palideció de golpe. Dios mío, lo sabía todo el mundo. —Se la ve muy arrepentida, no tiene pinta de ser un peligro público ni mucho menos. ¿Qué fianza solicita?

El fiscal gruñó antes de decir —Un millón de dólares.

Nadia se mareó al escuchar esa cifra y el juez se echó a reír. —Increíble.

La miró a los ojos y apretó los labios antes de mirar a su abogado que dijo a toda prisa —Es

una ciudadana respetable, trabajadora imprescindible de una gran empresa, no tiene antecedentes y jamás se ha metido en un lío, señoría. El prometido de mi cliente pagará la fianza, pero como ha dicho usted mismo esto es simplemente un fiscal con ansias de protagonismo. Mi cliente jamás quiso dañar a su padre y mucho menos de gravedad.

—Queda bajo la custodia del señor Norwood. —El juez se dirigió a Scott. —Si su prometida sale del país, usted pagará un millón de dólares.

—Mi cliente entregará su pasaporte con gusto para que se quede más tranquilo, señoría.

Sonrió mirándola. —Sé que no me dará problemas. —Cogió la maza y golpeó con fuerza. —
Siguiente caso.

El policía se acercó y le quitó las esposas. Fue tal el alivio al ver sus manos libres y saber que podía irse a casa que al volverse buscando a Scott ni se dio cuenta de que todo se inclinaba antes de caer redonda sobre el suelo de mármol. El juez levantó una ceja antes de fulminar con la mirada al fiscal, que se sonrojó con fuerza mientras Scott gritaba llamando a su novia que estaba sin sentido en el suelo.

Capítulo 11

Al sentir algo frío en la frente suspiró de gusto y abrió los ojos para ver a Scott sobre ella. — No te muevas, nena. Te has pegado un golpe en la cabeza.

Se llevó la mano allí y gimió al tocarse un chichón.

—Enseguida viene la ambulancia.

—No —dijo asustada—. No quiero volver al hospital.

Él apretó los labios. —Pues deja que te revisen aquí.

—Eso, señorita Breemer. Deben revisarla.

Al girar la cabeza vio a su abogado y al juez. Se sonrojó con fuerza al darse cuenta de que estaban en su despacho. —Lo siento, le estoy importunando.

—No se preocupe por eso. —Sonrió agradablemente. —Además está embarazada. Debe cuidarse.

Notó como Scott se tensaba y con los ojos como platos le miró sin saber qué decir. Su prometido sonrió con tristeza. —Ella no lo sabía. Lo descubrieron en el hospital con los análisis. No queríamos decírselo allí. Pensaba esperar a cuando llegara a casa.

—Oh, lo siento.

Sintió que era una estúpida por no habérselo dicho antes y haberlo estropeado con todo aquello. —¿Estás contento? —preguntó sintiéndose fatal.

—Sí, nena. ¿Y tú?

Se echó a llorar y Scott preocupado la abrazó a él mirando al juez que apretó los labios. — Creo que me la llevo a casa. Haré que la revise mi médico privado.

—Sí, creo que será lo mejor. Necesita un descanso.

—Vamos, nena. Tu hermano nos espera.

La ayudó a levantarse y Steinberg le puso el abrigo sobre los hombros. Cogiéndola por la cintura fueron hacia la puerta y antes de salir miró hacia atrás al juez que la observaba pensativo. —Gracias por todo.

—Ha sido un placer. Cuídese.

En cuanto salieron allí estaba Daniel que nervioso caminaba de un lado a otro y en cuanto se vieron se abrazaron con fuerza. —Todo va bien, ¿me oyes? Saldrás de esta.

—Claro que sí —dijo Scott sonriendo—. En unas semanas esto será un mal sueño. Daniel sal con ella por detrás. Yo saldré por delante para entretener a la prensa.

—Scott no te lo aconsejo —dijo su abogado firmemente.

—¡No pienso exponerla a esos buitres!

—Deben ver que la apoyas y crees en su inocencia. Debe acompañarte. ¡En cuanto vean esa cara de ángel se pondrán a su favor!

—Iré contigo —susurró Nadia cogiendo su mano—. No es justo que te enfrentes a ellos.

Apretó su mano. —No hagas caso a nada que escuches. Intentarán provocarte.

Asintió y él la besó en los labios antes de ir hacia la salida. Muy nerviosa apretó su mano a medida que se acercaban a la puerta flanqueados por su hermano y su abogado. En cuanto salieron se tiraron sobre ella gritándole mil preguntas a la vez sobre la relación con su padre.

Scott la cogió por los hombros pegándola a él mientras asustada bajaba los escalones para llegar a la acera donde el chófer de Scott abrió la puerta de inmediato.

Sentarse en el coche fue un alivio y Scott se sentó a su lado mientras los demás lo hacían ante ellos. Su novio cogió su mano mientras el abogado sonreía. —He oído a una periodista que decía que estaba descompuesta.

—¿Y eso es bueno? —preguntó su hermano molesto.

—Buenísimo. Ha empatizado con ella como el juez. Esperemos que tu padre se recupere pronto y que declare. El fiscal se verá acorralado y no habrá cargos, estoy seguro.

Los hermanos se miraron a los ojos. —¿Cómo está?

—Igual. —Se acercó a ella poniendo los codos sobre las rodillas. —No fue culpa tuya.

Emocionada negó con la cabeza. —Sí que lo fue. No tenía que haberle empujado.

—Fue un acto reflejo. Tú no harías daño ni a una mosca.

—¿Dónde está mamá?

—Se ha quedado en el hospital. Iban a hacerle unas pruebas a papá y se ha quedado para acompañar a Anne.

—¿Ella está muy mal?

—¿Te preocupas por ella? ¿Por la mujer que ha provocado todo esto? —preguntó Scott molesto.

—Le quiere. Es el amor de su vida y sufre por él.

Apretó los labios mirándola. —¡Pues deberías preocuparte por ti porque como esto no se solucione vas a parar en prisión!

Palideció mientras su hermano le fulminaba con la mirada. —¡Eso ha sido totalmente innecesario!

—¿Sabes lo que es innecesario? ¡Que mi novia embarazada pase por todo esto por una entrometida que solo le preocupa un hombre que es tan egoísta como para ignorar a sus hijos durante años! ¡Eso sí que es innecesario!

—Dios mío, la has despedido, ¿verdad? —preguntó ella preocupadísima.

—¡No va a pisar más mi empresa! ¡Ya me perjudicó una vez y esto es el colmo! ¡No quiero volver a verla!

—Si te hubiera dicho la verdad hace dos años no me hubieras contratado.

La miró de una manera que se le cortó el aliento porque sus ojos decían que con lo que había pasado era una pena que lo hubiera hecho. Dolida apartó la mirada y su hermano apretó los labios enderezándose al ver que soltaba su mano para pasársela por la frente. Para todos fue evidente cómo le temblaba. —Necesito acostarme un rato.

—En cuanto te revise el doctor Nauman descansarás —dijo él con firmeza.

Era evidente que estaba furioso y ella no tenía fuerzas para discutir. Era normal que estuviera enfadado, había puesto su nombre en boca de todos. El incidente había salido en los periódicos, pero aun así él había dicho a todo el mundo que estaban comprometidos cuando no tenía por qué. Le miró de reojo. —¿Por qué has dicho que soy tu prometida?

Notó como él se tensaba y la advertía con la mirada. —¿Acaso no lo eres?

—Cielo...

—¿Acaso no lo eres? —preguntó más alto.

Le miró a los ojos. —No te convengo.

—Fue un accidente y eso es lo que dirá la prensa.

—El consejo de accionistas pedirá mi dimisión.

—Puesto que solo eres mi ayudante yo decido.

Se le cortó el aliento. —¿Y la vicepresidencia?

—Quizás más adelante.

Sabía que ocurriría, pero no pudo evitar sentirse decepcionada por no tener su apoyo. Era lógico que la dejara en un segundo plano de momento de cara a la galería hasta que pasara la tempestad, si es que pasaba, pero que le arrebatara un puesto que era suyo por derecho, la decepcionaba y mucho.

—Además estás embarazada y muy estresada. Ese puesto conlleva mucha responsabilidad y ahora no es el momento.

Tenía gracia que dijera eso cuando le había propuesto la vicepresidencia a la vez que le pedía un hijo mientras ese puesto en la actualidad lo ocupaba un verdadero inútil, pero decidió morderse la lengua. Era evidente que quería controlar los daños todo lo posible y el anuncio de su vicepresidencia ahora mismo sería un auténtico fiasco. Aún más siendo su prometida. Entonces le miró de reojo. Había dicho que era su prometida en el peor momento. Podía decir simplemente que era una empleada y no se hubiera visto envuelto en el escándalo de esa manera. Se le cortó el aliento cuando una idea se le pasó por la cabeza. —¿Cuándo dijiste que estabas comprometido conmigo?

—¿Qué?

—¿Cuando te enteraste de mi embarazo?

Daniel entrecerró los ojos. —Cielo, ¿qué ocurre?

—¿Scott?

Él apretó los labios. —Hablaemos de esto en casa.

Que eludiera la pregunta solo le confirmó lo que sospechaba. —¡No, hablaemos de esto ahora! ¿Cuándo dijiste públicamente que era tu prometida? ¿Por qué los médicos no me dijeron nada del embarazo en el hospital? —Palideció con fuerza. —¡Lo sabías, sabías que estaba embarazada! ¡Yo tiré la prueba en la papelera! Entraste en mi piso cuando no estaba y la viste, ¿no es cierto? —Se llevó la mano al pecho. —Cuando me regalaste la cámara, antes no lo sabías o hubieras hecho o dicho algo... —Sus ojos violetas mostraron el miedo que la recorrió. —Dios mío, querías asegurarte de que al niño le criabas tú y que no rompía el acuerdo, ¿no es cierto? ¡No podías dejarme escapar!

—Estás muy estresada y te estás imaginando cosas.

—¿Lo sabías entonces? —gritó perdiendo los nervios.

Él apretó los labios para responder fríamente. —No lo sabía. —Sus palabras hicieron que se le paralizara el corazón. —Y no tengo que hacer nada de todas esas estupideces que has especulado porque te recuerdo que tengo un contrato. Ese niño ya es mío.

Perdió todo el color de la cara porque era cierto, pero le conocía muy bien. —Creíste que te mentía. Al ver la prueba creíste que me había asustado y que quería quedarme al niño. ¿Creíste que rompería el acuerdo! ¿Qué pensabas que diría, que era de otro?

Muy tenso la miró como si no se pudiera creer lo que oía. —Tus palabras solo demuestran una cosa, nena... Que sigues sin confiar en mí como no confiabas cuando te enteraste de tu embarazo, que como acabas de decir ante todos me ocultaste a propósito. —Nadia palideció por la decepción de sus ojos antes de que estos se endurecieran hasta convertir su rostro en ese frío hombre de negocios que muchos consideraban despiadado. —¿No es cierto, preciosa? ¿Qué otra razón podía haber para que me lo ocultaras? —La fulminó con la mirada. —Y esto solo me confirma que tenías razón. Este matrimonio no iría a ningún sitio y tarde o temprano me aburriría

de tus paranoias. Puede que lo que ocurrió con tu padre te haya afectado más de lo que crees, nena. Y no voy a dejar que esto afecte al niño.

—¿Pero qué coño dices? —gritó su hermano cogiéndole de la pechera.

—¿Qué digo? —Se soltó con violencia. —Digo que tengo un contrato firmado por tu hermana que dice que ese niño es mío. La custodia es exclusivamente mía y puesto que ella se encuentra en esta situación tan delicada, decidiré yo solo cómo se va a criar. A partir de ahora decido yo.

Daniel la miró atónito y ella se tapó el rostro llorando sin consuelo. ¿Qué había hecho?

—¿Cómo ibas a firmar un contrato si acabas de enterarte de que estás embarazada?

—A mí si me dejan por aquí... —dijo el abogado incómodo.

—Peter detén el coche. Mis invitados se bajan.

Daniel le miró sorprendido. —¡Yo no me voy a ningún sitio hasta que hable con mi hermana!

—Escúchame bien —dijo Scott poniéndoles los pelos de punta—. En este momento la echaría a patadas del coche por lo que ha hecho, pero si quiero que mi hijo nazca en libertad, voy a tomar cartas en el asunto y eso es lo que estoy haciendo. ¡Ella se viene conmigo y la va a revisar un médico! ¡Ya hablarás con ella mañana cuando se calme y deje de decir idioteces!

—Tú ocultas algo.

—¿Yo? —Rio con desprecio. —Creo que soy el único que va con la verdad por delante al contrario que todos vosotros. ¿No es cierto, nena?

Intentó retener las lágrimas y muerta de la vergüenza por lo que debía pensar su hermano susurró —Hablaemos mañana, Daniel.

El coche se detuvo y su abogado les miró fijamente. —Les aconsejo que esto no salga de aquí. La opinión pública debe pensar que son una pareja bien avenida por el bien de ese niño y de mi cliente, al menos hasta que se cierre el caso.

—No se preocupe. Mi novia sabe fingir muy bien como ya ha demostrado —dijo Scott entre dientes provocando que se encogiera en su asiento—. ¿Verdad, preciosa? Y su hermano no diría nada que pudiera perjudicarla. Y si me entero de que se lo cuenta a alguien, tendría que vérselas con mis abogados y no creo que esa mierda de trabajo que tiene le dé para pagar un pleito.

El abogado asintió antes de salir del coche y su hermano atónito la miró. —Nadia...

—Por favor Daniel, hablamos mañana —susurró sin ser capaz de mirarle—. Haz lo que te dice.

Él asintió antes de mirar con odio a Scott que levantó sus cejas negras mientras salía del coche. En cuanto Peter cerró la puerta el ambiente se hizo irrespirable. Scott muy tenso a su lado no abrió la boca y Nadia casi llora del alivio en cuanto vio el portal de su casa donde afortunadamente no había prensa. Salió del coche a toda prisa y Scott la siguió. Sintió su mirada en su espalda hasta que pulsó el botón de llamada del ascensor y le escuchó decir —Joder nena, jamás creí que serías de esta manera.

Entró en el ascensor cogiéndola del brazo y pulsando el penúltimo piso lo que significaba que a partir de ahora vivirían separados. Se le rompió el corazón, pero se lo había buscado ella misma al decir todas esas invenciones que no sabía de donde había sacado.

—Escúchame bien —dijo él con ganas de soltar cuatro gritos—. Por el bien de mi hijo no te echo de mi casa ahora mismo. A partir de ahora harás lo que yo te diga si no quieres que te meta una demanda que te deje temblando de por vida.

—No quería...

—No querías casarte, eso ha quedado claro. Y no querías confiar en mí. Lo que si querías era

ocultarme al niño. ¿Durante cuánto tiempo, nena? ¿Hasta que estuvieras segura de que te quería? —Pálida asintió en respuesta. —Como has demostrado eso no iba a pasar jamás porque ese trauma tuyo al parecer no te deja creer en ningún hombre excepto en tu hermano. ¿No es eso lo que dice el informe psiquiátrico? —A Nadia se le cortó el aliento. —Sí, nena... Eso es lo que dice. Creí que eran estupideces, pero lo que ha pasado en el coche me demuestra que ese loquero tiene razón. —Apretó más su brazo y dijo furioso —Rompiste el acuerdo. Pero si crees que puedes alejarme de mi hijo estás muy equivocada. ¿No me quieres en tu vida? ¿No confías en mí para casarte conmigo? ¡De acuerdo, pero el niño se queda conmigo porque es mío! —le gritó a la cara antes de sacarla del ascensor e ir hacia su puerta. La soltó para coger la llave del bolsillo de su chaqueta. Antes de darse cuenta la había cogido de nuevo de la muñeca y la había metido en casa para llevarla hasta el sofá donde la soltó de tal manera que cayó sentada sobre él. Regresó para cerrar la puerta de un portazo. —¡Escúchame bien! ¡A partir de ahora irás de casa al trabajo y del trabajo a casa! —Al ver la sorpresa en su rostro sonrió con maldad. —Oh sí, irás al trabajo. ¡Darás la cara como la he dado yo desde que nos metiste en esta mierda! Te comportarás como la ayudante perfecta, ¿me has entendido? ¡Y procura que tu familia no meta más la pata!

—No dirán nada.

—¡Más te vale porque has roto el contrato de confidencialidad!

—Lo rompiste tú —dijo asombrada.

—No fui yo quien hablé primero del acuerdo. ¡Tú me lo echaste en cara!

Se tapó la cara con las manos porque ya no podía ni pensar y él apretó los puños. —Date una ducha. Llamaré al médico.

Intentó reprimir las lágrimas y se levantó para ir hacia su habitación.

—Haré que bajen tus cosas cuanto antes.

—Gracias —dijo sin pensar.

—¿Cómo estás? —preguntó su madre sentándose a su lado en el sofá.

—Algo cansada pero bien —respondió acariciándose el vientre de siete meses.

—No deberías trabajar tanto. —Su madre sonrió. —Estás tan preciosa... —Miró a su alrededor. —¿Y Scott?

—Tenía una reunión de última hora —respondió como decía siempre, aunque sabía que estaba con Will de picos pardos.

—Oh, qué pena, me hubiera gustado verle. Desde la fiesta de Navidad no hemos coincidido.

—Es un hombre muy ocupado. —Forzó una sonrisa. —¿Cómo es que has venido hasta aquí?

—Quería hablar contigo de algo... —Cogió su mano. —Pensarás que soy una tonta, pero me preocupé mucho cuando tu hermano me dijo que habíais discutido al salir del juzgado.

—Mamá, ¿a qué viene eso? Fue hace meses. Estábamos bajo mucho estrés y...

—Ya, ya lo sé. —Sonrió dulcemente. —Y no sabes cómo me alegro de que todo se haya solucionado y de que seáis tan felices. Que tu padre se recuperara fue un alivio para todos.

—¿A dónde quieres llegar?

—Bueno, aquel incidente ha hecho que me haya acercado a tu padre y tu hermano también, ya lo sabes.

Se tensó mirando sus ojos. —¿Y?

—Me preguntaba si no querías hablar con él de lo sucedido. No te culpa, te lo juro, pero creo que deberíais hablar de lo ocurrido. Al menos para disculparte.

—Scott no quiere que me acerque a él y menos ahora.

Ella miró su embarazo. —Lo entiendo, pero cada vez que me ve pregunta por ti casi con ansiedad y me ha demostrado con creces que está muy arrepentido de no haberos visitado en el pasado. Deberías hablar con él.

Sabía que le debía unas disculpas y cuando se había despertado había querido verle en el hospital, pero Scott se había puesto como loco diciendo que ni se le ocurriera acercarse a él a un kilómetro.

—¿Sabes? Mañana es jueves y como sabes entrena al equipo de beisbol del barrio. Tienen partido en Central Park, lo tienes aquí cerquita y es un paseo hasta el borde del lago. —Le guiñó un ojo. —Sé que harás lo correcto.

—Lo pensaré. —Su madre la besó en la mejilla y se levantó. —¿Ya te vas? —preguntó casi decepcionada porque siempre estaba sola y no podía salir sin el permiso de Scott.

—Voy al cine con unas amigas. —Frunció el ceño. —¿Ocurre algo?

—No, no. Pensé que te quedarías a cenar.

—Oh, cielo... Lo siento, pero es nuestra noche de cine clásico.

—No pasa nada, de todas maneras tengo una serie esperándome hasta que llegue Scott.

Su madre miró el precioso salón. —Hija, qué gusto tienes. Scott debe estar encantado de cómo has dejado el piso. ¿Qué ha hecho con el suyo?

—Lo usa para trabajar —contestó mecánicamente—. Dice que así no le distraigo.

Soltó una risita. —¿Y la boda para cuándo?

—Hablaremos de eso después de que nazcan los niños. Queremos que sea especial.

—Y lo será. Se nota que estáis muy enamorados.

Menudo ojo tenía su madre, aunque no era extraño que pensara eso porque es lo que pensaba todo el mundo. Desde aquella discusión aquel horrible día, ante los demás parecían la pareja perfecta. Incluso sus padres pensaban que lo eran. De hecho el padre de Scott estaba deseando que se casara con ella y que le diera la vicepresidencia porque durante esos meses había desarrollado trabajos muy importantes que habían demostrado su valía. Pero es que el trabajo era lo único que le quedaba y a lo que dedicaba casi todo su tiempo porque en cuanto su aparente prometido la llevaba a casa, se olvidaba de que existía subiendo a su piso para seguir con su vida. Había intentado disculparse mil veces, pero su mirada de hielo la detenía en seco y cambiaba de tema como si fuera una molestia. Estaba claro que nunca perdonaría su desconfianza y ella casi había perdido toda esperanza a que eso sucediera. Lo que no entendía era porque seguía fingiendo que eran pareja cuando su padre hacía meses que se había recuperado y no se habían presentado cargos. Aunque le había dicho que era por el bien de los niños, tarde o temprano tendrían que decir la verdad, pero él se negaba en redondo y menos hasta que no nacieran, alegando que sus padres ya lo habían pasado bastante mal con todo el escándalo que había provocado su familia.

—Oh por cierto, casi se me olvida —dijo su madre abriendo la puerta antes de sacar algo de su bolso. Frunció el ceño al ver lo que parecía una carta—. Es de Anne.

—Mamá...

—Dice que es importante. Que por favor la leas. Casi la he aburrido con el interrogatorio, pero al parecer es algo del trabajo y no he entendido ni papa.

—¿Del trabajo?

Preocupada cogió el sobre y su madre la besó en la mejilla. —Te llamo mañana, cielo.

—Ajá... —contestó abriendo la carta a toda prisa. ¿Por qué no le había enviado un mail?,

pensó mientras su madre salía de la casa. Se volvió hacia el sofá empezando a leer.

Hola, cielo:

No me queda otra opción que enviarte esta carta porque han cortado toda comunicación contigo y sé que Scott es el responsable de ello. —Entrecerró los ojos sin entender nada. —Te he llamado muchas veces, pero me dice la operadora que ese teléfono no está operativo. Sé que no has cambiado el número, así que seguramente me has bloqueado. —Ella no había hecho eso. —Y no has contestado ninguno de mis mails, lo que seguramente indica que han acabado en alguna bandeja sabe Dios donde.

—¿Pero qué?

Está claro que Scott no quiere que hablemos porque me considera una entrometida, pero te juro por lo más sagrado que yo jamás he querido perjudicarte de ninguna manera. —Se sentó asombrada. Por supuesto que no quería perjudicarla. —El día en que ingresaron a tu padre me di cuenta de muchas cosas y escuché otras. —Se tensó sin darse cuenta. —Pero la más importante es que estaba muy equivocada. Mucho. Jamás me he equivocado tanto y mira que he metido la pata. Pero te contaré por qué digo esto un poco más adelante.

Daniel nos contó la discusión que habíais tenido a la salida del juzgado y eso del acuerdo que ahora queréis ocultar. —Palideció apretando las hojas. —Tranquila, yo no pienso decir nada. Pero en ese momento me hizo pensar y todavía tenía mi clave en el ordenador de la empresa cuando eso sucedió, así que investigué un poquito. ¿Y qué me encontré? Un borrador en el ordenador del jefe de lo más interesante. Firmaste eso, ¿no es cierto? Por eso hacía que salía contigo incluso pensando que eras lesbiana. Si firmaste ese acuerdo y no tienes la relación que todos piensan, vuelve la hoja. Si no es así, si estáis enamorados y todo son imaginaciones mías, tira esta carta y sigue con tu vida.

Se mordió el labio inferior antes de volver la hoja. —¡Lo sabía! ¿Pero cómo se te ocurre, niña? —Gimió sin poder evitarlo. —Ni se te ocurra llorar, tonta. Ese hombre está loco por ti. —Separó los labios de la sorpresa. —¿Por qué crees que me ha separado de tu lado? Porque cree que te perjudico. El hombre al que escuché hablar por teléfono en el hospital estaba dispuesto a todo. Estaba totalmente desesperado por sacarte de ese lío y no podía disimular que te amaba. Por Dios, si hasta llamó a su padre para que hablara con un juez del Tribunal Supremo. Ese hombre tiene un hijo que es juez en los juzgados donde casualmente fuiste a parar y es muy amigo del que te tocó. ¿Y ese reportaje en el Times? También fue cosa suya para limpiar tu imagen, aunque a mi hombre le dejó hecho mierda, la verdad, pero todo lo hizo por ti. ¡Así que deja de llorar! Ahora tienes que solucionarlo porque no pienso consentir que cometas los mismos errores que yo, contemplando como el hombre que amas cuida a tus hijos como si fueras una simple espectadora.

Uff, aunque lo tienes difícil. Por lo que me han dicho los contactos que aún tengo en la empresa, te trata en el trabajo con frialdad. Debe tener un cabreo de primera. —Nadia hizo una mueca volviendo la hoja. —Y es lógico si lo que me dijo Daniel es correcto y desconfiabas tanto de él como para no decirle lo del niño después de lo que habías firmado. Pero tranquila, tiene solución. Ese control que tiene sobre ti demuestra que aún le importas.

—¿Pero qué dices? —preguntó incrédula—. Si me traga es por los niños y el acuerdo.

Que no... Mira que eres cabezona. ¿Quieres una prueba? Llama por teléfono al portero y di que necesitas unas pastillas para el ardor de estómago. Venga, hazlo. ¿A que esperas?

Bufó levantándose y fue hasta el teléfono descolgando. —¿James?

—Sí, señorita Breemer.

—¿Puedes hacerme un favor?

—Lo que quiera.

—¿Puedes ir hasta la farmacia a por unas pastillas para el ardor de estómago?

—Enseguida, señorita. Lo haré ahora mismo.

Colgó el teléfono y miró la carta. —*Espera unos minutos. Dame diez minutos y vuelve la hoja.*

Se sentó en el sofá e impaciente tamborileó los dedos sobre la suave tela de terciopelo verde. Iba a coger la carta loca por saber lo que diría ahora cuando sonó su móvil. Estiró el brazo para cogerlo de la mesa de centro cuando vio que era Scott. Descolgó de inmediato para oír ruido de fondo. —¿Diga?

—¿Cómo estás?

—¿Que cómo estoy? —preguntó incrédula—. Bien, ¿por qué lo dices?

—No tenías muy buena cara al salir de la oficina. ¿Seguro que todo va bien?

—Sí —respondió atónita. ¡La estaba espiando! ¡Aquello era el colmo! —. Todo va fenomenal.

—Muy bien. Te veo mañana.

Aún sin poder creérselo dejó el móvil sobre la mesa y cogió a toda prisa la carta para volver la hoja. —*Te ha llamado él, ¿verdad? ¿Que cómo lo sé? Porque me lo he imaginado cuando ha controlado tu teléfono y tu mail. Suerte tendrás de que no tengas cámaras por la casa.* —Jadeó mirando al techo, pero ella no vio nada. —*Y es que no te has dado cuenta de muchas cosas. ¿Recuerdas la fiesta de Navidad en casa de sus padres? Esto me lo ha contado tu madre. Obviamente yo no estaba allí, pero me dijo algo de lo más interesante. Estabais en una esquina aparentando que erais la pareja perfecta como si quisierais estar solos. Su padre se acercó y le dijo que le iba a presentar a alguien así que tu madre se acercó a ti, pero antes de que llegara apareció Will.* —Palideció recordando ese momento. —*Te deseó una feliz Navidad. Tu madre se volvió para no interrumpiros y vio como Scott regresaba a toda pastilla para despachar a su amigo tan rápidamente que a tu madre le hizo mucha gracia porque había demostrado sus celos. Los tiene y muchos, cielo. No soporta ni que la gente te mire. El otro día el de paquetería se llevó una buena bronca por sonreírte.* —Dejó caer la mandíbula del asombro. —*Y hace un mes despidió al sustituto del portero por poner su mano en tu espalda al abrirte la puerta. ¿No te has dado cuenta de que todos te tratan con más frialdad?* —Sí, era cierto, pero pensaba que era porque creían que era la novia del jefe. —*No es por eso, es por su culpa. Ahora no puede estar contigo por su propia estupidez y teme que te fijas en otro. Está loquito por ti, pero no soporta que no confíes en él por eso tiene ese cabreo, pero a la vez no quiere soltarte. Pues si no quiere soltarte eso tiene un precio, así que exígele el anillo o vive tu vida. El acuerdo del niño no tiene nada que ver con eso, ¿no crees? No te quedes esperando que ocurra un milagro y te perdone portándote bien como quiere, porque por experiencia sé que eso no va a pasar. ¡Tienes que provocar que ocurra! ¡Así que mueve el trasero! Es que de verdad... ¿Dónde está la niña rebelde que siempre luchaba por lo que quería?*

Por cierto, cielo... tu padre está deseando verte. Te quiero, ¿desbloquéame quieres? Me muero por hablar contigo de una maldita vez.

Te quiere Anne

Cogió el móvil a toda prisa y buscó el número de Anne. Asombrada vio que sí que estaba

bloqueado. ¡Sería cabrito! La llamó de inmediato levantándose y yendo hacia el ventanal.

—¡Al fin!

—Lo siento, no sabía que te había bloqueado. Creí que te mantenías alejada por lo que había ocurrido y por Scott. Como te había despedido...

—No quería decirle nada de esto a tu madre para que no se mosqueara. Desde lo que le ocurrió a tu padre le tiene idealizado, al muy cabrito. —Sonrió porque habían usado el mismo término para describirle y es que era un cabrito para hacerla sufrir de esa manera cuando sabía que le quería. ¿Y qué si había cometido un error al desconfiar de él? Acaso no lo hacía él con los celos que le tenía. Este se iba a cagar. —¿Y qué vas a hacer? —preguntó su amiga con maldad.

Entrecerró los ojos mirando las luces de la ciudad. —No pienso exigirle ningún anillo. No voy a arrastrarme más. Así que como has dicho pienso vivir mi vida.

Capítulo 12

Entró en casa masticando un donut y se detuvo en seco en la puerta al ver a Scott furioso ante el sofá.

—¿Dónde has estado?

—He ido a por donut. —Entró en casa mirándole como si estuviera mal de la cabeza.

—¿A las tres de la mañana? ¿Te crees que soy estúpido?

—Tenía hambre.

—Nena, no te lo voy a preguntar de nuevo.

Le dio un vuelco al corazón porque desde que habían discutido hacía meses no la llamaba nena, ya no. Era como otro de sus castigos. Levantó la barbilla. —¿Cuál era la pregunta?

—¿Dónde has estado?

—Por ahí.

Caminó hacia la cocina y él atónito la siguió. —¿Cómo que por ahí? ¡Estás embarazada!

—Ya, estoy embarazada no muerta. —Abrió la nevera sacando la jarra de la leche. —¿Puedes irte, por favor? Estoy cansada y no tengo ganas de oírte.

Eso sí que no se lo esperaba porque siempre estaba ansiosa por hablar con él por si podía encontrar la manera de disculparse. Se sirvió la leche y levantando el vaso le miró como si quisiera que se esfumara. —¿Qué pasa? ¿Estás sordo? ¡Quiero que te vayas!

—Me iré cuando me dé la gana. ¡Esta es mi casa!

Suspiró dejando la leche sobre la encimera. —Muy bien, entonces me iré yo. —Vio el asombro en su cara y como salía de la cocina cruzando el salón.

—¿A dónde te crees que vas?

—Por ahí. —Cerró la puerta de golpe y él corrió hacia allí. Cuando abrió la vio entrando en el ascensor y corrió metiendo la mano antes de que se cerrara. —Sal de ahí ahora mismo.

—No.

—Nena... No me cabrees.

—Llevas cabreado tantos meses que ya me importa poco, la verdad.

Scott no salía de su asombro. —Vas a cumplir el trato.

—Claro que sí, está firmado. Te entregaré a los niños cuando nazcan, pero hasta ese momento, vete a la mierda. ¿Puedes apartarte, por favor? Por cierto, me despido. —Sonrió llevando la mano a la alarma del ascensor. —Apártate.

—¿Cómo que te despides? ¿Y de qué vas a vivir hasta entonces? Anda, deja de decir tonterías y vete a la cama que tienes que estar cansada.

—Oh, sí que estoy cansada. ¡Estoy cansada de verte esa cara todos los días! ¿No me perdonas por ser desconfiada? ¡Pues tenía razón! ¡No eres de fiar! —dijo haciéndole palidecer—. Si crees que voy a seguir esperando a que te dignes a perdonarme por dudar de ti en un momento en que estaba desbordada con lo que estaba pasando, vete olvidándote. Ya no me interesa tu perdón ni nada de ti.

Perdiendo la paciencia la cogió del brazo haciendo que saliera del ascensor. —¡Pues te vas a quedar y vas a seguir viéndome la cara!

Ella se echó a reír dejándole de piedra. —¿Crees que puedes retenerme?

—¡Claro que puedo! —dijo metiéndola en casa y cerrando de un portazo—. ¿Quieres que vaya al juzgado?

—¿Para qué?

—¿Cómo que para qué? —le gritó a la cara.

—Si me he quedado estos meses ha sido por si podíamos arreglarlo, pero esto ya no tiene arreglo. ¿Crees que me quedé porque me obligabas? En el mismo momento en que mi padre declaró a mi favor ya no tenías ningún poder sobre mí, excepto por nuestro acuerdo. Pero ya está bien, ¿no crees? Ya ha sido bastante de tus malos modos, de tus órdenes, de esas miradas de desprecio... —Se encogió de hombros. —Se acabó.

Vio como palidecía y se pasaba la mano por la nuca. —Creo que no has comprendido tu situación.

—Sí, si la entiendo muy bien. Ya no hay prensa que pueda manchar mi imagen si me separo de ti, ya no hay delito porque mi padre está bien, ya no hay posibilidad de parir en la cárcel. En dos meses daré a luz y entonces te quedarás a los niños. Tú pondrás este piso a mi nombre y viviré aquí, pero hasta entonces puedo ser libre y hacer con mi vida lo que me venga en gana como llevas haciendo tú siete meses.

Él enderezó la espalda. —¿Ya empiezas con tus celos?

—Celos. —Se echó a reír. —¿Celos? No cielo, no son celos. Son hechos. Una realidad que he escuchado muchas veces desde mi habitación mientras ellas se reían en el piso de arriba. —Él palideció por el dolor que intentaba disimular. —El respiradero da a mi habitación, ¿no lo sabías? Y yo que pensaba que lo hacías a propósito para torturarme. Igual sí que soy desconfiada, ¿pero celos? No, ya no. Cuando estaba desgarrada pensando que igual iría a la cárcel y que daría luz allí sí que tenía celos. Sí que estaba destrozada por lo que hacías, por cómo me tratabas, pero ahora me importa una mierda lo que hagas con tu vida. —Le miró a los ojos. —Te he amado tanto... Tanto que sentía que no podía ni respirar si no estabas a mi lado. Pero afortunadamente eso ya pasó.

—Preciosa... —Intentó coger su mano y ella se apartó de golpe como si le asqueara su contacto.

—¿Cómo se te ocurre? —preguntó asombrada—. ¿Estás loco? —Dio un paso atrás. —¿Qué es lo que pretendes ahora? ¿Seguir controlándome? ¿Crees que me voy a escapar o algo así para llevarme a los niños? No cielo, yo tengo más decencia que tú y una familia a la que no abandonaría nunca. Cumpliré el contrato. —Se volvió para irse y abrió la puerta mientras él la miraba impotente. —El lunes iré a recoger el finiquito.

Cuando salió de la casa Scott se llevó las manos a la cabeza volviéndose y vio una foto de ellos dos juntos en esos días en que todo había sido perfecto. Rabioso la cogió estampándola contra la pared.

—Tío parece que te ha pasado una apisonadora por encima —dijo Will incrédulo—. ¿Estás bien?

Él giró el vaso sobre la mesa. —No te enamores.

—No pensaba hacerlo. ¿Qué coño pasa ahora?

—Me ha dejado. —Su amigo le miró sin entender. —Se ha ido de casa.

—¿Y te sorprende? —Negó con la cabeza antes de beber. —Ya ha durado mucho más de lo

que pensaba. Tío, siete meses aguantando esa frialdad y hasta yo saldría despavorido. —Scott apretó los labios agachando la mirada. —Joder, no sé por qué te pones así si no la quieres.

—¿Qué dices?

Will sonrió. —Durante estos meses te he visto ligar con todo lo que se te ponía a tiro, no creo que hayas pensado mucho en ella. Te has divertido lo tuyo mientras tu mujer embarazada estaba en casa.

—Lo habíamos dejado —siseó.

—Sí, la dejaste en el peor momento de su vida. ¿Fue ahí cuando le demostraste cuanto la amabas? —Will apoyó los codos sobre la mesa mirándole fijamente. —Lo vi en la fiesta de Navidad de tus padres. Vi el sufrimiento en sus preciosos ojos sintiéndose observada por aquellos que la habían visto en el periódico. La obligaste a ir a la fiesta a pesar de cómo lo estaba pasando, simplemente para castigarla porque desconfió de ti. ¿Y en Nochevieja en casa de mis padres? Tuvo que ver como besabas a Joy en la entrada del año nuevo mientras ella estaba sola al lado del árbol. ¿Qué clase de amor es el tuyo que haces daño a la mujer que dices que amas? La amenazaste con la cárcel para que se plegara a tus deseos.

Scott palideció. —¿Cómo sabes eso?

Will sonrió incrédulo. —Joder, no quería creérmelo y la llamé mentirosa a la cara, pero ahora me lo has confirmado.

—No fue así.

—¡Claro que fue así! ¡Amenazaste con quitarle tu apoyo y que la prensa la crucificara! ¡El fiscal se hubiera frotado las manos metiéndola en chirona solo porque le dejasteis en ridículo en la vista para la fianza! ¿Te crees que es estúpida? Pidió asesoramiento con otro abogado y él le confirmó que tenía las manos atadas. Sobre todo porque tú eras su fiador para el juzgado y si ibas al juez para negarte ella iría a la cárcel porque no tenía un millón de dólares. Me lo pidió a mí en la fiesta, ¿sabes? Me negué por fidelidad a ti, pero tenía que habérselo dado.

—Jamás se me hubiera ocurrido...

—¿Con todo lo que hiciste, crees que ella podía retarte? La tenías doblegada a tu voluntad. Parecía un perrito al que le decías donde debía ponerse. Incluso un día vi como con una sola mirada ella se quedó muy quieta como si no quisiera molestarte. —Scott perdió todo el color de la cara. —Y lo que más me sorprendió es que cuando su padre se repuso no se largara con viento fresco.

—¡Porque me quería y quería arreglarlo!

—Por eso te digo que no pienso enamorarme. —Bebió su whisky de golpe y se levantó cabreado. —Mira tío, si quieres salir a quemar la ciudad llámame, pero no me cuentes lo que la quieres y lo destrozado que estás porque al fin a abierto los ojos. Tienes lo que te mereces y si fueras sincero contigo mismo reconocerías lo cabrón que has sido con una mujer que lo ha dado todo por ti. Por Dios, si estaba tan enamorada que firmó esa mierda de acuerdo solo por poder estar contigo. Se conformaba con darte un hijo porque era lo que tú querías. Se sentía una elegida.

Scott levantó la vista hasta sus ojos. —¿Y cómo sabes tú eso, amigo?

Will le miró sin comprender. —Me lo has dicho tú.

—Y una mierda —siseó muy tenso—. Jamás te he dicho algo así, porque era algo que reservaba para mí pues fue un momento especial entre los dos. Nunca te he dicho eso y mucho menos con esas palabras.

Su amigo se sonrojó. —Pues entonces lo habré supuesto yo con todo lo que has dicho en

estos meses.

Él se levantó lentamente. —Desde que Nadia y yo nos enfadamos no he vuelto hablar contigo de lo que sucedió entre nosotros antes del episodio de su padre, porque me retorció las tripas solo recordar los momentos que pasamos juntos y lo sabes de sobra. ¡Cada vez que sacabas el tema te cortaba! —Apretó los puños. —Serás hijo de mala madre... ¿Estás con ella? ¿Se ha ido contigo?

—Creo que estás perdiendo el norte. Cuídate, amigo —dijo con desprecio antes de volverse y salir del club.

Nadia caminó por el césped sintiendo que su corazón se le salía del pecho viendo a su padre de espaldas a ella indicándole a los chicos que había un cambio. Se sentó en un banco observándole y vio como se reía de lo que un niño le decía antes de que le pasara la mano por el cabello revolviendo sus rizos castaños. Se le puso un nudo en la garganta porque cuando era niña se lo hacía muchas veces y a ella no le gustaba nada. Sonrió con tristeza porque durante los años siguientes hubiera dado cualquier cosa porque lo hiciera de nuevo, pero no estaba allí para hacerla de rabiar ni para darle un beso de buenas noches.

Su padre se volvió y se miraron a los ojos. Él sonrió con tristeza y le dijo algo a un hombre que le sustituyó mientras su padre se acercaba a ella. Se puso nerviosa con cada paso que daba sin darse cuenta de que sus ojos se cuajaban en lágrimas. Llegó ante ella y suspiró. —Hija no llores.

—Lo siento.

—¿Crees que no lo sé? —Se sentó a su lado. —Me alegra que estés aquí. —Miró su vientre. —Estás preciosa.

Ella agachó la mirada muy avergonzada por lo que había hecho.

—Estoy muy bien. Tu novio buscó a los mejores especialistas del país para que me trataran. De hecho estoy mejor que antes porque me han cambiado el tratamiento. Mañana tengo revisión y estoy seguro de que todo va estupendamente.

Le miró sin entender. —¿Te siguen tratando?

—Claro, tengo revisión cada dos meses. Scott se encarga de todo y sé por el doctor que le ha preguntado por mi evolución.

—¿De veras?

—Sí, el doctor me pidió permiso por la privacidad y eso. ¿Ocurre algo, pequeña? —preguntó preocupado—. Parece que no sabes nada de esto.

Entonces se dio cuenta de que Anne no le había contado nada por no preocuparle. —No, claro que no. Es que Scott siempre me sorprende.

Él sonrió. —Parece un buen hombre. Según me ha contado tu madre cuidó de todos cuando tuve la estúpida idea de presentarme en tu trabajo.

—No fue estúpida —susurró mirando sus manos.

—Sí que lo fue. Tenía que haberlo hecho en otro momento y no haberte forzado a ello. No era ni el momento ni el sitio adecuado para un reencuentro.

Sonrió con tristeza. —Anne puede ser muy convincente.

—Decía que estabas tan feliz con Scott que no te afectaría. Que era el momento perfecto. No podía estar más equivocada. Casi arruino tu vida.

Le miró a los ojos. —No fue culpa tuya que te empujara. Yo soy la responsable de mis actos. No te atribuyas lo que no te corresponde.

Su padre sonrió. —Que orgulloso estoy de ti.

—¿De mí?

—Mira hasta donde has llegado. Con quien vas a casarte... Tu madre hizo un buen trabajo.

Le miró a los ojos. —¿Por qué?

Sonrió con tristeza. —Al fin la pregunta que he temido todos estos años. —Cogió su mano. —Lo que te voy a decir te va a doler, cielo. Pero la realidad es que a pesar de que me moría por veros, a pesar de que os quería con toda el alma, no era capaz de miraros a los ojos y ver el dolor de mi abandono. Y esa cobardía aumentó con cada semana, cada mes que pasaba hasta que pasaron años y llegó un punto que hubiera sido injusto para vosotros. Pero Anne apareció de nuevo en mi vida y ya sabes como es.

Con lágrimas en los ojos asintió. —¿Te insistió mucho?

—Es como un martillo pilón. —Nadia se echó a reír a carcajadas porque no podía haberla descrito mejor. —No paraba de hablar de vosotros y yo encantado, la verdad. Al final me dejé liar.

—Siento haber reaccionado así.

—Lo mismo digo, cielo. —Acarició su cabello y la abrazó a él. —He soñado con este momento tantos años... —La besó en la frente y sonrió apartándola. —Ahora dime la verdad.

—¿Qué?

—Tus ojos no tienen la alegría de siempre y quiero saber la razón.

—¿Cómo sabes eso? ¿Me espiabas? —preguntó emocionada.

—A veces te veía salir del colegio. Después ya era más difícil pillarte porque en la universidad tenías unos horarios de locos. Con tu hermano fue más fácil.

—Papá...

—Venga, cielo... Vamos a comer un helado y me cuentas.

—Ya no tengo seis años —dijo con tristeza.

—Lo sé, pero déjame mimarte como si los tuvieras, ¿quieres?

—¡No señor, no puede pasar!

La puerta se abrió y Scott se tensó al ver al padre de Nadia entrando en su despacho y por su cara estaba furioso. —Judith cierra la puerta.

—Sí, señor Norwood.

En cuanto su secretaria cerró la puerta se miraron a los ojos. —¿Que estás haciendo con mi hija?

—¿La has visto? —preguntó sorprendido.

—Ayer pasé la tarde con ella y he tenido una conversación muy interesante —dijo entre dientes—. ¿Qué estás haciendo con mi hija? —gritó más alto.

—Ya nada porque se ha ido. Ahora si me disculpas tengo mucho trabajo —dijo agachando la mirada.

Entrecerró los ojos viendo como quería huir de esa situación. —No lo hagas, Scott.

—No sé de qué me hablas.

—¿No lo sabes? ¡Te lo diré yo ya que soy un experto en huir de los que he hecho daño! ¡Y eso estás haciendo, huir cuando lo que tienes que hacer es luchar por recuperarla! ¡Tienes que luchar por ella si es que aún te importa!

—¡Métete en tus asuntos que bastante tienes! —gritó rabioso levantándose—. ¡Tú no eres

nadie para darme lecciones!

—Todo lo contrario. —Se acercó y pasó la mano por la mesa barriendo todos los papeles que había en ella y Scott le fulminó con la mirada. —Si no haces algo ahora, si dejas que se aleje de ti y no te disculpas por ser un idiota, te vas a arrepentir el resto de tu vida porque ella siempre estará presente gracias a tus hijos y puede que en el futuro encuentre un hombre que sí que la haga feliz. ¿Sabes lo que es sufrir? Amar con todas tus fuerzas a alguien que nunca podrás tener y tú estás a punto de llegar a ese momento. Pregúntale a tu amigo Will de que hablo.

Scott impotente apretó los puños viendo como salía de su despacho.

Capítulo 13

Nadia muy nerviosa se apretó las manos caminando de un lado a otro. —¿Y si no viene?

Will se sentó en el sofá. —Claro que va a venir. —Reprimió la risa. —Sobre todo después de que tu padre le haya rematado. Además, el detective que lleva siguiéndome todo el día seguro que ya le ha llamado para comunicarle tu presencia en mi casa. Ese está a punto de caer por aquí como me llamo William Carter Appleton. ¿Por qué no te acercas un poco? Si estás en el otro extremo de la habitación no va a parecer que tengamos un romance. —Dio dos palmaditas en el sofá. —Ven aquí, cielito.

No pudo evitar sonreír y se acercó de inmediato sentándose a su lado. —De todas maneras tendrás que levantarte a abrir la puerta...

—Con el cabreo que debe tener igual la tira abajo. Debemos estar preparados. —Cogió uno de sus rizos. —¿Sabes que eres preciosa?

Le pegó una palmada. —Las manos quietas.

Su amigo se echó a reír a carcajadas. —Así que unos besitos están descartados.

Rio sin poder evitarlo. —Serás sinvergüenza.

—Ese soy yo, el sinvergüenza. —Escucharon un ruido tras la puerta principal y se miraron con los ojos como platos. —Acabo de recordar algo. —La cogió por la cintura y la pegó a él para plantarle un beso en los morros. Ella gimió intentando empujarle por los hombros cuando escucharon un rugido que la sobresaltó antes de que Will la soltara y dijera —Amigo, cuando te di la llave de mi casa era para emergencias.

Con los ojos como platos giró la cabeza para ver a Scott que daba un paso hacia ellos con cara de querer arrancarles la cabeza. —Serás hijo de puta.

—¿Scott? —preguntó asustada porque sus ojos querían sangre.

—Preciosa será mejor que te apartes —dijo Will por lo bajo.

Jadeó levantándose casi de un salto justo antes de que Scott se tirara sobre Will haciendo que el sofá volcara al otro lado. —¡Oh Dios, oh Dios! —Rodeó el sofá para ver cómo se pegaban. —¡Scott, estate quieto!

—¡Te voy a matar! —Pegó un puñetazo a Will que le volvió la cara.

—¡Scott! ¡No ha hecho nada!

Levantó la vista hacia ella. —¡Te estaba besando! ¡Lo he visto con mis propios ojos! —Le pegó un puñetazo a su amigo en el estómago que lo dobló.

Nadia puso los ojos en blanco porque Will solo intentaba repeler los golpes. —¿Quieres defenderte, idiota? ¡Te va a matar! —Miró a Scott. —¿Y a ti qué te importa con quien me bese?

Scott cogió por la pechera a su amigo y le levantó hasta su rostro. —Si no fuera por la amistad de todos estos años...

—Besa muy bien.

—¿Will estás loco? —Decidida fue hasta Scott y le agarró de los pelos cuando iba a pegarle otro puñetazo. —¡Suéltale!

—Nena, déjame que...

—¡Estoy embarazada, como me des un golpe sin querer no vuelvo a hablarte en la vida!

¡Suéltale!

Sorprendido giró la cabeza. —¿Le defiendes?

—¡Sí! ¡Yo con mi vida hago lo que me da la gana! —le gritó a la cara.

Él soltó a su amigo tirándole en el suelo y se levantó sin quitarle ojo. —¿Querías besarle? —preguntó suavemente poniéndole los pelos de punta—. ¿Querías besar a Will? ¡A mi mejor amigo!

—Esas cosas no se controlan.

—¡Yo sí que estoy a punto de no controlarme!

—Pues no tienes pinta, la verdad —dijo su amigo desde el suelo.

—¡Cierra la boca! —La señaló con el dedo. —¿Estás saliendo con él?

—¿Qué puedo decir? Me ha encandilado.

La mejilla de Scott tembló. —¿Qué has dicho?

—Cielo, ¿te tiembla el ojo?

—¡La tierra va a temblar como no me contestes!

Se sonrojó ligeramente. —Es que las embarazadas necesitamos...

—Sexo, las embarazadas necesitan sexo con eso de las hormonas alteradas y me he ofrecido a ayudarla con mucho gusto.

Scott se puso rojo de furia. —¡Pues si quieres sexo pídemelo a mí!

—Pero si no me das ni la hora. —Chasqueó la lengua. —Ah, no. Además a saber con quién has estado. —Arrugó su naricilla. —No me fío.

—¡Nadia! —Nervioso se pasó la mano por su cabello despeinado. —¿Y de él si te fías?

De repente sonrió. —Se ha hecho un análisis. ¿A que es genial?

—La madre que... —Se volvió y cogió a su amigo del suelo. —¡Como le toques un pelo te mato!

—Sí, creo que eso ya me ha quedado claro. Chico yo lo hacía por tu bien, para que los niños no se estresaran.

—Ah, que para colmo tengo que dar las gracias. —Le pegó un puñetazo en el estómago que le dobló. —Gracias amigo.

—¡Scott! ¡Ya está bien! —Él se volvió y la cogió por la muñeca tirando de ella. —¿Qué haces?

—¡Nos vamos a casa!

—Ah, no. —Ella se agarró al marco de la puerta justo cuando salían y Scott se detuvo por no tirar más de ella. —Yo me quedo.

—¡Y una leche! —Cogió su mano y ella se agarró con la otra. —Nena, estoy perdiendo la paciencia.

—Me importa un pito. —De repente se echó a llorar. —Tú no me quieres.

Scott palideció. —Joder nena, no llores. Sí que te quiero.

—¡Mentira! ¡Si me hubieras querido no me hubieras tratado así, no te hubieras acostado con esas!

—¡Estaba cabreado! ¡Ya no éramos pareja!

Le miró con una profunda tristeza en los ojos que le rompió el alma. —Nena...

—Tú no me quieres. —Salió corriendo y él en shock no pudo ir tras ella.

—Joder tío, hay que ser gilipollas. Solo le acabas de confirmar que no la quieres. —Will puso el sofá en su sitio y se pasó la mano por la barbilla.

—Dios, ¿qué he hecho?

—Cagarla básicamente. ¿Una copa?

—La he perdido. —Se llevó las manos a la cabeza. —La he perdido.

Will apretó los labios viendo la tortura en su rostro. —¿Quieres recuperarla? —Le miró desesperado y su amigo sonrió. —Dale algo que no pueda rechazar. Dale la vicepresidencia.

Desmoralizado dejó caer los hombros. —No la aceptará.

—Claro que sí, porque tendrá la oportunidad de torturarte por lo que has hecho. Te va a hacer pagar todas esas mujeres que llevaste a casa.

—¿De veras crees que me acosté con alguna? —Will dejó caer la mandíbula del asombro. —Sabía de sobra que me escuchaba, lo hice para vengarme.

—¿Estás loco?

—Sí, estoy loco. —Se sentó en el sofá y apoyando los codos sobre las rodillas se pasó la mano por su cabello. —¿Sabes lo que es estar en la cuerda floja? —Su amigo asintió. —Así me he sentido yo desde que la besé la primera vez. —Miró al vacío recordando. —Me enamoré en cuanto mis labios se posaron en los suyos porque fue como si todo encajara. —Hizo una mueca. —Pero nada encajaba en absoluto.

—Se suponía que era lesbiana.

—Exacto. Me estaba volviendo loco y en Aspen tuve que preguntárselo. Y cuando no lo negó, joder, cuando no lo negó pensé que el mundo se me caía encima, pero la deseaba tanto que me dije que lo hacía por el niño. Que la deseaba por el niño y que todo eran imaginaciones mías.

—Yo sabía que ya estabas colgado.

—Sí. —Sonrió con tristeza. —Eres más listo que yo.

—Pero dejaste que se fuera porque pensabas que estaba hecha un lío.

—Me costó muchísimo, la verdad. Fue como si se me desgarrara el alma, pero cuando me enteré de que todo había sido una farsa de Anne y le pedí matrimonio, iba en serio. Me negaba a perderla cuando todo se había resuelto. Me quería y todo al fin encajaba. Conseguiría que me aceptara a pesar de que no confiaba en mí por mi pasado. Lo tenía que conseguir. Y durante unos días fue perfecto.

—Y pasó lo de su padre.

—Me volví loco creyendo que se moría y que Nadia acabaría en la cárcel. Cuando dije que era su prometido ni lo pensé, me salió de dentro porque la consideraba mía. El médico nos dijo que debían tener cuidado con la medicación que le suministraban por su embarazo y ni me dio tiempo a alegrarme porque casi me muero de la impresión creyendo que daría a luz en la cárcel. Revolví cielo y tierra para conseguir que saliera indemne y cuando me acusó de haberlo hecho todo por el niño... Cuando me enteré de que sabía que estaba embarazada y no me había dicho nada porque no se fiaba de mí... —Se pasó la mano por los ojos.

—Fue como si un cuchillo te traspasara el corazón —dijo su amigo con pesar.

—Lo había dado todo por ella, había expuesto mi reputación, mi apellido, la empresa estaba en boca de todos, la prensa me acosaba y ella me acusó de querer quedarme con el niño —dijo incrédulo—. No sé lo que se me pasó por la cabeza. La traición ni me dejaba pensar en que estaba mal, que simplemente había dicho esas cosas porque estaba asustada por todo lo que estaba ocurriendo. Me enfurecí y no vi más allá

—E hizo todo lo que le exigiste.

—La seguía presionando con el acuerdo sobre el niño y ella no decía nada. No le di opción para que pudiera largarse. Cualquier orden mía la cumplía en el acto por miedo a acabar en prisión. Besé a Joy para hacerle daño, lo reconozco, porque algo en mi interior quería que

sufriera como había sufrido yo. Pero cuando se recuperó su padre no me abandonó. —Se miró las manos. —Y eso me enfureció más.

—¿Por qué?

—En una cena con mis padres, mi padre la alabó muchísimo por un negocio que había cerrado. Eso me hizo creer que si aguantaba a mi lado era por su ambición. Estaba seguro de que lo hacía por la vicepresidencia. Ya pensaba lo peor de ella, me convencí a mí mismo de que ya no me quería porque me hacía sentirme mejor. Así que empecé a salir. Disfrutaba llevándome mujeres a mi habitación y las provocaba para que las escuchara —dijo con desprecio—. Tenías que verles la cara cuando les decía que no me encontraba bien y que era mejor que lo dejáramos para otro día. Ilusionadas porque volviera a llamarlas se iban sin protestar. —Le miró a los ojos. —¿Y después de todo lo que he hecho que solo demuestra que no la quiero, pretendes que le ofrezca la vicepresidencia?

Will sonrió. —¿No piensa que eres un desalmado? ¿Que no la quieres? Muéstrale esa cara que conoce tan bien de ti. Muéstrale al empresario del que se enamoró. Negocia, Scott. Has llegado a un punto en el que tendrás que ser despiadado. Solo necesitas una buena oferta. Algo que no pueda rechazar y que se quede a tu lado el tiempo suficiente para recordar por qué te ama tanto y que perdone tus meteduras de pata.

—¿Y si no lo consigo?

—Si no lo consigues tendrás que esperar a que nazcan los niños y se ablande un poco al ver cómo eres como padre. Eso siempre las entenece.

—Joder, no pienso hacer eso. No pienso utilizar a mis hijos.

—Pues tendrás que luchar en un terreno que conoces muy bien. En igualdad de condiciones. Pon ante ella un trabajo que la motive, algo que sea irresistible.

Los ojos de Scott brillaron y sonrió. —Gracias amigo.

—Veo que te he ayudado.

—Algún día te devolveré el favor.

—Eso no lo dudo.

Nadia salió del ascensor y se quedó de piedra porque habían hecho obras. Miró hacia atrás para ver que encima del ascensor ponía planta veinticuatro. Sí, era allí. Confundida caminó hasta una mujer que estaba tras una mesa justo ante el ascensor y estaba hablando por teléfono. Sonrió antes de tapar el auricular. —Estoy con usted en un minuto. —Y dijo al auricular —Sí, Carla, el número veintisiete. Ese es mi color de uñas. —Nadia dejó caer la mandíbula del asombro. ¿Qué estaba pasando allí? —No, el vestido será rojo y las uñas deben ir del mismo color. Ya te lo dije en la despedida de soltera. ¿Plateado? Ni hablar.

Nadia perdiendo la paciencia alargó la mano y pulsó el botón del teléfono. Ella la miró sorprendida. —Oye maja, ¿tú cómo te llamas? —Leyó la placa sobre la mesa. —¿Shelby?

—¿Cómo se atreve?

Ella levantó la mano interrumpiéndola. —Shelby, bonita... Vete recogiendo tus cosas.

—¿Cómo ha dicho?

—¡Qué te largues! —le gritó a la cara.

La mujer jadeó indignada y Nadia acariciándose el vientre murmuró furiosa yendo hacia su derecha, pero de repente se detuvo fulminándola con la mirada. —¿Scott está por aquí? ¿O también se ha cambiado de sitio?

La mujer asombrada negó con la cabeza. —¡Bien, y no te dejes nada!

Caminó como si fuera a la guerra por un pasillo de mármol que antes no estaba allí para ver que el espacio se abría y había tres mesas. Una de ellas estaba vacía. Dos secretarias estaban entre sus mesas con una taza de café en la mano charlando y soltando risitas estúpidas. Asombrada miró el reloj. Si no estaba equivocada eran las diez de la mañana. Carraspeó acercándose y ambas la miraron. ¿Quiénes eran esas? No las había visto en la vida. Al darse cuenta de que eran monísimas gruñó por dentro antes de carraspear de nuevo. —¿Interrumpo algo?

—Oh, no... Por supuesto que no —dijo una morena con piernas kilométricas—. ¿Quería algo?

—Sí —dijo como si fuera idiota sonrojándola—. Quiero ver a Scott.

—Oh... —dijo como si fuera una desgracia—. El señor Norwood está muy ocupado.

—¿No me digas? Entonces debe haber un error porque tenía cita a las diez en punto para reunirme con él y sus abogados.

—Oh, es la señorita Breemer.

—¡Sí! Normalmente cuando entra alguien hay que preguntar el nombre a ver si tenía cita o no —dijo con ironía.

Las secretarias se sonrojaron antes de sentarse a toda prisa. —Enseguida le paso.

—No te molestes, guapa —dijo entre dientes yendo hacia la puerta que ponía presidencia. Entonces se detuvo en seco mirando la puerta de al lado, ¿vicepresidencia? Antes estaba al otro lado del ascensor. Frunció el ceño mirando la mesa vacía que debía ser de la secretaria. Al parecer había habido muchos cambios en las dos semanas que no había pasado por allí. Abrió la puerta olvidándose del tema y su corazón saltó al ver a Scott tras su mesa obviamente agobiado de trabajo porque se había remangado la camisa y aflojado la corbata como cuando estaba estresado. Tenía una cantidad enorme de papeles sobre su mesa y hablaba por teléfono mientras leía algo que tenía en la pantalla. Frunció el ceño porque hacía mucho calor allí dentro, lo que indicaba que aquellas estúpidas no habían puesto el aire acondicionado. A él le gustaba trabajar a una temperatura de veintiún grados y debían estar a más de treinta. Le iba a dar algo. Buscó el termostato que afortunadamente estaba en el mismo sitio y lo programó. Scott reprimió una sonrisa haciendo que no lo había visto. —¡No! No voy a ir a Houston porque no sepas hacer tu trabajo. Si no eres capaz de conseguir resultados, encontraré a alguien que sí esté a la altura.

Bien dicho, dijo para sí mientras colgaba el teléfono con rabia y ella se sentaba ante él dejando el bolso a un lado. —¿Un mal día?

Él gruñó. —Podría ser peor. —Miró su reloj. —Ya son las diez. ¿Dónde están esos inútiles?

—¿Esas tenían que avisarles? Porque no tienen pinta de saber hacer su trabajo, la verdad. ¿Quién las ha contratado?

—¡Recursos humanos!

—Bueno, da igual. Estoy aquí después de amenazarme con futuras demandas incomprensibles si no me presentaba. Si no vienen tus abogados no es mi problema. ¿Qué ocurre?

Se la quedó mirando fijamente y Nadia se puso algo nerviosa. —¿Scott?

—Hay que hacer un ajuste en el acuerdo.

Eso sí que la dejó de piedra. —¿Qué tipo de ajuste?

—La cláusula en el caso de que yo fallezca.

Separó los labios sin entender. —Tus padres...

—Ellos no quieren hacerse cargo. Mi padre se ha puesto hecho un basilisco cuando se ha enterado.

—¿Se lo has dicho? —preguntó atónita. Atónita y avergonzada porque se enterara de aquello. ¿Qué iba a pensar de ella?

—No, nena. No se lo he dicho. —Uff, menudo alivio. —Pero sí le he dicho que en caso de mi fallecimiento él tendría que ser el tutor de los niños para que proteja su fortuna.

Sus ojos brillaron. —¿Y no ha querido?

—Dice que te encargues tú, que eres muy capaz de llevar la empresa y criar a los niños.

—¿De verdad? —preguntó encantada—. Qué mono es tu padre. Desde el primer momento supe que me adoraba.

Él gruñó. —Así que todo pasará a tus manos como albacea de su fortuna. —Miró a su alrededor. —¿Dónde coño estaban los dichosos papeles?

La verdad es que allí no iba a encontrar nada. Menudo desastre.

—Aquí están. —Le pasó una carpeta y ella la abrió. Sintiéndose observada lo leyó tan aprisa como pudo deteniéndose en seco en la cláusula veintiuno. Asombrada levantó la vista hasta él. —¿Tengo que aceptar la vicepresidencia?

—¿Cómo vas a llevar el negocio si no estás en él?

Ella suspiró porque tenía razón. Se mordió el interior de la mejilla pensando en ello. Era el futuro de sus hijos y le gustaba su trabajo, pero trabajar con él... —¿Por qué has cambiado la oficina? —preguntó fastidiada. Al menos si estuviera más lejos no tendría que verle la cara todos los días.

Él levantó una ceja sabiendo perfectamente lo que pensaba. —Porque encargué las obras antes de que te fueras y como sabes muy bien tenía un viaje a Londres la semana en que te encontré con Will, ¿lo recuerdas nena? ¡Cuando llegué ya habían empezado! —dijo entre dientes.

Frunció el ceño. —Eso no contesta a mi pregunta. ¿Por qué encargaste las obras?

—¡Porque me dio la gana!

Nadia reprimiendo la risa se mordió el labio inferior. —¿Y dónde está Judith?

—¿Quién?

—Judith. Tu secretaria después de Anne.

—Se ha roto la cadera. Una mala caída.

—Vaya, parece que te persigue la mala suerte.

—¿A mí? ¿Firmas o no?

—Tendré que pensarlo. —Se levantó con los papeles en la mano.

—¿Cómo que tienes que pensarlo? ¿Qué más quieres?

Ella se volvió poniendo la mano en la cintura. —¿Te crees que soy idiota?

—No tengo ni idea de lo que hablas.

—No habías encargado las obras antes. ¡Yo me habría enterado! Si no puedes servirte ni un café por ti mismo.

—¡Nena! —exclamó ofendido.

—¿Qué objetivo tienes al poner la que será mi oficina aquí al lado? ¡Camelarme nada más! Me has puesto la herencia de nuestros hijos ante las narices para que me pliegue a tus deseos, pero esto ya no va así. Si quieres que vuelva a trabajar... —¿Pero qué estaba a punto de decir? Chilló de la rabia. —¡No quiero trabajar contigo! ¡Si no quiero ni verte!

Scott sonrió reclinándose en su sillón. —Un millón de beneficios anuales.

Se le cortó el aliento. —¿Qué?

—Aparte del sueldo, las vacaciones y las acciones que conlleva el cargo, obtendrás esa prima. Si cumples con el objetivo de un incremento de un dos por ciento anual, por supuesto.

Dio un paso hacia él sin poder creérselo. —¿Quieres que aumente los beneficios de la empresa un dos por ciento?

—Doscientos millones al año. Si lo consigues obtendrás esa prima. —Sonrió malicioso. —No creas que es fácil. Sudó sangre todos los años para llegar a ese objetivo.

Los preciosos ojos de Nadia brillaron. —¿Podré viajar?

Él frunció el ceño. —Bueno, eso ya lo iremos viendo.

—¿Podré viajar? —preguntó más alto.

Gruñó mirando su embarazo. —Una semana al mes como mucho.

Nadia se lo pensó. —No, mejor nos olvidamos que luego esto enturbia nuestra relación.

—¿Más? —preguntó alterado levantándose.

—¡Sí, más! —Se volvió para irse.

—Nena, te quiero, ya no sé qué hacer. —Se detuvo en seco sintiendo un nudo en la garganta por la desesperación de su voz. —Sé que he sido un cabrón contigo y que puede que nunca me perdones, pero te juro que te quiero. Y haré cualquier locura que se me pase por la cabeza si existe la posibilidad de que vuelvas a mi lado.

—Pues sigue pensando porque esto no ha colado.

Salió del despacho y Scott sonrió. Bueno, no había ido mal del todo. Frunció el ceño. ¿Cómo que no había ido mal? Había ido fatal y se había gastado una fortuna en aquella reforma en tiempo récord. Gruñó volviendo a su asiento y cogió el teléfono. —Will fracaso total.

—¿Cómo puedes ser tan desastre? Te me estás cayendo, Scott.

—Qué gracioso.

—Menos mal que mi hermana nos va a echar un cable con sus sugerencias. Necesitamos un punto de vista femenino.

—¿Tu hermana? ¡No habrá pensado que le dé celos con ella! Nada de celos que luego se cabrea. ¡Todavía más! ¡Y no quiero hacerle más daño!

—Tranquilo, tú déjame a mí.

Capítulo 14

Lloraba a moco tendido viendo de nuevo el video donde su hombretón se rompía diciendo que la amaba, mientras Anne y su padre dejaban caer la mandíbula del asombro. Cuando terminó detuvo el DVD y les miró. —¿Qué opináis?

—¿Y esta mañana te ofreció la vicepresidencia? —preguntó Anne divertida.

—Tenías que haber visto como dejó la oficina. ¡Está preciosa!

—Me muero por verla.

—Ese Will es un poco pervertido, ¿no? —preguntó su padre mosqueado—. Tener cámaras en su casa para luego entretenerse cuando se aburre con las grabaciones de sus amantes... Niña, ni te vuelvas a acercar a él.

Sonrió sin poder evitarlo. —Papá encima que me ha hecho el favor.

—Will es un buen amigo. Quiere que estén juntos. —Anne la cogió por los hombros y la pegó a ella. —¿Qué va a hacer ahora?

—Pues... toca Aspen.

—¿Aspen?

—Se les ha ocurrido que en algún momento me llamará para decirme que su casa de Aspen tiene una avería y que nadie puede ir. Que él tiene una reunión importantísima para así hacerme una encerrona allí. —Su teléfono sonó en ese momento y chilló corriendo hacia su bolso. Poniéndose seria contestó —¿Qué quieres?

Su padre puso los ojos en blanco mientras Anne soltaba una risita. —¿Y no tienes a un empleado que pueda ir hasta allí? ¿Y aquella mujer? ¿Se ha muerto? Sí, ya me dijiste que estaba delicada, ¿pero tanto? ¿Y si nadie va por allí cómo sabes que hay una avería? ¡Cariño, estoy embarazadísima y tus hijos hoy están muy pesados! ¡Busca otra excusa! —Gimió colgando el teléfono.

—Con lo inteligente que parece —dijo su padre atónito—. Si buscas una excusa que sea buena.

—Está desesperadito, el pobre. —Anne entrecerró los ojos. —Y la niña no ayuda nada porque sabe cada paso que da su chico con ese espía que tiene. No va a sorprenderla nunca y eso es injusto para él.

—No quiero ir a Aspen, me siento muy incómoda. —Sus ojos se llenaron de lágrimas. —Igual es que no quiero arreglarlo.

—Cielo, no es eso. Lo que ocurre es que estás hambrienta y con las hormonas disparadas.

—¡Será cabrón! —gritó Scott furioso haciendo que su secretaria saliera despavorida mientras él apretaba el teléfono con fuerza—. ¿Que le ha dado un video donde lo confieso todo? ¿Me ha grabado? —Frunció el ceño. —¿Y ella cómo se lo ha tomado?

—¿Ella? No sé qué decirte, pasa del llanto a la furia y a quejarse de lo incómoda que está embarazada tan rápido, que es un horno lleno de emociones a punto de explotar. Lo que me deja de piedra es el extraño juego que tiene vuestro amigo entre manos. Creo que se divierte

mareándote —susurró Anne al otro lado de la línea. Estiró el cuello para ver como su niña comía lasaña en la cocina acompañada de su padre. Parecía que se la iban a quitar de la boca.

—Le voy a...

—Ah, ah. No vas a hacer nada.

Scott entrecerró los ojos.

—Lo que vas a hacer es utilizarle para sorprenderla de veras. ¡Y ya puedes hacer un buen trabajo para demostrarle cuanto la quieres porque todo esto se te da fatal! Mira que no quería entrometerme, pero es que me obligáis, leche —siseó antes de echar un vistazo a la cocina para ver que la miraba. Sonrió como una loca—. Es de la tienda, que ya no les queda la leche que le gusta a tu padre.

—No pasa nada, cielo. Cualquiera vale.

Se giró y susurró —¿Has decorado la habitación de los niños?

—Sí. Una decoradora...

—No me cuentes tu vida. ¿Se la has enseñado?

—Sí.

—Mierda. —Entrecerró los ojos porque la niña no le había dicho nada. —¿Le ha gustado?

—Ella la quería de blanco.

—Pues ponte a pintar. —Colgó el teléfono y vio que Nadia tenía el tenedor en alto. —Vaya, tengo que pintar esta pared.

—Ya lo haré yo, preciosa —dijo su marido mirándola con amor.

Ese era un hombre. Hizo una mueca acercándose pensando que había costado un poco que se decidiera. Esperaba que su niña no tuviera que esperar veinte años a que Scott se espabilara.

Uff, la lasaña que mal le había sentado. Tenía unos ardores que se moría. Eructó con fuerza y se puso como un tomate cuando su vecina de asiento que era una ancianita la miró con asombro. —Estos niños no me dejan vivir. Son dos, ¿sabe? Están algo apretaditos.

Afortunadamente le sonó el teléfono y aliviada vio que era Will. —¿Dime? ¿Qué se le ha ocurrido ahora?

—¡Pintar! ¿Eso se le ha ocurrido?

—¿Qué? —Jadeó llevándose la mano al pecho. —¡Va a pintar un retrato mío!

—Qué retrato ni que... ¡Se le ha ocurrido pintar la habitación de los niños de blanco! ¡Se ha caído de la escalera y se ha roto una pierna!

—Ay madre... —Se levantó en el acto. —¿Está bien?

—Está en el Sinaí y le deben estar haciendo mucho daño porque suelta unos gritos que le oigo desde la sala de espera. Así que sí, está bien.

Miró el teléfono como si fuera idiota antes de colgar e ir hacia la puerta del metro poniéndose el teléfono al oído de nuevo. —¿Mamá? No voy de momento. Scott se ha roto una pierna. Sí, ya te contaré. —Colgó impaciente por llegar a la siguiente estación. —Este hombre me da unos disgustos... —dijo entre dientes.

—Y lo que te queda, bonita —dijo la mujer divertida—. Te lo digo yo que llevo casada cincuenta y seis años.

Asombrada la miró. —¿Y cómo lo ha hecho?

—Armándome de paciencia.

Caminó tan aprisa como podía pasando las puertas de cristal para llegar sujetándose el vientre a la sala de espera. Will estaba sonriendo a una enfermera con la que estaba charlando y ella gruñó acercándose. —¿Will? ¿Qué haces? —La enfermera se volvió sorprendida y cuando vio su bombo salió por patas sin despedirse.

Su amigo hizo una mueca. —Gracias por espantármela.

—De nada. —Miró a su alrededor. —¿Es por ahí? —preguntó señalando una puerta.

—Sí, pero... —Ella decidida fue hasta allí y empujó las puertas. —¡Qué no puedes pasar!

—A ver quién me detiene. —Pasó por una especie de pasillo que dio a una gran sala llena de camillas que podían ser separadas por cortinas. Varias estaban ocupadas, pero no veía a Scott.

—Joder, ¿es que no saben hacer su trabajo?

Sonrió al escuchar a Scott y corrió hacia una puerta que había al fondo. Dos enfermeras intentaban sujetarle mientras un doctor tiraba de su tobillo con un golpe seco. —Me cago en la...

—¡Cariño!

Scott levantó la cabeza y suspiró del alivio antes de dejarse caer sobre la camilla. —Estás aquí.

Se acercó a toda prisa y casi empujó a la enfermera para hacerse sitio. —¿Qué ha pasado?

—Al bajar de la escalera me salté uno de los peldaños.

—Pasa más de lo que cree —dijo la enfermera que tenía en frente con una sonrisa en el rostro.

—¿Acaso le pregunto a usted? —Mosqueada por el canalillo que mostraba su bata gruñó por lo bajo. Miró a Scott. —¿Estás ligando con esta?

—¿Cómo se te ocurre pensar algo así?

—¡Será por algo!

—Señora intento curar a su marido.

—Oh, no es mi marido. —Miró al doctor y se quedó de piedra porque era guapísimo. Soltó una risita. —Solo soy la madre de sus hijos.

—Pues es un hombre con mucha suerte —dijo lisonjero haciéndola sonrojarse de gusto.

—Sí —dijo Scott entre dientes—. ¡Tengo mucha suerte porque es mía!

—Cariño eso no era parte del acuerdo.

—Nena déjate de acuerdos que estoy a punto de... ¡Ay!

—¡Oiga no le haga daño! —protestó preocupada antes de mirar la pierna que tenía una protuberancia debajo de la rodilla que ponía los pelos de punta—. ¿Cariño? —Asustada cogió su mano.

—No pasa nada.

—Bueno, que no pasa nada... —dijo el traumatólogo—. Igual hay que operar.

—¿Operar? —preguntó asustada—. Oiga, ¿usted sabe lo que hace?

—Bueno, estoy en prácticas, pero...

—¡Ay amor, que este te deja cojo! ¿Dónde está el mejor médico que arregle estas cosas?

—¡Nena, no te pongas nerviosa que estás embarazadísima y me pones nervioso a mí!

—La culpa es de este que no sabe lo que hace. Voy a llamar al doctor Nauman —dijo a toda prisa.

—¿No confían en mi criterio?

—¡No! —contestaron los dos a la vez fulminándole con la mirada.

Él levantó las manos como si no se lo creyera y le hizo un gesto a la enfermera para que

saliera de la sala.

—Tranquilo cariño que esto lo arreglo yo.

Se puso el teléfono al oído y sintió que algo recorría sus piernas. Asustada miró hacia abajo y Scott levantó la cabeza de la camilla mosqueado por su expresión. —¿Qué? ¿Qué pasa?

—Nada. —Forzó una sonrisa. —¿Doctor Nauman? ¡Scott se ha roto una pierna! —Le fulminó con la mirada. —¡En el peor momento! ¿Puede venir al Sinaí? Aquí hay un doctor que no sabe lo que hace y... —Se volvió y susurró —Y si de paso recoge a mi ginecóloga mejor que mejor. Se llama Stayce Chapman y tiene la consulta en la... Oh sí, es verdad que me la recomendó usted. Dese prisa, ¿quiere? Ya he roto aguas.

—¿Has roto aguas? —gritó él sentándose de golpe haciéndola gemir.

Se volvió preocupándose cada vez más. —¡La culpa es tuya que has puesto nerviosos a los niños!

Se miraron a los ojos. —¿Estás bien? —preguntaron a la vez.

Scott sonrió. —Nena, no te voy a dejar sola.

—Pero tu pierna...

—Esto es más importante. —Cogió su mano y ella se emocionó. —No llores. Al fin están aquí.

—Pero precisamente ahora, tu pierna, la empresa...

—Shussss... Esto es más importante. Tú eres lo más importante.

Se dio cuenta que eso era lo que siempre había querido oír de sus labios. Necesitándole se tiró sobre él para abrazarle. —Lo siento.

—Joder nena, no te disculpes cuando toda la culpa ha sido mía. —La pegó a él enterrando su cara en sus rizos rubios. —Todo va a salir bien. No te asustes.

Cerró los ojos. —Te amo.

—¿Incluso después de lo que ha pasado? ¿De lo que he hecho?

Sonrió sin poder evitarlo. —Incluso después de todo lo que me has hecho y yo te he hecho a ti. —Se apartó para mirarle a los ojos.

—Tú eres perfecta.

—Bueno, tengo mis momentos.

Scott sonrió y acarició su mejilla. —Te amo. —Ella cerró los ojos disfrutando de sus palabras y de su tacto. —Te necesito tanto...

Ella gimió doblándose y llevando la mano a su vientre. Scott palideció. —Que venga un médico...

—No pasa nada.

—¿Que no pasa nada? ¡Si estás tan blanca como la pared que estaba pintando!

Ella sonrió. —¿La pintabas por mí? Te quiero.

—Sí, pero siéntate no vaya a ser que te caigas. —Se apartó haciéndole espacio gimiendo de dolor. —Hostia... ¿Es que aquí no trabaja nadie? ¡Un médico!

Una chica metió la cabeza y frunció el ceño mirando a uno y después al otro. —¿Y su doctor? Leche, ¿está de parto? —Se giró como si buscara a alguien y gritó —¡Eh, inútil! ¡Que la parienta de tu lisiado ha roto aguas! —Se volvió sonriendo de oreja a oreja. —Estará encamándose con alguna por ahí. Aquí siempre están dándose que te pego en lugar de trabajar. —Entró tirando a un lado la carpeta que tenía en la mano y puso los brazos en jarras mostrando sus botas militares, sus vaqueros viejos y su camisa de cuadros bajo la bata. —Que no os entre el canguelo que ya estoy yo aquí. Soy la doctora Stella Saint Claire, de Kentucky. Os lo digo porque todo el mundo

lo pregunta, no sé por qué. —Se frotó las manos. —Al fin algo interesante que hacer. Aparta tío, voy a reconocer a tu parienta. —Levantó las cejas cuando ninguno se movió. —Aparta te digo.

—Tiene una pierna rota.

—¿Y? Serán blandos estos pijos de ciudad.

Salió resuelta y los dos se miraron con los ojos como platos. —Nena llama al doctor Nauman a ver dónde está.

—Sí, sí.

Estaba con el teléfono al oído cuando la mujer regresó con otra camilla poniéndola a su lado con una cara de loca que no podía con ella. —Hala, ya está. Arriba zagala.

Mirando a Scott de reojo se bajó de la camilla y la rodeó para sentarse en la suya. —Así que es de Kentucky. ¿Qué bien, no?

—La mejor tierra del mundo —dijo orgullosa.

Se notaba que era un poco bruta. Tenía que entretenerla hasta que llegara su reputadísima ginecóloga. —¿Y cómo ha venido a parar aquí? —preguntó tumbándose.

—Una beca de postgrado que mi patrón me ha obligado a aceptar. ¡Aunque, leche... aquí no me dejan hacer nada y ya me lo sé todo! Pero se emperro en que viniera. A ver si me refino, dice. Si soy la más fina que hay por aquí. ¡Muchacha abre las piernas! —Las abrió asustadísima. —Mira que moderna. Chica, ¿no pierdes mucho tiempo quitando casi todo el pelo de ahí abajo? Yo soy más de ir a lo salvaje. Pero claro, esas tiras ridículas que os poneis por bragas no quedan igual. —Le bajó las braguitas tirándolas a un lado y asombrada miró a Scott que estaba igual de atónito que ella. Era como ver un accidente de coche, no podías detenerlo.

—Haz algo —siseó.

—Señora...

La cabeza de Stella apareció entre sus piernas. —Señorita y como las de antes. No como las de ahora que se llaman señoritas cuando de señoritas no tienen un pelo.

—Ajá...

—Nuestra doctora ya estará al llegar —dijo él preocupándose de veras cuando abrió más las rodillas a Nadia—. ¿Me oye?

—Pues no va a llegar a tiempo... —Su cabeza apareció de nuevo sobresaltándoles antes de acercarse al tobillo de Scott. —¿No te duele, morenazo?

—¿Qué le ha llamado a mi prometido?

Tiró de su tobillo y Scott gritó dejándose caer en la camilla. —Hala, ya está. No la muevas mucho que tendré que enderezar de nuevo. En cuanto traiga al mundo a tus becerros te escayolo.

Asustados miraron su pierna y ambos suspiraron del alivio al comprobar que se había enderezado.

—Pues sí, estos están a punto de verme la carita. Porque son tres, ¿no?

—Son dos y mi ginecóloga...

—Ya, ya. Pero son tres.

Scott se sentó de nuevo. —¿Cómo lo sabe?

—Uff, ya he visto de todo.

—Pues es muy joven.

Sonrió radiante a Scott —Gracias, guapetón.

—Oiga...

Nadia mosqueada iba a sentarse, pero Scott la empujó por el hombro. —Nena no te muevas. Está explorando.

—Pero es que yo no quiero que exp... —gimió de dolor doblándose.

—Cómo dilata la parienta —dijo asombrada—. Nunca había visto algo tan rápido.

—¿De veras? —preguntó Scott interesado.

—Uy cuidado con esta porque te va a parir en cualquier sitio.

—¡Scott! ¡Llama al doctor Nauman!

—Nena me ha curado la pierna cuando el otro llevaba intentándolo una hora. Deja a ver qué hace. ¿No tienes intriga por si son tres?

—¿Crees que los va a sacar de una chistera? Son dos. ¡Los has visto mil veces en las ecografías! —Cogió su mano para que la mirara. —¿Quieres llamar al doctor de una vez? —gritó de los nervios.

—Uy, que se me encabrita —dijo la doctora enderezándose—. Tranquila muchacha que he sacado muchos bollos del horno. —Miró a su alrededor. —A ver donde los echo cuando salgan. Voy a buscar algo.

Horrorizada miró a Scott que asintió cogiendo su móvil. Entonces llegó otra contracción y vio como él estiraba el cuello y abría los ojos como platos gritando al teléfono que había que darse prisa.

—¿Qué? ¿Qué ves?

—¿Cómo que está en un atasco? Pues coja el metro, hombre. ¡Una pueblerina con cara de loca pretende sacárselos! —Miró el teléfono asombrado. —Me ha colgado.

—¡Despedido, despedido, despedido! —gritó de los nervios apretándose el vientre.

—Nena tú no te preocupes que seguro que aparece alguien. —En ese momento entraron unas urnas de metacrilato una detrás de otra. Tres en total y detrás de ellas allí estaba la doctora que cerró la puerta. —No, no cierre que puede que necesite ayuda —dijo Scott antes de gritar — ¡Ayuda!

—Tranquilo guapetón, que puedo con todo. Están muy liados. Algo de un tío con una escopeta recortada que ha robado en un supermercado. Esta ciudad es muy peligrosa.

—¡Ay madre, ay madre! ¡Arrástrate que pretende sacármelos sola! —gritó Nadia de los nervios antes de que se retorciera de dolor.

Scott intentó levantarse y la doctora se cruzó de brazos ante la puerta. —¿Qué haces? Anda, anda... Coge la mano de la gritona de tu mujer y apóyala que parece a punto de que le dé un parraque.

—Tengo que ir al baño.

—¿Ahora? —Miró a su alrededor y cogió un cuenquito de acero entregándoselo. —No puedes caminar y no voy a ir a buscar una silla de ruedas. ¡No me distraigas!

Miró de reojo a Nadia que dijo asustada —Cariño no me dejes sola.

Tiró el cuenco a un lado y se arrastró por la camilla para ponerse a su lado. —Estoy aquí, nena.

Asustada miró sus ojos. —Tengo miedo.

—Lo sé, pero todo saldrá bien. ¿A que sí, doctora?

Stella sonrió. —Claro, esto está chupado. Dilatas mejor que una de Kentucky. —Nadia parpadeó porque no sabía si eso era bueno o malo. —Venga no nos entretengamos que ya estás preparada. A empujar.

—¿Ya? —Miró a Scott. —Pues tampoco es para tanto. Y sin epidural.

—Así me gusta, como las de antes. Aquí lloran por nada. —Después de ponerse unos guantes de látex abrió más sus piernas. —Uy, aquí está el primero. Es niño, ¿no?

—Sí —contestaron a la vez.

—Chica nunca había visto nada igual. Te van a salir solos. Empuja.

—Venga nena —dijo Scott asustado.

Apretó su mano y tomó aire antes de empujar. Asombrada sintió como salía su cabeza y chilló al ver que la cogía entre sus manos antes de mirar a Scott que estaba igual de impresionado. —¡Empuja nena, no puede quedarse ahí!

—Esperar —dijo Stella tranquila—. Lo estás haciendo muy bien. Respira de nuevo y empuja cuando sientas la contracción.

Respiró hondo y apretando su mano empujó gritando de dolor hasta dejarse caer sobre la camilla. El sonido del llanto de su bebé le cortó el aliento y Scott se echó a reír antes de besarla en los labios. —Está bien, nena. —Miró de nuevo hacia la doctora que la estaba atendiendo.

—Es una niña preciosa.

Asombrada levantó la cabeza. —¿Niña?

—¿A ver si confundieron las piernas con otra cosa?

—¡Niña!

Scott sonrió estirando el brazo y cortando el cordón. —Es lo mismo, nena. Es perfecta.

—Sí que lo es. —Stella la envolvió en una toalla. —Un poco pequeñita pero perfecta. —Se la acercó para que la viera pasando la mano por su cabecita. —Y es rubia. Muy bonita, sí señor.

Emocionada acarició su pie. —Mira mi amor...

—Será tan preciosa como tú.

Una lágrima cayó por su sien. —Siempre he querido una niña.

—Uy, pues igual hay más. Tengo que dejar a la becerrita aquí para seguir con el siguiente. —La metió en una urna. —Veamos cómo va... —Miró entre sus piernas cuando la puerta se abrió de golpe mostrando a su ginecóloga. —¿Quién es esta? —preguntó ofendida por su interrupción.

—Su doctora, ¿y usted?

—¡No bonita, su doctora soy yo! —Les miró. —¿Esta es la que dijo que eran dos?

—Sí —dijeron los dos a la vez asintiendo con la cabeza.

La doctora Chapman miró hacia la incubadora y entrecerró los ojos. —¡Una niña!

—Sí, hermosa... Cuando no tienen nada entre las piernas es una niña. Lo otro son niños...

Scott reprimió la risa porque la mujer se puso como un tomate. —Continúa Stella —dijo Nadia más tranquila.

Orgullosa levantó la barbilla mientras la doctora Chapman jadeaba indignada antes de irse dando un portazo.

—¡Ja! Estas pijas se creen que lo saben todo.

—Muy cierto. —Scott estiró el cuello. —Es moreno, nena. O morena porque este parto va a ser una sorpresa tras otra. —Nadia se echó a llorar y asustado se volvió para mirarla. —Preciosa, ¿qué ocurre?

—Soy tan feliz.... Creí que jamás lo conseguiría. Tú, los niños... Es un sueño.

Él acarició su mejilla. —Pues no dudes que lo has conseguido, preciosa. Has conseguido mi amor y tendremos una vida maravillosa juntos. Eso te lo juro por mi vida. Me voy a dejar la piel por hacerte tan feliz como ahora el resto de tu vida.

La doctora suspiró. —Qué bonito. Algo sensiblero, pero es que sois de ciudad claro...

Nadia jadeó indignada. —Cariño no le hagas caso que ha sido precioso. —Gimió de dolor cerrando los ojos.

—Ahí llega el siguiente. ¿Apuestas? —preguntó Stella mirando a uno y luego al otro. —

Veinte pavos a que lo que queda por sacar son gemelos.

Will entrecerró los ojos mirando a los tres niños en las incubadoras. —Menuda movida os espera. Y la habitación sin pintar.

—Shussss —Scott miró hacia su mujer que estaba dormida y se acercó con las muletas para que en ese momento se abriera la puerta y entraran las familias en tromba chillando por los niños. Nadia se despertó sobresaltada con los ojos como platos y Scott suspiró.

—¡Una niña, una niña! —gritó Melissa como si le hubiera tocado la lotería.

Will divertido dijo —Ya sabemos cuál será la favorita de tu suegra.

—Y de mi madre.

—Cariño...

Se acercó a Nadia y dijo divertido —Ni se han fijado en que me he roto la pierna.

—Es la novedad.

—Hijo, qué preciosidades —dijo su padre orgulloso—. ¡Ya tenemos herederos!

Will se echó a reír. —Es como ver a mis padres cuando llegue el momento.

Nadia cogió la mano de Scott llamando su atención. —¿Se lo has dicho?

Sonrió negando con la cabeza. Se volvieron hacia su familia. —Queremos presentaros a Melissanne Norwood. —Anne y su madre se llevaron la mano al pecho de la emoción. —William Scott Norwood y Frederick Clark Norwood.

Todos se emocionaron, pero el que más Will que se acercó a su amigo y le abrazó con fuerza. —Gracias chicos.

—Gracias a ti por ayudarnos —dijo ella antes de que él le diera un beso en la mejilla.

Nadia miró a su padre que se echó a llorar y Anne le abrazó con lágrimas en los ojos dándole las gracias sobre su hombro.

—¿Me puedo unir a la fiesta? —Sonrieron a su doctora que entraba en ese momento en la habitación y Stella sonrió. —¿Nadie ha traído whisky?

Todos rieron, pero Scott reprimió la risa porque sabía que hablaba en serio. —Nada como las fiestas en Kentucky, doctora.

—Sí, cómo las echo de menos. —Se acercó a la cama. —¿Cómo va todo? ¿Alguna molestia?

—Bien, muy bien. Gracias por todo.

—Bah, yo encantada de traer churumbeles al mundo. —Miró a Will y le oteó de arriba abajo haciendo que su amigo frunciera el ceño. —¿Tú eres de por aquí?

—¿De por aquí?

—Neoyorkino de los pies a la cabeza, doctora —dijo Scott aguantando la risa.

—Qué pena... —Suspiró volviéndose. —Bueno, voy a ver si encuentro algo que hacer. Felicidades familia.

—Gracias.

Will entrecerró sus ojos negros. —¿Me estaba dando un repaso?

—Sí, pero no le vales —contestaron los dos a la vez.

—¿Y eso por qué?

—Porque no eres de Kentucky.

Se echaron a reír porque parecía confundido y Scott se sentó a su lado apartando un mechón de melena de su hombro antes de besar sus labios. —¿Cómo estás?

—Feliz, muy feliz. —Acarició su mejilla. —Te amo y tenemos tres niños preciosos. Como te

dije antes es como un sueño.

—Tú sí que has cumplido mis sueños, preciosa. —Sonrió divertido. —Y con creces.

—¿Me amarás siempre?

—Confía en mí, nena. Te amaré toda mi vida.

Epílogo

Scott miró el móvil y lo volvió para mostrar a los gemelos con la melliza sentados en sus troncos listos para cenar. Will sonrió. —Están para comérselos.

—Nos vuelven locos, pero ya no podríamos vivir sin ellos.

—¿Y cómo está Nadia? —preguntó antes de beber.

—Embarazada de nuevo.

Su amigo se atragantó escupiendo su whisky y Scott se echó a reír. —Sí, también está algo contrariada porque sólo han pasado once meses desde que nacieron los niños. Es un poco pronto. Además, está metida en una fusión y le ha fastidiado bastante no poder viajar porque se encuentra peor que en el primer embarazo.

—Lo que le fastidia es que tengas que viajar tú.

Él rio asintiendo. —No lo sabes bien.

—Joder tío, eres tan feliz que hasta estoy pensando en seguir tu ejemplo.

Scott sorprendido se acercó. —Serás mentiroso. —Pasó una rubia y su amigo le guiñó el ojo. Decidió que ya era hora de retirarse. —Mejor me voy que...

Will le cogió por la chaqueta sentándole de golpe. —Ni te muevas.

Confundido miró a su alrededor. —¿Qué ocurre?

—¡No mires, no mires!

En ese momento una pelirroja que parecía una muñequita se plantó ante su mesa. —Jefe, que sorpresa —dijo con recochineo.

Scott reprimió la risa antes de mirar a su amigo. —¿Jefe?

Él gruñó. —Scott Norwood ella es mi nueva secretaria, Carolyn Piers.

—Mucho gusto —dijo ella agradablemente.

—Encantado. Así que trabajas para Will.

—Sí, empecé el lunes —dijo como si fuera una carga brutal haciendo que su amigo gruñera por lo bajo—. Bueno, me voy que estoy con unos amigos. Un placer, señor Norwood —se despidió antes de añadir con ironía —Jefe, que lo pase bien.

Scott miró a su amigo que gruñó de nuevo antes de beber de su vaso. —Así que trabaja para ti.

—Va a durar poco —dijo molesto.

—¿Y eso?

—Será por ese tonito que me pone de los nervios.

Sus dientes rechinaron y vio como la miraba de reojo. Scott se echó a reír a carcajadas. —Tío estás perdido.

—No digas tonterías.

—Créeme, acabo de conocer a tu futura mujer.

—Joder, lo que me faltaba por oír. Necesito otra copa.

—¿No me digas? —preguntó su mujer loca de contenta con dos niños en brazos. Él cogió a

uno y lo metió en la cuna antes de hacer lo mismo con el otro mirando a la niña que ya dormía como un angelito. —. ¿Y cómo es? ¿Es simpática?

—Nena, no he podido hablar mucho con ella, solo nos presentó.

Nadia entrecerró los ojos. —El lunes me paso por su oficina. Comeremos juntos y le sonsacaré.

—¿Tú a solas con él? Mejor te acompaño, así me entero yo también.

—¿Estás celoso? —Él gruñó cogiéndola en brazos para llevarla hasta la habitación y su esposa rio abrazándose a su cuello.

—No preciosa, porque sé que me amas. —Eso pareció no gustarle un pelo y él se echó a reír a carcajadas. —¿Quieres que desconfíe de ti?

Se sonrojó ligeramente. —No, claro que no —mintió como una bellaca—. Eso ya ha quedado atrás. ¿Verdad amor?

—Totalmente.

Ella acarició el lóbulo de su oreja y él reaccionó como pretendía mirándola con deseo.

—¿Recuerdas ese día, marido? ¿Quién me iba a decir a mí que ese acuerdo iba a cambiar tanto nuestras vidas?

—El mejor trato que he cerrado nunca. ¿Quieres renegociarlo, preciosa? —preguntó con voz ronca.

—No, porque con él he conseguido mucho más de lo que esperaba. Te he conseguido a ti.

FIN

Sophie Saint Rose es una prolífica escritora que lleva varios años publicando en Amazon. Todos sus libros han sido Best Sellers en su categoría y tiene entre sus éxitos:

- 1- Vilox (Fantasía)
- 2- Brujas Valerie (Fantasía)
- 3- Brujas Tessa (Fantasía)
- 4- Elizabeth Bilford (Serie época)
- 5- Planes de Boda (Serie oficina)
- 6- Que gane el mejor (Serie Australia)
- 7- La consentida de la reina (Serie época)
- 8- Inseguro amor (Serie oficina)
- 9- Hasta mi último aliento
- 10- Demándame si puedes
- 11- Condenada por tu amor (Serie época)
- 12- El amor no se compra
- 13- Peligroso amor
- 14- Una bala al corazón
- 15- Haz que te ame (Fantasía escocesa) Viaje en el tiempo.
- 16- Te casarás conmigo
- 17- Huir del amor (Serie oficina)
- 18- Insufrible amor
- 19- A tu lado puedo ser feliz
- 20- No puede ser para mí. (Serie oficina)
- 21- No me amas como quiero (Serie época)
- 22- Amor por destino (Serie Texas)
- 23- Para siempre, mi amor.
- 24- No me hagas daño, amor (Serie oficina)
- 25- Mi mariposa (Fantasía)
- 26- Esa no soy yo
- 27- Confía en el amor
- 28- Te odiaré toda la vida
- 29- Juramento de amor (Serie época)
- 30- Otra vida contigo
- 31- Dejaré de esconderme
- 32- La culpa es tuya
- 33- Mi torturador (Serie oficina)
- 34- Me faltabas tú
- 35- Negociemos (Serie oficina)
- 36- El heredero (Serie época)

- 37- Un amor que sorprende
- 38- La caza (Fantasía)
- 39- A tres pasos de ti (Serie Vecinos)
- 40- No busco marido
- 41- Diseña mi amor
- 42- Tú eres mi estrella
- 43- No te dejaría escapar
- 44- No puedo alejarme de ti (Serie época)
- 45- ¿Nunca? Jamás
- 46- Busca la felicidad
- 47- Cuéntame más (Serie Australia)
- 48- La joya del Yukón
- 49- Confía en mí (Serie época)
- 50- Mi matrisoka
- 51- Nadie nos separará jamás
- 52- Mi princesa vikinga (Serie Vikingos)
- 53- Mi acosadora
- 54- La portavoz
- 55- Mi refugio
- 56- Todo por la familia
- 57- Te avergüenzas de mí
- 58- Te necesito en mi vida (Serie época)
- 59- ¿Qué haría sin ti?
- 60- Sólo mía
- 61- Madre de mentira
- 62- Entrega certificada
- 63- Tú me haces feliz (Serie época)
- 64- Lo nuestro es único
- 65- La ayudante perfecta (Serie oficina)
- 66- Dueña de tu sangre (Fantasía)
- 67- Por una mentira
- 68- Vuelve
- 69- La Reina de mi corazón
- 70- No soy de nadie (Serie escocesa)
- 71- Estaré ahí
- 72- Dime que me perdonas
- 73- Me das la felicidad
- 74- Firma aquí
- 75- Vilox II (Fantasía)
- 76- Una moneda por tu corazón (Serie época)
- 77- Una noticia estupenda.

- 78- Lucharé por los dos.
- 79- Lady Johanna. (Serie Época)
- 80- Podrías hacerlo mejor.
- 81- Un lugar al que escapar (Serie Australia)
- 82- Todo por ti.
- 83- Soy lo que necesita. (Serie oficina)
- 84- Sin mentiras
- 85- No más secretos (Serie fantasía)
- 86- El hombre perfecto
- 87- Mi sombra (Serie medieval)
- 88- Vuelves loco mi corazón
- 89- Me lo has dado todo
- 90- Por encima de todo
- 91- Lady Corianne (Serie época)
- 92- Déjame compartir tu vida (Series vecinos)
- 93- Róbame el corazón
- 94- Lo sé, mi amor
- 95- Barreras del pasado
- 96- Cada día más
- 97- Miedo a perderte
- 98- No te merezco (Serie época)
- 99- Protégeme (Serie oficina)
- 100- No puedo fiarme de ti.
- 101- Las pruebas del amor
- 102- Vilox III (Fantasía)
- 103- Vilox (Recopilatorio) (Fantasía)
- 104- Retráctate (Serie Texas)
- 105- Por orgullo
- 106- Lady Emily (Serie época)
- 107- A sus órdenes
- 108- Un buen negocio (Serie oficina)
- 109- Mi alfa (Serie Fantasía)
- 110- Lecciones del amor (Serie Texas)
- 111- Yo lo quiero todo
- 112- La elegida (Fantasía medieval)
- 113- Dudo si te quiero (Serie oficina)
- 114- Con solo una mirada (Serie época)
- 115- La aventura de mi vida
- 116- Tú eres mi sueño
- 117- Has cambiado mi vida (Serie Australia)
- 118- Hija de la luna (Serie Brujas Medieval)

- 119- Sólo con estar a mi lado
- 120- Tienes que entenderlo
- 121- No puedo pedir más (Serie oficina)
- 122- Desterrada (Serie vikingos)
- 123- Tu corazón te lo dirá
- 124- Brujas III (Mara) (Fantasía)
- 125- Tenías que ser tú (Serie Montana)
- 126- Dragón Dorado (Serie época)
- 127- No cambies por mí, amor
- 128- Ódiame mañana
- 129- Demuéstrame que me quieres (Serie oficina)
- 130- Demuéstrame que me quieres 2 (Serie oficina)
- 131- No quiero amarte (Serie época)
- 132- El juego del amor.
- 133- Yo también tengo mi orgullo (Serie Texas)
- 134- Una segunda oportunidad a tu lado (Serie Montana)
- 135- Deja de huir, mi amor (Serie época)
- 136- Por nuestro bien.
- 137- Eres parte de mí (Serie oficina)
- 138- Fue una suerte encontrarte (Serie escocesa)
- 139- Renunciaré a ti.
- 140- Nunca creí ser tan feliz (Serie Texas)
- 141- Eres lo mejor que me ha regalado la vida.
- 142- Era el destino, jefe (Serie oficina)
- 143- Lady Elyse (Serie época)
- 144- Nada me importa más que tú.
- 145- Jamás me olvidarás (Serie oficina)
- 146- Me entregarás tu corazón (Serie Texas)
- 147- Lo que tú desees de mí (Serie Vikingos)
- 148- ¿Cómo te atreves a volver?
- 149- Prometido indeseado. Hermanas Laurens 1 (Serie época)
- 150- Prometido deseado. Hermanas Laurens 2 (Serie época)
- 151- Me has enseñado lo que es el amor (Serie Montana)
- 152- Tú no eres para mí
- 153- Lo supe en cuanto le vi
- 154- Sígueme, amor (Serie escocesa)
- 155- Hasta que entres en razón (Serie Texas)
- 156- Hasta que entres en razón 2 (Serie Texas)
- 157- Me has dado la vida
- 158- Por una casualidad del destino (Serie Las Vegas)
- 159- Amor por destino 2 (Serie Texas)

- 160- Más de lo que me esperaba (Serie oficina)
- 161- Lo que fuera por ti (Serie Vecinos)
- 162- Dulces sueños, milady (Serie Época)
- 163- La vida que siempre he soñado
- 164- Aprenderás, mi amor
- 165- No vuelvas a herirme (Serie Vikingos)
- 166- Mi mayor descubrimiento (Serie Texas)
- 167- Brujas IV (Cristine) (Fantasía)
- 168- Sólo he sido feliz a tu lado
- 169- Mi protector
- 170- No cambies nunca, preciosa (Serie Texas)
- 171- Algún día me amarás (Serie época)
- 172- Sé que será para siempre
- 173- Hambrienta de amor
- 174- No me apartes de ti (Serie oficina)
- 175- Mi alma te esperaba (Serie Vikingos)
- 176- Nada está bien si no estamos juntos
- 177- Siempre tuyo (Serie Australia)
- 178- El acuerdo (Serie oficina)

Novelas Eli Jane Foster

1. Gold and Diamonds 1
2. Gold and Diamonds 2
3. Gold and Diamonds 3
4. Gold and Diamonds 4
5. No cambiaría nunca
6. Lo que me haces sentir

Orden de serie época de los amigos de los Stradford, aunque se pueden leer de manera independiente

1. Elizabeth Bilford
2. Lady Johanna
3. Con solo una mirada
4. Dragón Dorado
5. No te merezco
6. Deja de huir, mi amor
7. La consentida de la Reina

8. Lady Emily
9. Condenada por tu amor
10. Juramento de amor
11. Una moneda por tu corazón
12. Lady Corianne
13. No quiero amarte

También puedes seguirla en las redes sociales y conocer todas las novedades sobre próximas publicaciones.